

# Feels Theory



Desde la posverdad, hacia una  
sentimentalidad artificial.

Daniel Cantarín

Escrito durante Febrero de 2018.

Este texto fue escrito durante mis vacaciones: 15 días al año. Lo cuál constituye un lineamiento importante para mi trabajo: reivindicar la voz del trabajador asalariado en relación de dependencia. Nosotros, los que vendemos nuestra juventud a cambio de no vivir en la calle, tenemos pocos tiempos para el trabajo intelectual, y nulos espacios: incluso un privilegiado como yo, que trabajo en Informática. En esas condiciones, reivindico la política de escribir lo que se pueda cuando se pueda, aún cuando quizás no se adecue a estándares ideales de publicación. Nuestra voz, afirmo, es mucho más importante que cualquiera de esos contingentes estándares.

Este texto se publica y distribuye bajo las licencias CreativeCommons, “Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional”, o bien “Atribución 2.5 Argentina (CC BY 2.5 AR)”. Para más información, puede visitar los siguientes enlaces:

<https://creativecommons.org/licenses/by-sa/4.0/>

<https://creativecommons.org/licenses/by/2.5/ar/>



# Índice

1 - <a href="#">Introducción</a> .....	4
2 - <a href="#">Mentiras verdaderas</a> .....	12
3 - <a href="#">Saga y Canon</a> .....	28
4 - <a href="#">El enigma del acero</a> .....	50
5 - <a href="#">Troll</a> .....	70
6 - <a href="#">Días extraños</a> .....	104
7 - <a href="#">Teoría de los feels</a> .....	141



# 1 - Introducción

Mi generación está padeciendo una crisis institucional a nivel mundial. Vivimos una época donde todas las fuerzas históricamente progresistas o revolucionarias de la humanidad se encuentran en constante jaque, y en urgencia política, por fenómenos en mayor medida sostenidos por elección de los pueblos. En el mundo resonaron fuerte los casos de Donald Trump o el llamado Brexit; pero yo lo vivo desde América Latina, donde las democracias se ven brutalmente degradadas por el accionar político coordinado de diferentes poderes judiciales y mediáticos. Y en el núcleo de esta extraña contemporaneidad, se encuentra la idea de “posverdad”.

De allí la motivación de este texto. Algunas ideas que reflexiono hace tiempo vienen al caso de la posverdad, y hoy quisiera colaborar con mis colegas en el desarme de ese supuesto nuevo cáncer de la sociedad.

Posverdad podrá ser una palabra nueva, pero el problema no lo es en absoluto. Algunos constructos modernos complican los diagnósticos, agregándole facetas al problema, pero en definitiva se trata de algunas cuestiones nunca del todo subsanadas en el mundo de la política. Permítanme esbozar un poco la idea.

Por cuestiones emparentadas, hubo una vez gente que quiso unir la ciencia y la política. La idea básica era hermosa:

la ciencia, la verdad nueva, en su magnífico e infinito conocimiento, nos va a salvar de todos los sinónimos pensables de la idiotez, y nos va a explicar y generalizar hasta la unificación indiscutible; es el fin del conflicto y el camino de la verdadera luz. De allí surgirán las bases éticas y morales sobre las que construiremos la sociedad del hombre nuevo, triunfante por sobre Dios y la oscuridad, y en el corazón de ese gran proyecto moderno estará la Razón.

El resultado es lo que vemos desde hace cien años por lo menos: cada pequeña inverosimilitud ideológica es explicada con premisas justificadas a partir de la economía, los modelos estadísticos, las ingenierías, los estudios sociológicos, la filosofía jurídica, y tantas otras condiciones sobreprofesionalizadas hasta el ridículo; nadie más que un puñado tiene permiso para hablar esos temas con legitimidad, mientras el resto miramos de lejos. Y en esa aventura tuvimos también la triste revelación de que, pareciera, todos los intentos de unificar a la humanidad terminan en situaciones espeluznantes.

Está claro que ese no era el plan original. Esa gente en aquel momento miraba a la ciencia con cariño e inocencia, cuando todavía era el futuro; hoy la mira con desesperación e incertidumbre, y le reclama responsabilidades, cuando se asoma la idea de que tal vez no haya ningún futuro en absoluto, y nadie más que la ciencia hizo a esa fantasía

creíble. Es cierto que antes había problemas pero, ¿bombas atómicas? ¿colapsos de sobre acumulación? ¿calentamiento global? ¿enfermedades de diseño? ¿abolición de la privacidad?... Todas esas cosas de ciencia ficción pesimista tal vez puedan asimilarse como novedades difíciles de predecir; pero cuando confirmamos que gracias a nuestros ancestros ya no tenemos imbéciles supersticiosos criados por la iglesia, sino que tenemos autoridades de la economía formados en universidades prestigiosas, la historia demuestra tener un sentido del humor francamente sádico.

En la actualidad, si nos basamos en el discurso popular, el aparente culpable técnico y moral de todos los problemas políticos modernos es la corrupción; es así en Argentina, en Estados Unidos, en China, en Rusia, en Brasil, en India, y en Irán. La principal métrica del votante parece ser algo así como un honestómetro, que permite elegir representantes más o menos decentes. Y los medios masivos de comunicación proveen orgullosos eso que llaman “información”, lo cuál constituye la materia prima para las decisiones del electorado en general. El concepto de ideología, a esta altura bastante maduro, no parece tener ninguna centralidad; la ideología no es obviedad en el discurso popular actual, sino una cosa medio difícil de explicar que todos parecen acordar en que está mal, en que es mala, porque atentaría contra una etérea objetividad que debe defenderse. Y sin embargo, la ciencia, caso mayor de la

objetividad, hoy no parece ser más importante en la política que cosas como el precio de la nafta o quién gana el mundial.

Si revisamos un poco más atrás en la historia, vemos que la política siempre fue más o menos así, independientemente del sistema político. Acá podrán antropólogos y sociólogos aclararnos muchos detalles, pero en líneas generales siempre hubo desbalances de poder entre grupos sociales, y la acción social estuvo siempre determinada muchísimo más por parámetros culturales que por cualquier objetiva verdad, ni universal ni incuestionable. Así planteadas las cosas, la ciencia no ha cambiado nada en la política, y apenas ha logrado ocupar sólo parcialmente el lugar que alguna vez ocuparan los textos sagrados: la ciencia terminó pretendiéndose palabra santa. Y digo parcialmente porque, si bien las críticas a un proyecto tal como el iluminista o el moderno existen desde su correspondiente día cero, hoy escuchamos por televisión decir “posverdad” mientras nos rascamos la cabeza con incredulidad de cara a gente que plantea la tierra plana, que cuestiona la palabra científica frente al cambio climático, o que propone las vacunas como vector del autismo. Entonces, claramente la ciencia no logró reemplazar a la palabra irrefutable de Dios; o, si lo hizo, entonces ahora sabemos que Dios en realidad no era para tanto.



Pero estoy exagerando esa historia, adrede. Sólo una fracción de la comunidad científica es tan pedante como yo la estoy planteando, la ciencia ha cambiado muchísimas cosas, y es por eso de hecho que sorprende cómo algunas otras todavía siguen existiendo. La novedad más inmediata son los órdenes de magnitud de todo, impensados en otros tiempos. Pero mi generación vive el problema de que, lamentablemente, las cosas son suficientemente parecidas a lo que yo exagero. Es perfectamente entendible que la ciencia y la política no solucionen todos los problemas por arte de magia en un chasquido de los dedos: pero cuando las naciones líderes del mundo, tanto en términos políticos como tecnológicos, debaten grados de censura ya veinte años entrado el siglo XXI, incapaces de controlar la maquinaria de control social que ellos mismos desarrollaron, ciertamente me parece que la pregunta mínima indispensable es *qué está pasando*, y que esta vez gracias a la modernidad no le podemos echar la culpa a la Iglesia o a la falta de información.

Desde la bomba atómica para acá, el agravante es que ninguna de las grandes miserias sociales actuales sería posible sin haber mediado la ciencia. Algunos platónicos, cartesianos, o kantianos, creyeron que el raciocinio nos iba a salvar: que en la razón y la inteligencia íbamos a encontrar soluciones. Pero mi generación redescubre esa cínica broma que la historia nos hizo con la segunda guerra mundial: una

vez echada a andar la maquinaria ideológica, la inteligencia está enteramente a su servicio, y con ella nuestra propia capacidad de toma de decisiones. Así, en nuestro día a día, aún en los momentos de más urgencia, en los más desesperados, vemos gente incuestionablemente inteligente diciendo cosas que nos parecen demenciales o, incluso peor todavía, peleándose por migajas de poder. Y es una imagen profundamente desesperanzadora para cualquier amigo de la política, de la ciencia, o de la verdad en general. Ya estamos en condiciones de decir que la inteligencia no es un paliativo contra la dominación, sino casi más bien al revés, un refuerzo.

Con todo esto, en el mundo bizarro de la posverdad, vemos gente hablándole de innovación a los que tienen hambre, gente hablándole de moral o de militancia a los empresarios, canallas multimillonarios idolatrados por la misma gente que vota honestidades, gente militando el “sueño americano” de la igualdad de oportunidades 70 años después de existir la declaración de derechos universales, y tantas otras escenas que coquetean con la burla a cualquier idea de razón. Allí, la ciencia, con todas sus innegables maravillas, se encuentra absolutamente impotente de cara a la sociedad. Y no porque no tenga respuestas, sino porque no tiene lugar. Dentro del mismo ámbito científico se viene advirtiendo desde hace décadas sobre la posverdad; e incluso los románticos ya advertían a los iluministas sobre los límites

de la razón. Pero aún con todo eso, nuestra comunidad mediática contemporánea parece profundamente sorprendida frente a la posverdad, con problemas para digerir la idea de que tal vez las creencias y los sentimientos sean mucho más fundamentales que la objetividad a la hora de tomar decisiones.

Entonces, terminando un poco con la descripción del contexto y volviendo a este trabajo, la hipótesis que pretendo desarrollar está emparentada con aquellos planteos críticos de la objetividad que se pudieron ver durante todo el siglo XX. A esa serie, tan sólo vengo a traer un detalle.

Lo que voy a hacer es pensar a la verdad. Voy a reflexionar aspectos de la verdad, y voy a intentar desarmar el fenómeno contemporáneo de la posverdad, buscando explicar por qué en realidad es bastante evidente y elemental que la objetividad sea tan accesoria en la sociedad, independientemente del rol que pueda tener la ciencia. Y es que voy a hablar de una relación con la verdad que tiene poco o nada que ver con la objetividad. Sé que actualmente, en el planteo de la posverdad, se pretenden explicar muchos fenómenos masivos contemporáneos en una sobrevalorización de la experiencia subjetiva por sobre la objetividad; pero yo apunto a otro lado. Yo creo poder dar cuenta de un mecanismo que opera en la gente, en todas las personas en general, vinculado a cómo se percibe lo

verdadero y lo falso. Algo entonces del orden de la percepción, que las medicinas y filosofías de la psiquis podrán justificar de muchas maneras.

En este texto voy a afirmar que somos sensibles a la verdad. Reaccionamos a la verdad como reaccionamos cuando nos pincha un alfiler, cuando vemos una luz muy brillante, cuando tenemos frío o calor. Tenemos un “sentido” de la verdad, una sensibilidad por la verdad. Y darle el carácter de “sentido” me lleva a problemas como la comparación contra el gusto o el tacto; se trata de un problema que me interesa trabajar, pero lo haré recién hacia el final: de momento, en los primeros capítulos, sólo me interesa dar cuenta de que somos sensibles a la verdad en tanto que fenómeno humano; y no como idea, ni como consecuencia lógica, sino algo completamente diferente.

Para plantear esto, voy a recurrir a la narración como principal herramienta metodológica: mi estrategia será traer algunas escenas más o menos cotidianas que muestren una relación muy particular con la verdad y la falsedad. Voy a explorar algunos grupos sociales actuales y fácilmente perceptibles, describiendo escenas del orden de lo cotidiano. Así, en el final del libro, pretendo que todos esos grupos sociales y escenas de la vida contemporánea puedan releerse en su relación con la verdad, mediados por ese “sentido de la

verdad” como concepto general, que presentaré y definiré recién en el último capítulo.

Es importante marcar que al caso elegí ejemplos deliberadamente poco sutiles. Esto es así porque busco que, en las escenas que yo describa, sea fácil ver reacciones desmesuradas, consecuencias indeseables, el carácter pasional del juicio involucrado, y las pésimas generalizaciones que de él se obtienen, sin que por ello se alejen de escenas que vemos todos los días. Con todo, pretendo mostrar, ese juego de reacciones y consecuencias constituye verdades para la gente, aún cuando lejanas a cualquier pretensión mínima de objetividad, y voy a afirmar que es allí donde se sostiene el tan actual y problemático fenómeno de la posverdad. Y que eso no es así porque estemos equivocados, ni porque estemos “pensando mal”, ni porque nos están engañando.



## 2 - Mentiras verdaderas

Consideren la siguiente escena. Un señor “A” en un medio masivo de comunicación dice que otro señor “B” es un corrupto. Lo acusa de haberse robado dinero que pertenece a la gente, haciendo así uso indebido de los poderes de funcionario público, y mintiéndole a todos acerca del destino de dicho dinero. Esto desata una *polémica*. Gente afín al acusado dice que son obviamente mentiras y que al señor “A” habría que echarlo y meterlo preso. Gente contraria al acusado dice que son grandes verdades, y que al señor “B” habría que echarlo y meterlo preso.

Ambos grupos se dicen unos a otros que son los otros quienes están ciegos y no ven la realidad. Eso los lleva a reflexionar cómo puede ser. La primer conclusión es que sus interlocutores son idiotas. Pero incluso tal vez sean gente incapacitada para entender lo que sucede, ya sea por falta de educación o por algún otro defecto; quizás hasta son enfermos. Esa línea de razonamiento los lleva eventualmente a que, entonces, si no fuera el caso la enfermedad, han de estar haciéndolo a propósito, sin otra explicación posible: son unos miserables que disfrutan destruyendo lo bueno del mundo, que es lógicamente lo que uno mismo considera bueno, y lo que hacen es incuestionablemente indignante. Esa es, de hecho, la razón por la que esta verdad en cuestión (lo mentirosos que son “A” o “B”) los pone tan nerviosos. Y antes de poder reflexionar ninguna otra cosa, otro señor “C”

en el mismo medio de comunicación dice que otro señor “D” es un corrupto.

Empíricamente, decir de alguien que es corrupto genera alguna forma de desaprobación urgente, sea contra el acusado o contra el acusador. Todo indica que la corrupción indigna, y parece absolutamente inevitable que una acusación de corrupción, de deshonestidad, de farsa, genere de inmediato un juicio de valor automático. Con lo cuál pareciera oírse un clamor popular subliminal que nos advierte: *¡cuidado con los corruptos!, ¡son unos mentirosos!, ¡la mentira es el problema de la sociedad!, ¡no seas uno de ellos!*. Frente a eso, día a día nos vemos obligados a renovar esos votos fundamentales de fe en la pureza, en la verdad, y en contra de la corrupción. Al caso, tenemos hasta prohibido el mentirnos a nosotros mismos, o incurrir en falacias, porque eso nos haría alguna forma de mentirosos. Y tenemos entonces la obligación moral de autoevaluarnos en nuestro grado de honestidad y objetividad. De esta manera, podemos ver que pasan cosas notorias, como que el desinterés por la cuestión es entendido como inmoral, y la neutralidad es rigurosamente juzgada como complicidad. Todos somos potencialmente uno de ellos, un enemigo, y sea lo que sea que está pasando nos lleva a vivir de facto bajo presunción de culpabilidad.



La corrupción no es el único vector para esta clase de dinámicas sociales: es simplemente el más fácil de generalizar. Cualquier espectro político va a inmediatamente defenderse de acusaciones de impureza o faltas a la verdad puestas sobre sus dirigentes o cualquiera de sus figuras más importantes. Pero siempre hay cuestiones históricas y culturales locales que generan esa clase de reacciones inmediatas, explosivas. En Argentina tenemos el rol de las fuerzas armadas en la dictadura militar del 1976. En el mundo es mucho más popular el nazismo. Ambos casos, por dar un ejemplo claro, permiten muy poco margen para la neutralidad: están quienes desprecian a unos y defienden a otros, están los incesantes intentos revisionistas para revalorizar a los perdedores morales de turno, y por supuesto están los medios de comunicación masivos difundiendo esa “información” de acuerdo a sus intereses.

Pero de repente, entonces, todos somos pecadores ante la verdad, y nuestro pecado original pareciera ser la capacidad de tener puntos de vista. Eso nos une en el defecto, y entonces desarrollamos mecanismos de cohesión, amparados en estas verdades universales que vamos encontrando, para tener sociedades mejores y ser mejores personas. *Está mal generalizar a las personas, no metas a todos en la misma bolsa, nos decimos los bien pensantes. Hay que escuchar el discurso de todos, tanto de izquierda como de derecha, para poder ser objetivos.* Y cada mezcla

cultural tiene arraigadas sus propias frases célebres que hacen las veces de lineamiento moral general. Aquella incapacidad para la neutralidad, decimos entonces, atenta contra la “unión del pueblo”, que permanece dividido por los ya mencionados espectros políticos, que no nos dejan ver cómo todos somos pecadores en nuestra subjetividad. Y así, repetidas infinitas veces estas escenas, paga el precio la política como hipotético culpable de dividir a la gente y alejarla de otros valores importantes como la comprensión o la tolerancia: algo a todas luces objetivo y universal, que la política nos vela.

*Valores inalienables como la libertad requieren tolerancia; escuchémonos unos a otros, sino no puede haber tolerancia; tenemos que dejar de sentir odio, para que la sociedad no siga dividida.* Esta clase de consignas se suman entonces al arsenal que ya teníamos desde el vamos heredadas desde nuestras religiones e historias, reforzadas por la idea de que no estamos siendo objetivos al tener un pensamiento polarizado.

Pero de repente nos encontramos ante mandatos contradictorios: tenemos que ser tolerantes con los demás para ser buenas personas, porque la intolerancia genera extremismo y violencia, y eso divide a los pueblos, y queremos unidad; pero no podemos ser tolerantes con la corrupción porque eso sería ser malas personas, cómplices

de un cáncer para la sociedad. Tenemos que ser justos, y tiene que haber una justicia, para que no cualquiera haga cualquier cosa; pero también tenemos que saber perdonar cualquier cosa, porque sino estamos dividiendo.

Así, esos mandatos operan como una especie de teatro de la censura, donde hacemos las veces de juez de alguna maldad primitiva y animal que reside adentro nuestro, y que curamos mediante la luz de la razón; pero que nunca realmente curamos, porque nunca dejamos de odiar a aquello que destroza a nuestras sociedades y nos divide entre racionales e irracionales, que son las cosas esas como la corrupción, o la intolerancia, o la falta de objetividad. Lo cual nos vuelve paradójicamente intolerantes y corruptos, lo cual se cura con más censura y pureza. Esto nos ejercita, y luego de miles de repeticiones estamos plenamente capacitados para ejercer nuestra destreza sobre el juicio y discurso de los demás. De esta manera, nuestra realidad se vuelve rápidamente una esquizofrenia epistémica o un pandemonio jurídico, donde cabe la pregunta de cómo puede ser que un mecanismo tan imbécil como un tipo diciendo cosas por televisión nos pueda seguir afectando después de la segunda, tercera, cuarta vez, año, década, siglo...

Repasemos un poco aquella escena. Volvamos a las acusaciones de corrupción. Podemos imaginar, en cualquier posición del plano político donde nos sintamos más cómodos,

cómo es que podemos ser interpelados por algunas de esas situaciones, cómo es que nosotros podemos ser uno de los que nos encontramos defendiendo a un candidato o cuestionando a un periodista. Tal vez no con la virulencia que yo planteara, pero definitivamente con algunos fenómenos similares. Lo más probable que nos encontremos de repente incurriendo en falacias, seguramente *ad verecundiam* o *ad hominem*, donde tan sólo el quién dice lo que se dice es suficiente para tomarlo como verdad o falsedad. Ya no podemos volver de eso; a partir de ese punto ya estamos en razonamientos inválidos de acuerdo a la lógica formal. Entonces tratamos de recurrir a los hechos, y nos damos cuenta de que no los tenemos: tenemos más discursos; alguien dice que vio algo, hay un testimonio, hay documentos que así y todo están sujetos a interpretación. No tenemos caso, no hay situación concreta de corrupción, sólo hay hipótesis cuanto mucho: pero así y todo no podemos ignorar el asunto, no podemos simplemente borrarlo de nuestra mente. Tiene consecuencias. Vamos a culpar a nuestros rivales políticos de jugar sucio, y vamos a decir que nuestros avatares de la verdad son los más adecuados para interpelar la realidad. Ya mismo, en este punto, cabe una pregunta: ¿Por qué no simplemente nos es indiferente la hipótesis misma, y dejamos que sean los mecanismos institucionales al caso quienes se encarguen de confirmarla o refutarla? ¿A qué viene que nosotros nos enteremos de tales

hipótesis? ¿Cómo es que nosotros somos partícipes de esa investigación, de ese juicio?

Un periodista diría una obviedad: que la vida en democracia implica decisiones informadas, que el conocimiento de los actores políticos es clave para una sociedad sana, que ese conocimiento es entonces importante para nosotros, que es necesario que alguien lo difunda, porque se está develando una estafa al pueblo, y difundir ese dato constituye no sólo un acto de justicia sino de amor a la patria. Pero rara vez será hecha esa pregunta, y menos veces lo será con ánimos legítimos de tratar de comprender algo: en casi todos los casos será una pregunta retórica. Y luego de esa pregunta sin responder y sin plantear, nosotros vamos a comportarnos de esa manera que ya venía contando: nosotros los que incluso reflexionamos al respecto de todo esto. No vamos a poder ser neutrales o ignorar el asunto ni aunque hiciéramos el esfuerzo: porque más tarde nos conectamos a Internet, o vamos a nuestro trabajo, o salimos a la calle en cualquier lado, y todos nuestros pares no están ejerciendo ninguna forma de neutralidad de nada, y entonces vamos a tener que adecuarnos, en nuestro discurso, en nuestro comportamiento, en las muecas que ponemos frente a diferentes comentarios, y un poco ya teníamos más facilidad para adecuarnos a un lado o al otro, y eso constituye el día a día al que tenemos que adaptarnos para sobrevivir en sociedad: ya no es alguna forma de

mentira o de verdad que hace falta refutar o confirmar, o algún consumo de información para tomar decisiones, es la vida misma, es el mismo acto de continuar viviendo en sociedad lo que está mediado por todo este fenómeno. No es trivial para nosotros, es fundamental, es necesario. Y no lo podemos evitar. Luego, con tedio o con bronca, vamos a entregarnos al juego de acomodarnos en el espectro político de turno, vamos a opinar sobre las cosas que dicen otros, y así vamos a ser parte de grupos que nos permitan mantener en cierto grado lo que denominamos cordura. No sólo no podemos escaparnos de eso simplemente eligiendo otra cosa, sino que además somos partícipes activos de ese ciclo de difusión de “información”.

Así, de inmediato que “A” termina de hablar sobre “B”, o “C” sobre “D”, o “E” sobre “F”, miles de personas están propagando ese discurso en redes sociales; reciben imágenes burlonas en sus teléfonos móviles, comparten ese material preprocesado como parte de la propia identidad online, y le muestran su teléfono a sus pares “desconectados”, asegurándose de que quede instalado el tema de conversación: todo eso, casi siempre, esgrimiendo alguna forma de sonrisa. La corrupción pasa a ser entonces, si bien absolutamente indignante, a su vez también extrañamente útil y satisfactoria; como una parte de nuestro quehacer diario, o de nuestras mínimas elecciones de vida.

Y está claro que no todas esas acusaciones terminan siendo verdad. Pero en ese caso, lo que sucede es que, alguien que haya adecuado su vida a estas dinámicas de repetición de juicios, jamás dirá algo como esto: *oh, pero entonces es posible que, del mismo modo que B no era corrupto, aunque así fuera mediáticamente juzgado, entonces tal vez D tampoco lo sea, ni F, ni H.* Muy por el contrario, esa persona dirá lo siguiente: *está bien, B no era corrupto, ¿pero D, F, H? ¡Todos esos lo siguen siendo!* No habrá crítica a la idea de “información” en el juicio, ni será juzgado el medio de comunicación como agente de desinformación y por lo tanto corruptor, ni se le brindará la menor cuota de credibilidad a los acusados: se entenderá el caso de “B” como la excepción a una regla, a esta altura, natural. Aquellos contrarios a “B” se dedicarán a denunciarlo citando al señor “A”, y a ridiculizar al espectro político de “B” por la vergüenza de hospedar corruptos entre sus filas. Dirán que se trata de un síntoma, que da cuenta de otra cosa enteramente estructural en la ideología equivocada a la que “B” pertenece. Del otro lado cuestionarán al señor “A”, irán a la historia de su discurso y del medio de comunicación en el que trabaja, lo tildarán de parcial, y relativizarán las condiciones por las que “B” haya podido ser acusado.

El día que una de esas personas responsabilice al medio masivo de comunicación por haber brindado juicios parciales y tendenciosos como “información”, o acuse abiertamente a

su representante de traicionar los principios de tal o cual espectro político, lo hará exclusivamente para desligarse de las propias responsabilidades en el asunto: ya sea la responsabilidad de ser parte de esa cadena de difusión de falsedades, o ya sea el haber estado en la incómoda situación de tener que relativizar la corrupción por tratarse el acusado de una figura afín. Nunca dirán *somos parte del problema*: siempre dirán *somos víctimas de un engaño, nosotros somos honestos*. Y así, la relación con la verdad de estas personas será salvaguardada, y el ciclo de vida en la sociedad moderna podrá continuar ininterrumpidamente.

Pero quiero llamar la atención sobre algo sumamente interesante en esta escena: todos están en lo correcto, al menos en parte. Es cierto lo que dice el periodista cuando afirma que la vida en democracia implica decisiones informadas y los hechos de corrupción deben ser denunciados. También es cierto que a veces el señor “A” acusa correctamente, o que a veces el señor “B” resulta ser inocente. También es cierto que las personas involucradas en todo ese círculo de polarización social son víctimas de mentiras, tanto cuando miente el señor “A” como cuando miente el señor “B”. No son mentirosos, y ni siquiera están equivocados. Muy probablemente sean declaraciones sinceras. Y si bien es cierto que todas esas verdades serán tan sólo parciales, y que de cara a la objetividad por lo tanto estarán en falta, lo concreto es que ante una falsedad



inevitablemente van a incurrir en una justificación de tal falsedad, y en una toma de distancia. Eso incluso puede llegar a ser una reacción hasta violenta: gritos, peleas, absoluta indignación por ser acusado de sostener algo falso, como si eso fuera un crimen serio.

Y lo que marco con eso es lo siguiente: ¿Qué es esa relación con la verdad? ¿Qué rol tiene la verdad acá, que exige explicaciones? ¿Explicar a quién, exactamente? Y no sólo eso, sino que, recordemos, las explicaciones pueden ser válidas aún cuando no objetivas; es válida hasta una verdad a medias con tal de no estar sosteniendo algo falso.

Como decía, lo que van a hacer en esos casos es desprenderse de sus responsabilidades para con la falsedad: porque *está mal*. Y para eso van a defenderse con uñas y dientes, y van a rechazar cualquier acusación de falta de honestidad, y van a afirmar que tienen una relación intacta con la verdad. Eso se va a extender al punto tal que, cuando los medios masivos de comunicación, cartelizados y corporativizados, sistemáticamente difundan información contraria a un candidato a presidente, día y noche incesantemente, y más tarde dicho candidato gane las elecciones en contra de todo ataque mediático, ese día los medios dirán que la verdad ya no le importa a los votantes: acuñarán neologismos tales como “posverdad”, y declararán inmediatamente la muerte de la verdad, asesinada por

alguna otra cosa nefasta que lograra hacerse lugar en la sociedad.

Este relato lo planteo a propósito exagerado y generalizado; confío en poder interpelar, de una manera u otra, a mis lectores contemporáneos, en mi fantasía de que ellos también viven estas cosas, en mayor o menor medida, como a mí me toca vivirlas.

La escena pareciera poder explicarse por cosas que están explicadas desde hace milenios, pero así y todo pareciera tener algo de revelador o novedoso. Moral, ética, política, lógica, cultura, discurso, sociedad, sujeto... son todos objetos estudiados hasta el hartazgo. Y de los fenómenos de la “posverdad” se habla desde que existe la ciencia, aunque sea una palabra reciente; “posverdad” es poco más que “posmodernismo” traducido al discurso mediático. A mi juicio, a nivel humano, las únicas novedades objetivas que percibo en mis lecturas de las sociedades contemporáneas son simplemente órdenes de magnitud; cosas que siempre sucedieron, ahora suceden multiplicados por cien, o por mil, o por un millón, y eso las hace más notorias, más espectaculares; más dañinas y más urgentes. Hay más gente, que vive más, y hace más cosas, y más rápido, y más lejos, y más todo. Pero salvo contadas excepciones, en realidad es más de lo mismo, sigue siendo gente, y entre la posverdad y el sofismo no hay tanta

diferencia real qué digamos. ¿Entonces? ¿Qué puede tener todo esto de novedoso? ¿Cuál es el gran impacto, la gran actualidad? Lo cual me lleva intuitivamente a desestimar el tema como alguna tontería menor, una moda, hasta que repaso la coyuntura que conté en mi introducción a este texto, y vuelvo a ver otra vez efectos indeseables de los mismos mecanismos no del todo explicados, y nuevamente siento que hay algo necesario que entender.

Lo que está pasando en esa escena, en definitiva, es que la mentira nos lastima, nos cuesta asimilar, nos obliga a expulsarla, nos duele. Y no es que simplemente estamos engañados: somos una parte activa del supuesto engaño; no somos víctimas de una moral ofendida, somos inmorales victimarios. Por eso, como duele la mentira, también duele la verdad. Hablamos de “posverdad” por cómo nos sentimos frente a la mentira y a la verdad, que en las magnitudes actuales se ha vuelto particularmente notorio.

Fue reflexionando sobre aspectos de toda esta escena de la corrupción y la posverdad, que en un momento me hice esta pregunta: *¿y si lo que pasa es que somos demasiado sensibles a la verdad?*

Y fue una idea extraña. Supuse que debía de encontrar material al respecto, entonces busqué en Internet, y me dí cuenta que era una búsqueda bastante difícil de precisar.

Encontré apenas algunos ensayos religiosos. Sé de autores que encararon la relación entre verdad y sentimientos, pero apenas como contingencia, o conclusión derivada de algún otro fenómeno que le interesara más al autor. La idea de “sensibilidad por la verdad” es exótica. De modo que comencé tímidamente a desarrollarla, y para mi sorpresa no me topé con ningún obstáculo fuerte.

El resto de mis lecturas sobre las escenas que iré mencionando estarán entonces determinadas por esta idea. La escena actual en sí es una especie de círculo vicioso. Mi hipótesis pretende ir hacia un inicio del mismo. Ese círculo vicioso arranca siempre por la reacción, esa percepción de algo que nos genera una respuesta, y no es exactamente “información”.

Lo que me interesa rescatar es la sensación. No es lo mismo la información que nos indica “mañana va a llover”, que aquella que nos indica que “mañana *nuevamente* va a llover”, donde el “nuevamente” lo agregamos nosotros; “como viene lloviendo *sin parar* desde hace dos semanas”, y que eso confirma nuestras sospechas de que “estamos viviendo un cambio climático a nivel mundial”. La misma “información” se transforma rápidamente en otra cosa, por obra y gracia de nuestra propia conciencia, y esa otra cosa de repente se asimila muy diferente a la información original.

No es sólo información que procesamos: es una de sus funciones; uno de los mecanismos en el sistema de procesamiento de información que poseemos todos, tiene como efecto una reacción vinculada a nuestras sospechas, nuestras intuiciones, nuestros deseos, de una verdad ya sea oculta o evidente pero que declaramos *nuestra*, que nosotros *sabemos*.

Parece ser un consenso general, al que adhiero, que la razón por la que aquellas acciones mediáticas son exitosas en términos de afectar a la gente, no es por ningún carácter cualitativo de lo que dicen sino por cómo se sienten.

En la denuncia mediática, la reacción se vive con indignación. La intervención de la moral es clave al caso, pero es algo que me interesa retomar más adelante; aquí quiero ir hacia la indignación en tanto que reacción. Lo que planteo es que hay una reacción sensible mucho antes que una explicación racional: ya estaba la reacción programada, del mismo modo que ya estaba programada la atención misma al tipo y contenido del discurso en cuestión. Ya estábamos predispuestos a que, si alguien dice algo como eso, no sólo le prestamos atención sino que además nos indignamos. Es un mecanismo muy primitivo que opera en la frontera de nuestra psiquis y el momento de relacionarnos con los demás. Nos permite distinguir quienes somos, diferenciarnos, agruparnos. Y sí, es algo de orden

psicológico, muy probablemente inconsciente, y también es algo muy emparentado con otros mecanismos de la conciencia, la percepción, y la comunicación; pero afirmo que se trata de un mecanismo particular e individualizable. Lo que digo es: al momento de determinar si una información, un conjunto de datos que percibimos, constituye verdad o falsedad, nosotros sentimos algo. Así como podemos sentir con los dedos, por separado aunque al mismo tiempo, temperaturas y texturas, así nosotros, entre todas las cosas que sentimos, sentimos verdad o falsedad en la información; y es algo absolutamente inevitable para nosotros. Esa inevitabilidad es lo que justifica la explotación; esa sensación tan íntima es lo que justifica la instalación exitosa de algo como la posverdad, la famosa “experiencia subjetiva” que tendría prioridad por sobre la verdad objetiva. No es posible que el tema “no nos interesa”: y en los casos que así fuera, sería visto también como algo indignante, porque estaríamos ante la encarnación de un ciudadano irresponsable, y entonces de esa reacción tendríamos que defendernos, por lo cuál de repente nos interesa aunque no queramos. Es fácil escapar de la cuestión en términos lógicos o discursivos, pero es imposible escapar de las sensaciones involucradas.

Antes dije que “la verdad duele”. No diría que “dolor” es la palabra universal para este fenómeno, pero sí definitivamente “sentimiento”. Lo que afirmo es que la verdad se siente, y que ante esa sensación reaccionamos;

“verdadero” y “falso” no son más que tonos de un sentido, como pueden serlo “amargo” y “dulce” para el gusto. La razón por la que la objetividad es casi absolutamente accesoria para nuestra toma de decisiones, y nos conformamos con lecturas completamente parciales de cualquier fenómeno que estemos evaluando, cuando no directamente tomamos decisiones de manera intuitiva, es cómo nos sentimos. Tal vez sea producto del uso del lenguaje, tal vez sea nuestra capacidad para detectar patrones, tal vez sea el origen mismo de la idea de objetividad: pero la diferencia entre lo verdadero y lo falso es algo que sentimos, incluso mucho antes de poder razonarlo ni mucho menos explicarlo. No es, entonces, que los sentimientos se contraponen a la verdad, sino que en la práctica lo son; al menos, en un aspecto de lo que llamamos verdad en tanto que fenómeno, aunque tal vez no los tengamos en cuenta cuando hablamos de verdad en tanto que idea.

Con eso, en líneas generales la realidad se burla de la objetividad, y la política es un campo de batalla sentimental donde lo verdadero pareciera tomar tantas formas que se vuelve difícil de sostener con seriedad. Así llegamos a crisis institucionales, y crisis comunicacionales. Lo que sucede con la posverdad no es que la verdad haya muerto, sino más bien todo lo contrario: está más viva que nunca, porque hay más gente que nunca transmitiendo más y más sentimientos. Lo

que no tiene mucho más lugar en la sociedad es la idea fantástica de que la verdad y la objetividad son alguna especie de sinónimo, cuando gracias si la objetividad<sup>1</sup> es apenas un caso particular e ideal. Y los primeros en sufrir esa “catástrofe moderna”, no son ni más ni menos que los medios, que ya no pueden ampararse en ninguna fantástica objetividad, y necesitan con urgencia una nueva máscara para sostener el hipotético valor de su discurso.

Pero estas afirmaciones sobre sensaciones son problemáticas con sólo esa esa escena activamente generalizada de la corrupción. Allí muchas disciplinas pueden decir muchas cosas más sólidas y aceptadas que mi afirmación, además de que buena parte de la escena está construida exclusivamente para mis fines, obviando centenas de detalles. Por esa razón, voy a ir hacia otros lugares, completamente diferentes, donde pretendo encontrar fenómenos similares, que permitan pensar las mismas cosas desde otras perspectivas. Y recién retomaré, formalmente y mucho más en detalle, estas ideas sobre sensaciones, en el último capítulo del libro.

---

1 Es un buen momento para dejar clara una nota acerca de la objetividad, que se aplica a todo el presente trabajo. Se trata de un concepto sumamente complejo; objetividad puede ser “aquel principio que regula ciertos métodos de investigación y razonamientos”, puede ser “aquello a lo que refiere el lenguaje/discurso/la ficción”, puede ser también entendido como “todo aquello que no es subjetivo”, y de muchas otras maneras. Revisar cada una de ellas implicaría mucho texto, sería tan dificultoso de escribir como de leer, y francamente no me interesa para el tema que estoy tratando: cualquiera de esas acepciones de “objetividad” me sirve exclusivamente como contraste para plantear un punto. De modo que en todo el texto voy a usar el término, activamente, de modo ambiguo.



## 3 - Saga y Canon

Veamos ahora otro ejemplo de relación problemática con la verdad, que nos va a ayudar mucho más que la política para sacar la objetividad del medio.

Darth Vader es el padre de Luke Skywalker. Y de la princesa Leia, dicho sea de paso. Si *El Imperio Contraataca* estuviera a punto de estrenarse, decir lo que yo dije constituiría “spoiler”, palabra del mundo mediático que viene al caso de haber revelado un giro argumental por fuera de sus tiempos originalmente planificados.

De acuerdo a algunos parámetros de convivencia contemporáneos, por haber realizado un spoiler podrían suceder con mi persona una serie de cosas difícilmente felices: desde ser socialmente condenado<sup>2</sup> hasta recibir amenazas de muerte<sup>3</sup> o, por qué no, tener problemas legales. Permítanme ejemplificar de lo que hablo. En el sitio web de preguntas y respuestas *Quora*, alguien realizó la siguiente pregunta de forma anónima: *¿puedo hacerle un juicio a alguien por darme spoilers?*<sup>4</sup>. Allí, Peter Stanwyck, abogado en Bay Area Business, Business Coach, y árbitro de

---

2 <https://www.rogerebert.com/rogers-journal/critics-have-no-right-to-play-spoiler>

3 Ver: <https://www.theguardian.com/us-news/2015/dec/23/man-arrested-threat-shoot-friend-revealed-star-wars-force-awakens-spoiler> , <http://www.gizmodo.co.uk/2015/12/man-jailed-for-making-force-awakens-spoiler-death-threats/> , etc.

4 <https://www.quora.com/Can-I-sue-someone-for-giving-me-spoilers>

Baseball, escribió una empática respuesta que comenzaba con la siguiente frase:

Whilst I get that it's offensive and annoying for someone who knows you don't want to know something, then goes ahead and tells you anyway. Not every offense, however annoying, has a legal remedy. (...)

La respuesta de Peter nos sirve como definición de los efectos negativos que tiene el spoiler. Es, en principio, una *ofensa*. Ciertamente alguien ha de estar ofendido por haber sido víctima de un spoiler, al punto tal de especular la posibilidad de llevar la cuestión al plano legal; ese alguien está considerando al spoiler incluso tal vez como una forma de *daño*.

Uno puede entrar por Internet en cualquier comunidad de seguidores de cualquier forma de ficción, especialmente las multimediales (como ser las películas o series de televisión), y ver que mientras todavía están emitiendo los episodios semanales o apenas se abren las puertas de los cines, en Internet ya hay gente que por diversas razones tiene acceso al material antes que otras personas. No es en absoluto extraño que a estos “privilegiados” súbitamente se les restringen o hasta censuran los mensajes, en virtud de proteger a otros miembros de la comunidad contra los efectos indeseados del spoiler. La libertad de expresión no

parece ser más importante. Incluso se vive a menudo la situación inversa: ver gente que se “desconecta del mundo” temporalmente hasta no ver la serie, o la película, o leer el libro, como modo de protegerse a sí misma contra el amenazador y terrible spoiler.

Cabe aclarar que no todo el mundo odia a los spoilers: hay gente que, de hecho, todo lo contrario, activamente busca acceder a información antes de su tiempo de publicación.

Pero ya sea que se los ame o se los odie, aparentemente no se puede ser muy indiferente hacia la idea del spoiler, tal y como pasaba con la corrupción. Este hecho que a simple vista podría pasar como algo apenas pintoresco, se convierte frecuentemente en acalorados debates subidos de tono entre gente sumamente apasionada al respecto del tema<sup>5</sup>. El spoiler como fenómeno cultural está fuertemente instalado en la sociedad mediática contemporánea, y es un fenómeno tan poderoso entre la gente que hasta existe toda una industria multimillonaria del alrededor de él.

En un juego mercantil, se generan expectativas entre la gente. Y más tarde, esas expectativas deben ser protegidas, tanto desde el punto de vista de la industria como de los consumidores mismos. Desde la perspectiva industrial, es

---

<sup>5</sup> [https://en.wikipedia.org/wiki/Wikipedia\\_talk:Spoiler](https://en.wikipedia.org/wiki/Wikipedia_talk:Spoiler) . Nótese la cantidad de archivo que consta en esa discusión.

necesario protegerlas en tanto que buena parte del “rating” o el “box office” depende de dichas expectativas, y constituyen luego índices determinantes para los balances anuales y la planificación de futuros proyectos. No es trivial para la industria la diferencia entre que la gente esté o no esperando consumir de inmediato lo que sea que se le está vendiendo. De modo que las expectativas son incluso estimuladas a nivel industrial, y a esa dinámica de generación de expectativas se la llama “hype”. Esto es algo también sumamente arraigado en el mercado tecnológico, con cada nuevo modelo de teléfono celular, o versiones de software, o consolas de video-juegos; y en la medida que pensemos la mercantilidad podemos encontrar otros infinitos ejemplos.

Lo que resulta un poco más difícil de entender con precisión es qué existe del lado de los consumidores, con relación a esas expectativas adrede generadas en virtud de más ventas, que los vuelve tan sensibles a esas revelaciones pecaminosas que constituyen los spoilers. Más allá del resultado de alguna trama particular, cualquiera sea, una y otra y otra vez la industria va a volver a repetir el ciclo de generar expectativas para luego volver a generarlas y más tarde hacerlo una vez más, sin límite aparente. No es una novedad, y cualquier consumidor promedio conoce ya esa dinámica. ¿Entonces, qué es exactamente lo que están cuidando con tanto fervor los consumidores, si difícilmente puede sorprender a alguien esta mecánica tan recurrente?

Aquí es donde voy a intervenir con uno de los aspectos de la verdad que me interesa plantear, y para los que la gente spoiler me resulta útil. Por esa razón voy a seguir explorando detalles sobre esas comunidades.

Confío en que cualquier lector de este texto estará familiarizado con la idea del canon en términos ficcionales. Hablamos de componentes canónicos y no-canónicos de un universo ficcional, como puede ser el caso de *Star Wars*, cuando queremos dejar claro el extraño concepto de “aquello que *realmente* sucedió en una ficción”. Lo cuál, ya solamente así planteado, podría uno preguntar cuál puede ser la utilidad de semejante concepto absurdo<sup>6</sup>. El canon sin embargo es sumamente importante de cara a cuestiones como el derecho de autoría o la continuidad de una historia. Esto es así porque cualquiera puede simplemente decir o pensar cualquier cosa sobre una ficción, pero no por ello una ficción debe quedar ligada a ese decir o pensar.

Permítanme ejemplificarlo con un problema. Supongamos que, siguiendo con *Star Wars*, alguien en su casa escribiera una historia sobre los personajes de *Star Wars* pero implicando apologías de crímenes. Voy a forzar mi

---

6 Durante todo este texto me voy a adecuar a esta lectura irónica del canon, porque me resulta sumamente útil en términos didácticos. Está claro que las ficciones requieren de ciertos componentes para funcionar como tales, son temas estudiados, y no pretendo con este trabajo ningunear a la ficción en absoluto (de hecho, todo lo contrario). Mi estrategia con desvalorizar al canon es, simplemente, un atajo lógico y retórico hacia las mismas conclusiones a las que llegaría de una manera u otra complejizándolo.

argumento, exclusivamente para llamar la atención, hacia algo que actualmente sería escandaloso: digamos que alguien cuenta una historia donde se detalla el entrenamiento del joven Anakin Skywalker, siendo todavía niño, por parte de su maestro Obi Wan Kenobi, lo cuál es algo no relatado en las películas; pero esta persona escribe esta historia incluyendo escenas de pedofilia como parte de tal entrenamiento. ¿Acaso Disney, George Lucas, o sus guionistas, deberían ser acusados de apología de la pedofilia, por haber escrito o publicado o producido *Star Wars*, aunque no hayan escrito ese fragmento?

Otro ejemplo problemático sería qué sucede si aquella historia escrita por algún tercero ajeno a los dueños de la franquicia *Star Wars*, no sólo no incluye nada polémico sino más bien todo lo contrario: qué pasa si termina siendo popularmente aceptado o incluso hasta aclamado. ¿Puede esa persona publicar esa historia, y hacer usufructo económico de *Star Wars*?

Así, podemos ver que el canon es, si bien en principio absurdo, también contextualmente necesario. Se dice entonces que aquella historia tan problemática *no será canónica*, y para marcar esa diferencia entre qué es y qué no es canon operará una autoridad, que será usualmente editorial, aunque también puede llegar a ser legal.

Pero una marca de nuestra época con respecto a las ficciones es la idea del *fanfiction*. En líneas generales, se trata de todo aquel “contenido” generado por los propios consumidores de alguna ficción dada, y usualmente se traduce en historias directamente relacionadas a algún trabajo de ficción particular, cuando no imágenes donde se muestran personajes en diferentes situaciones. Es decir, lo *no canónico*; aquellas historias sobre el entrenamiento de Anakin Skywalker, polémica o no, hoy sería llamada fanfiction.

Hay formas, modos, y categorías de fanfictions, que no me interesa explorar en detalle aquí. Sí me interesa plantear que cualquier hipótesis sobre qué sucede próximamente en nuestra ficción favorita es necesariamente una forma del fanfiction, y de hecho las hipótesis sobre posibles futuros en una historia o sobre respuestas a interrogantes no formalmente resueltas suelen ser consideradas fanfictions sin generar fricción alguna en la definición popular. Las mismas tienen un nombre particular: “fan theories”, o “teorías de los fanáticos”.

Con lo cuál, podemos concluir muy fácilmente que el fanfiction no es ni más ni menos que un fenómeno absolutamente dado y elemental en la ficción, porque toda ficción genera siempre un trabajo intelectual de fantasear detalles o desenlaces posibles de su desarrollo, o situaciones

alternativas, y que las conclusiones canónicas en una historia son poco más que un mero cierre editorial formal cuyos fines fácilmente podrían entenderse como apenas contingentes de cara a la dinámica ficcional. Pero sucede que, además, desde Internet, con sus tiempos acelerados para con el intercambio multimedial, esa dinámica tomó un lugar privilegiado entre las comunidades de consumidores, al punto tal de llegar a entenderse al fanfiction incluso como una forma de economía<sup>7</sup>.

Así es que, en tiempos de fanfictions, uno podría hablar muy fácilmente de crisis de los cánones; pero muy por el contrario nos encontramos con sucesivas reivindicaciones de los mismos. Es cierto que los fanfictions han ganado mucho espacio dentro de la cultura, pero no por ello parecen haberse visto debilitados los mecanismos que sostienen cánones desde hace siglos. Así y todo, vemos peleas infinitas sobre cuál debería ser tal canon en tal historia: cuál debería ser la verdad en una historia.

No me interesa tanto la relación entre canon y verdad como la relación entre fanfiction y spoiler. Sucede que necesariamente los fanfictions han de existir, y aparentemente también de manera necesaria han de existir los desenlaces canónicos; pero hay un juego de expectativas por ver cuál es el verdadero final, que por momentos se

---

7 <http://journal.transformativeworks.org/index.php/twc/article/view/518/428>



muestra francamente virulento. Gente indignada por la opinión de los demás sobre tal o cuál posibilidad de desenlace, gente agrupada clamando finales para tramas, Internet llena de imágenes e historias futuras mostrando finales o hasta reinterpretaciones de eventos pasados, y todo mediado siempre por el fantasma del spoiler.

La experiencia de la revelación de la verdad canónica debe ser cuidada y medida por los agentes mismos del canon; otras formas de revelación constituyen un acto sucio y hasta ilegal. Luego de la revelación existe un momento de confirmación o no de fan theories, y de aceptación o no de la verdad revelada, con diferentes impactos emocionales en diferentes personas. Estamos ante un mecanismo de cautivación de espectadores que insiste en ser explotado con una rigurosidad metódica; luego de la enésima serie y el millonésimo giro argumental, uno podría estar más bien acostumbrado a la experiencia, y podría tener una gimnasia tal que opere como paliativo para cualquier forma de sorpresa. Pero no parece ser el caso, sino más bien lo contrario. Al punto tal que estos mecanismos propios de la ficción ya directamente se exportan hacia otros mercados, como ya mencionara al de la tecnología: hoy tenemos presentaciones en directo para todo el mundo de los nuevos productos de Apple, que consisten lisa y llanamente en un teléfono celular, con el cuál uno hace las mismas cosas que haría con otro teléfono celular anterior o posterior a ese: así

y todo el evento es una gran revelación. No sólo eso: hay “filtraciones”; aparecen antes de tiempo imágenes o datos que no deberían haber sido publicados, y constituyen “noticia” o “información”: lo cual, desde un tiempo para acá, parece suceder prácticamente siempre.

Entonces, ya sea que hablemos de la trama de una ficción o de la presentación del nuevo producto de alguna empresa, tenemos revelaciones que no son tales sino casi más bien un trámite burocrático, y spoilers que constituyen diferente grado de ofensa de acuerdo al contexto: morales, éticas, legales... hoy tenemos grandes blockbusters norteamericanos en los cines de todo el mundo, semana a semana, mes a mes, todos ligeras variaciones los unos de los otros, y todos se proponen grandes eventos cinematográficos, grandes experiencias. ¡Y cuidado con corromperlas con un spoiler!

Todo eso resulta tan absurdo, que me permito recordarles la importancia de este fenómeno: es una dinámica que involucra centenas de miles de millones de dólares al año.

¿Qué busca esa gente en esas cuasi-revelaciones, cuando no directamente no-revelaciones? ¿Confirmar que su marca de celular es la mejor por alguna razón o su teoría es la única oficialmente legítima? ¿Cuál es el problema con que

le digan otra cosa, o que se lo digan antes de los tiempos canónicos? ¿Para qué le sirve esa verdad a la gente? ¿Por qué es valorada, y deben ser respetados sus rituales?

Permítanme un paréntesis. Como sucediera antes con el círculo vicioso de la denuncia mediática, aquí muchas disciplinas van a poder decir muchas cosas generalmente aceptadas sobre los fenómenos que estoy describiendo. Un analista marxista va a poder explicarnos el impacto del fetiche de la mercancía, un antropólogo o un sociólogo nos va a saber decir cómo hacemos para relacionarnos en grupos alrededor de valores, los estudiosos de la psiquis y del cerebro nos van a saber explicar cómo es que el hype tiene X o Y efectos en nosotros, y demás planteos. Quiero aclararle a los lectores que eso es algo que va a suceder con todos mis relatos; si fuera por ese fenómeno, no podría escribir nada de esto hasta no contrastarlo con todas las disciplinas habidas y por haber. A ese contraste lo considero inevitable, positivo, y esa es la razón por la que me despreocupo del mismo. A los lectores de este texto los invito a, por lo menos temporalmente, dejar de lado esas herramientas absolutamente útiles para entender los fenómenos que planteo, de cara a una diferente que estoy tratando de esbozar; al final de este texto, pretendo haber desarrollado algo que en su conjunto sea más fuerte que sus partes separadas.

Continúo. Voy a explorar un poco más este extraño mundo contemporáneo de los spoilers y los fanfictions. Por definición, todo fanfiction es, con respecto a un canon, falso. El fanfiction no es verdad, donde el canon sí lo es. Ya vimos que contextualmente esta diferencia puede llegar a ser muy importante. Pero esa importancia es casi enteramente legal o comercial: no queda claro qué le importa en el canon a alguien que activamente inventa sus propias historias. De hecho, no queda en claro por qué a alguien más que a las empresas involucradas les importaría el canon en absoluto. Sin embargo, el canon continúa siendo una figura central en las comunidades que se forman alrededor de universos ficcionales. Así tenemos, además de gente que escribe sus propias historias, gente que sostiene al canon incluso hasta darle lugar al fenómeno social del spoiler.

La gente spoiler demanda una verdad cuidada, vedada, y mediada. La verdad canónica debe ser revelada sólo de acuerdo a los rituales establecidos por el canon mismo, y sólo deben tolerarse aquellos rituales “paganos” que salvaguarden o refuercen el ritual original. Es decir: no hay problemas en que salgas a la calle disfrazado de chubaca, y que interactúes con gruñidos a los gritos, y que gastes buena parte de tu dinero en parafernalia de una película, cuando vas a ver una película al cine, siempre y cuando no incurras en el spoiler. Si se cumple con eso, entonces uno está en el camino de la ética del “fan” adecuado para la gente spoiler.

Si uno es un imbécil, pero por razones que no son las del spoiler, entonces no hay problema. Y como mencionara antes, la degradación en libertad de expresión que esto constituye, a cambio de alguna cuestionable virtud, no parece impactar mucho en la toma de decisiones de esta gente. Me refiero a la cuestión del intercambio, fundamentalmente vía Internet, donde se eliminan comentarios o se bloquea la capacidad de comunicarse a un usuario por haber incurrido en ese crimen que constituye arruinar una hipotética sorpresa argumental. Se protegen entonces de la violación a ese tiempo de revelación, no sólo simplemente aislándose cuanto puedan de la información sobre una trama, sino también quitándole a los demás la posibilidad de distribuir información, y ambas cosas son en mayor medida socialmente aceptadas como normales o tolerables.

Quizás aquí quepa aclarar, sin ánimos de desviarme mucho del tema, que precisamente el origen del canon son los textos religiosos, y que su rol era originalmente distinguir aquello “canónico” de lo “apócrifo”: una palabra con una carga negativa un tanto más acentuada que simplemente “no canónico”. La autoridad editorial allí es la Iglesia, y lo que se protege no es tanto una verdad a revelar sino una línea editorial; y en este caso particular, ya no era tanto una cuestión comercial como de impacto social. Un texto sagrado es la palabra de la divinidad, y corromper ese relato es un

pecado serio, una profanación. No sólo es un crimen importante a nivel individual, sino que en definitiva deja latente la posibilidad de corromper a la sociedad misma. En los textos religiosos, los relatos “no canónicos” son más bien una injuria importante para todos, al punto que sin mucha dificultad se podría comparar con la acción demoníaca. Definitivamente no es el mismo crimen que combate la gente spoiler, y muy especialmente no sucede lo mismo con quienes escriben fanfictions.

La gente que escribe fanfictions, lejos de ser profanadores de la sacralidad, actualmente gozan de aceptación y reconocimiento en las comunidades de ficciones. Los fanfictions son parte del ecosistema cultural en torno a cualquier universo ficcional, y de hecho ya son reconocidos incluso desde la industria editorial misma, de diferentes maneras. Algunas ficciones, por ejemplo, incluyen escenas, situaciones, o consecuencias argumentales, que fueran dadas anteriormente en el clamor de las comunidades mismas de seguidores<sup>8</sup>. A veces eso se hace con pequeñas menciones, a modo de guiño, hacia situaciones que el público parece estar pidiéndole a los productores; pero a veces puede ser mucho más central en la historia, como conceder la existencia de alguna relación amorosa o de parentesco

---

8 Al respecto, simplemente busquen en Internet palabras clave como "korrasami" o "cleganebow!", por dar algún ejemplo.

entre personajes<sup>9</sup>. Sucede que las comunidades de seguidores son un *focus group* en las industrias editoriales, y sus opiniones pueden determinar decisiones industriales. Así, el fanfiction no sólo no parece corroer en absoluto los pilares del canon, sino que además convive plenamente con la autoridad canónica misma. Y de esta manera, es común que la misma gente spoiler también forme parte de la comunidad generando o compartiendo fanfictions; no son dos grupos necesariamente separados, sino que usualmente hasta llega a ser la misma gente.

Pero la relación entre fanfiction y canon no necesariamente es feliz. El canon parece tener intereses enteramente comerciales, y uno de los aspectos del comercio moderno es el derecho de autoría y usufructo. Así sucede que, muchas veces, las organizaciones editoriales toman material del fanfiction para hacer sus propios productos, usualmente modificándolo (aunque no necesariamente), sin darle luego ningún reconocimiento económico o siquiera ético a los creadores reales de ese material, cuando no hasta directamente perjudicándolos. Un caso notorio podría ser el de *Dragon Ball*. *Dragon Ball Z* fue una continuación de la ficción *Dragon Ball*, que se produjo hasta principios de la década de 1990, y que se volvió muy popular en todo el mundo. Con el advenimiento de Internet, en la década del

---

9 <https://www.theatlantic.com/entertainment/archive/2017/12/the-fan-fiction-that-predicted-a-major-last-jedi-storyline/548885/>

2000, una comunidad de seguidores de *Dragon Ball Z* publicó su propio comic, absolutamente gratuito, llamado *Dragon Ball Multiverse*. Desconozco los problemas de derecho de autoría que pudieron haber o no enfrentado por esta acción, pero lo concreto es que la publicación surgió de manera comunitaria y espontánea en Internet, como fanfiction. Y esta historia expande el universo planteado en *Dragon Ball Z*, luego de los eventos canónicos, de cara a la idea de “multiversos”: las historias del universo canónico de repente se cruzan con historias de otros “universos alternativos”, en un torneo de artes marciales multiversal, que es un tema afín a la franquicia. Esta publicación, gratuita y online, obtuvo cierto reconocimiento comunitario y popularidad. Con el paso de los años y por diferentes razones, en Japón se pretende continuar de manera canónica con la historia de *Dragon Ball Z* en la década del 2010, y así surge *Dragon Ball Super*. En esta nueva iteración canónica, como novedad aparecen múltiples universos, en un torneo de artes marciales multiversal. Y durante el mismo momento, alguna de las empresas con derechos sobre la franquicia de *Dragon Ball Z* publicó una serie de videojuegos llamado *Dragon Ball Xenoverse* donde, precisamente, se plantea la idea de alguna crisis multiversal. Así y todo, *Dragon Ball Multiverse* continúa con su trabajo a la fecha.

Es notorio también que, luego de *Dragon Ball Z*, una diferencia entre la empresa que publicaba la saga y su



creador, llevó a la publicación de *Dragon Ball GT*: una historia derivada de *Dragon Ball Z* que, si bien es “oficial”, y mantiene derechos legales de autoría, y constituye una franquicia productiva para vender parafernalia como juguetes o ropa, y obtuvo el financiamiento para ser desarrollada como serie animada de televisión, en rigor no es canónica. Aquí sucedió que la autoridad misma del canon decidió publicar una historia no canónica.

Otro caso significativo puede ser el de *Saint Seiya*. Es otra publicación japonesa, que también tuvo su versión animada. Sucedió con esta franquicia que, en un momento dado, se activara un proyecto para crear una historia que hiciera las veces de precuela de la saga original. Esta precuela transcurriría doscientos años antes, y contaría la historia de eventos anteriores pero determinantes para la saga. El autor original de *Saint Seiya* no participó de este desarrollo, pero brindó su bendición para constituir en canon a esta precuela, que se llamó *Lost Canvas*, y que tuvo buena aceptación entre las comunidades de consumidores. Pero eventualmente, ya maduro *Lost Canvas*, y planificando el futuro editorial del mismo, y de hecho en medio de la producción y activa transmisión de su versión animada, el creador de *Saint Seiya* decidió publicar su propia precuela canónica, en el mismo momento histórico ficcional que *Lost Canvas*, y para ello descanonizó a *Lost Canvas*.

En *Star Wars*, luego de tres películas clásicas, en la década de 1990 presentaron precuelas a la historia original, donde se cuentan los orígenes de varios personajes. Allí, en la primera de las tres películas que se publicaron, se estableció como canon una explicación para el funcionamiento de un componente clave en toda la ficción: “la fuerza” está mediada por “midiclorianos”, que son criaturas microscópicas presentes en todos los seres vivos. Pero esta explicación se hizo cada vez más difícil de sostener, al punto tal de que no vuelve a mencionarse en absoluto en todas las demás películas, y hoy las comunidades de seguidores se debaten arduamente la condición canónica o no de los midiclorianos, considerados un error.

Las historietas siempre fueron vanguardias al respecto de estos problemas, y hace muchas décadas tienen sistemáticamente asimilada la idea de “multiversos”. De esta manera, pueden contar cualquier historia, que en caso de mostrar problemas de continuidad simplemente es asignada a un “universo paralelo”, y problema resuelto. Cabe destacar que esos universos paralelos son canónicos, y simplemente hay un universo más central para la editorial que otros.

Y como último ejemplo de dinámicas del canon menciono también algo que sucedió en comunidades de video-juegos. A principios de la década de 1990, la empresa ID Software creó el juego *Doom*. Este juego tenía

características técnicas innovadoras y revolucionarias para la industria, pero una de ellas tenía qué ver con la forma de interactuar con otros jugadores. *Doom* permitía a los jugadores crear sus propios “mapas” donde competir entre varias personas conectadas en red. Esto llevó a que la comunidad del *Doom* se sintiera muy vinculada con la franquicia, y mostrara mucha dedicación para la creación de “mapas” y otras modificaciones al juego. *Doom* cuenta una historia, que no viene mucho al caso<sup>10</sup>; pero la comunidad, en su participación, creó muchas otras historias, vinculadas a los mapas y modificaciones al juego que desarrollaban. Con lo cual, a su manera, aparecieron fanfictions de *Doom*. Y frente a esto, ID Software, que en este contexto es la autoridad canónica, dictaminó que todas las historias contadas en desarrollos comunitarios sean canónicas. Así, todo fanfiction del *Doom* es en rigor canon y, como en las historietas, corresponde a una historia que transcurre “en un universo paralelo”. Con lo cual, contrario a la descanonización de *Lost Canvas*, esto constituiría un “ascenso” del fanfiction hacia el canon. Esto llevó a que, en una nueva instalación de la franquicia, lanzada en el año 2016, *Doom* incluyó diferentes componentes que alguna vez fueran creados en la comunidad como fanfictions.

---

10 En la opinión, de por aquel entonces, de uno de los desarrolladores principales del *Doom* y miembro fundador de ID Software, John Carmack, *Story in a game is like a story in a porn movie. It's expected to be there, but it's not that important.* [https://en.wikiquote.org/wiki/John\\_D.\\_Carmack](https://en.wikiquote.org/wiki/John_D._Carmack)

El fanfiction en *Doom* fue reconocido y premiado con la canonización. Pero algo más frecuente sucede con las fan theories, incluso hasta semana a semana luego del lanzamiento de algún nuevo capítulo de alguna serie. Cuando una fan theory resulta haber predicho los eventos más tarde canónicos, esto se vive como un triunfo personal por aquellos que sostenían tal hipótesis acerca del futuro de la ficción en cuestión, y es objeto de celebración. Se dice aquí que este fanfiction “es real”. Y, por lo tanto, los demás que contradijeran dicha hipótesis lógicamente no lo son.

En definitiva, el canon puede tener un comportamiento bastante errático, y así también es la supervivencia del fanfiction: ascensos, juicios por derecho de autor, publicidad, censura, idolatría, marginalidad... son todas situaciones comunes en el mundo periférico a las ficciones, y lugares emocionalmente intensos para sus participantes. Tanto quienes escriben fanfictions, como quienes defienden de los spoilers, tienen una relación sumamente íntima con la ficción, al punto tal que se vuelven incluso trabajadores mismos de la industria. Ya vimos que desde el fanfiction se puede tener un impacto directo en el desarrollo de una trama, de diferentes maneras; pero la gente spoiler también hace su parte. Sucede que la gente spoiler opera en la práctica como agentes del canon, como policía comunal que protege los tiempos y modos de una verdad institucional, sin problema alguno para subordinarse a una autoridad editorial. Son ellos

los verdaderos garantes de toda esa ritualidad difícil de comprender alrededor del hype, mucho más que cualquier medio de comunicación sugiriendo qué consumir; son quienes le dan entidad al ritual mismo, y la única razón por la que sigue existiendo, en una época donde cualquiera escribe lo que quiera y cuando quiera. En la gente spoiler podemos ver un fenómeno de resacralización del canon, cuando este poco tiene para agregar en términos tecnológicos a la sociedad moderna. Y, frente a esto, insiste la pregunta de por qué alguien habría de hacer cosa semejante.

¿Qué le pasa a esta gente? ¡Tiene un comportamiento absolutamente premoderno! ¿Es que acaso no se dan cuenta que “lo que realmente sucede en la ficción” no es “objetivamente real”, y que entonces “da exactamente lo mismo” lo que allí suceda? ¡El canon es un problema de las empresas, no de la gente! Y aquí es donde podríamos traer un extracto del capítulo anterior: *La primer conclusión es que son idiotas. Pero incluso tal vez sean gente incapacitada para entender lo que sucede, ya sea por falta de educación o por algún otro defecto; quizás hasta son enfermos. Esa línea de razonamiento nos lleva eventualmente a que, entonces, si no fuera el caso la enfermedad, han de estar haciéndolo a propósito, sin otra explicación posible: son unos miserables que disfrutan destruyendo lo bueno del mundo, que es lógicamente la modernidad, y lo que hacen es incuestionablemente indignante.*

En este trabajo, mucho más que preguntarme por “qué hacen”, lo que pretendo es preguntarme otra cosa: “qué sienten”. ¿Qué es lo que siente esta gente, que está dispuesta a hacer esas cosas? ¿Por qué le resulta tan importante la verdad canónica?

Al respecto, de lo que puedo dar cuenta con moderna objetividad, es de sus testimonios. Puedo encontrar voces de la gente spoiler por toda Internet (e invito al lector a que también lo haga, para tener un contacto directo con la magnitud del fenómeno), usualmente quejándose, dejando registro de qué clase de cosas les pasan a nivel sentimental, como arrancara citando en este capítulo: lo consideran una forma de ofensa o de daño. Y creo poder enumerar varias formas diferentes del daño que un spoiler puede llegar a producir, permitiéndome una sana cuota de humor negro o de sarcasmo.

En primer lugar, un daño emocional por degradar una prometida experiencia, que se anuncia como producto y que uno compra. Esta experiencia ya no podrá ser la misma luego de la revelación indebida. Es casi como una forma de robo, o de destrucción de un bien intangible, con la curiosa particularidad de ser un bien futuro y potencial que de una manera u otra se ve clausurado en el spoiler. Toda la maravilla, el éxtasis, la gloria, o cualquier otra virtud que

podiera advenir en la revelación cuando correctamente ritualizada, virtudes únicas e irrepetibles, por culpa del spoiler se han perdido para siempre. Esto ha de ser indudablemente trágico.

También constituye un daño emocional por atentar contra la voluntad de no saber. Aquí el spoiler se presenta como una forma de la violación. Uno está dispuesto a llevar el curso de su vida de una manera determinada, eligiendo decir “NO” ante las incesantes e indecentes propuestas de gente que propaga spoilers, y contrario a esa voluntad alguien interrumpe violentamente ese curso que más tarde ya no podrá corregirse. Quién sabe, quizás el spoiler hasta sea causante de stress postraumático.

Daño emocional por atentar contra una comunidad. Uno puede formar parte de un grupo sumamente unido, juntarse para ver entre todos el estreno de la película, alquilando algún transporte grupal y asistiendo todos disfrazados para la ocasión; pero un tercero puede también detenerse a su lado en un semáforo, e identificar los disfraces, e identificar lo que está sucediendo, y con malicia entonces gritar a plena voz el final de la película, injuriándolos a todos. Los más jóvenes tartamudean, y una niña pequeña comienza a llorar desconsolada; la noche ya no será la misma. Y lo doloroso no fue allí la revelación, sino el hecho de que el grupo ya no podrá convivir con la misma alegría: no fue una sola persona

la dañada, que tal vez pudiera haber disimulado su conocimiento o incluso simplemente no revelarlo, esperando encontrar virtud en la revelación colectiva. Aquí fueron todos, ya no habrá sorpresa para nadie, y la alegría se transforma entonces en duelo.

Pero más allá de las exageraciones burlonas, lo concreto es que, en la gente, todas las consecuencias indeseables del spoiler son enteramente emocionales. Y también a la inversa, todo lo deseable del canon es absolutamente metafísico<sup>11</sup>: la fantasía de una posible experiencia X en la revelación canónica. Experiencia que incontables veces ha resultado fallida aun cuando no por culpa del spoiler, pero que así y todo pareciera ser el objeto de una incansable búsqueda para un grupo bastante notorio y socialmente naturalizado de personas.

Nótese que esta búsqueda se sostiene exclusivamente en fantasías, no sólo de las experiencias, sino de hipotéticas purezas: algo curiosamente emparentado con aquellas éticas obligatorias frente a la corrupción y las mentiras del primer capítulo. Y aquí también la verdad se encuentra súbitamente dolorosa o corrompida, cuando no es el camino hacia alguna forma de lo glorioso. Pero la gente spoiler nos muestra que

---

11 Aquí, nuevamente, como fuera el caso de “objetividad”, debe entenderse “metafísico” en un sentido activamente ambiguo. De hecho, en este caso particular, diría más bien coloquial. Estando al tanto de que se trata de otro término complejo en la filosofía, me permito aclarar que en este texto “metafísica” va a querer decir “algo intangible, probablemente imaginario, y de difícil verificación”. O, si quisiera plantearlo en tono negativo, el equivalente más adecuado sería el término “humo”.



esto funciona, además que de manera bastante lejana a la objetividad, también en un contexto donde difícilmente se pueda hablar de engaños o de mentiras. Las mentiras o los engaños no son la causa de este daño. Lo que sea que le sucede a la gente spoiler está más vinculado a la ritualidad de la verdad, mucho más que a cualquiera de sus valores finales posibles. Y por esta razón nos sirven para pensar un poco el peso que tiene la verdad en nuestras vidas, las relaciones que podemos llegar a tener con ella.

Como último detalle que pretendo dejar anotado en este capítulo, llamo la atención sobre cómo la verdad es en rigor objeto de “hype”. Ya sea el final de una serie, la revelación de corrupción de la figura política del momento, o la nueva tecnología que viene a cambiar el mercado de telefonía móvil, son causantes de *alboroto*. Nos comportamos como animales, como cardumen o bandada, reaccionando alrededor de un dato significativo como “comida” o “depredador”. Uno se mueve, todos se mueven: y el que no se mueve se queda frágil y sólo. Hay algo en esa información que nos llega de manera cuidadosamente planificada, que detona en nosotros un comportamiento a todas luces primitivo o animal.

Entonces, en el capítulo anterior planteé que la objetividad pueda ser accesoria no sólo a la toma de decisiones sino también a la verdad. Luego, utilicé a la gente

spoiler para poder tomar más distancia de la objetividad, y darle un poco más de centralidad a la sentimentalidad. Pero en ambos casos, las personas involucradas podían hablar de alguna forma de razonamiento válido; si bien es un tanto difícil de sostener su importancia (desde la perspectiva de los consumidores al menos), es cierto que el spoiler puede ser una experiencia indeseable aún cuando mínima, y que se constituyan mecanismos de defensa alrededor de eso es perfectamente pensable. Pero en el próximo capítulo pretendo alejarme completamente del uso de la razón, como lo hiciera aquí de la objetividad, entrando ya en los dominios de la más absoluta barbarie.

## 4 - El enigma del acero

Para comenzar con este capítulo, me permito una cita de la cultura popular. En el año 1982, Arnold Schwarzenegger protagonizó la película *Conan, the barbarian*. Allí, en una escena absolutamente platónica, en un banquete luego de un ataque a un pueblo, pudimos apreciar una reflexión de Conan que nos va a servir para entender mejor un aspecto de nuestra realidad<sup>12</sup>. La escena transcurre en un diálogo, así:

General mongol: - ¡Hao! ¡Dai ye! ¡Ganamos de nuevo! Esto es bueno. Pero, ¿qué es lo mejor de la vida?

Soldado mongol: - La estepa abierta, flota de caballos, halcón en la muñeca, y viento en el pelo.

General mongol: - ¡No! ¡Eso no es! ¡Conan! ¿Qué es lo mejor de la vida!?

Conan: - Aplastar a tus enemigos, verlos sometidos delante tuyo, y escuchar los lamentos de sus mujeres.

General mongol: - ¡Si! ¡Eso es lo bueno!

La vida en la barbarie es violenta. Y algunas de las imágenes más violentas y barbáricas de nuestra sociedad contemporánea las podemos ver en el mundo del “fanatismo

---

12 <http://www.imdb.com/title/tt0082198/quotes/qt0446932>

deportivo”. Otro extraño concepto de por sí; del mismo modo que lo fuera aquel “lo que realmente sucede en una ficción”. Nos dice algo así como que el deporte estuviera en la misma posición fenomenológica que la ficción, o por qué no la religión.

Allí, uno sigue a su equipo porque sigue a su equipo porque sigue a su equipo. Es absolutamente tautológico. No existe tal cosa como “cambiarse de equipo”, y perderle interés significa inmediatamente dejar de formar parte de una comunidad de selectos seguidores que se llaman a si mismos “verdaderos hinchas”. Los verdaderos hinchas están en las buenas y en las malas, y para ellos cada evento deportivo es una demostración más de la valía del equipo; estos fanáticos eligieron al mejor equipo que existe, por razones cuya cuota metafísica es directamente proporcional a la cantidad de encuentros en los que son derrotados. Siempre, incuestionablemente, son los mejores, y las razones son absolutamente accesorias: salvo a la hora de defenderse de todos aquellos que cuestionen al equipo, en cuyo caso es válido hasta el asesinato.

Nuevamente, para quienes cuestionen la relevancia del asunto, este fenómeno social mueve millones y millones: de personas, de dólares, de megawatts. En Argentina lo vivimos con el fútbol, del cual se dice el deporte más popular del mundo. Y es una comunidad particularmente productiva para

estos planteos, porque es la más difícil de defender en términos morales.

Dos hinchadas se pelean. Brota la violencia en las calles. Interviene la policía. Hay heridos y muertos. Hay inocentes que pagan el precio de la brutalidad. Es algo que está mal visto en todo contexto, excepto en el ámbito del fanatismo deportivo; allí es hasta celebrado. Los hinchas entienden las peleas como batallas, de las mismas hasta literalmente se cantan canciones, y se vive así una forma de épica de la guerra cuyo único lugar posible en nuestra sociedad es ahí.

Incluso los apasionados por el deporte más racionales, aquellos que ven el tema desde cierta distancia y no se prestan a los episodios más explosivos del fanatismo (o hasta los critican), también ellos están dispuestos a hacer sacrificios económicos o sociales para formar parte de esa épica. O incluso están más que dispuestos a formar parte de sesudas polémicas con discursos mayoritariamente incontrastables con la realidad, que en cualquier otro ámbito serían inmediatamente tildado de poco serios; y aquí podemos ver interactuando a ingenieros con jueces, médicos con profesores universitarios, líderes políticos con artistas reconocidos, sin que cambie la escena en absoluto.

Sin embargo, es uno de los pocos ámbitos donde se puede encontrar explícitamente un perfil de mi tesis. La explicación universal en Argentina para el fanatismo deportivo se reduce a una sola expresión: “es un sentimiento”. Es uno de los pocos espacios donde la sensibilidad y la pasión justifican formalmente el accionar ya no sólo ligeramente irracional sino hasta violento y brutal, y es algo celebrado por millones; “pasión de multitudes” se le dice al fútbol. Acá, no se explican las cosas, sino que se sienten; y todo lo demás es secundario, es algo adecuado a ese sentimiento. Es así que un comentario, una mueca crítica siquiera, puede desatar una polémica exacerbada o peleas a muerte. Aquí hay verdades que no se cuestionan: tal equipo es el mejor, porque se siente el mejor, y no hay ninguna otra cosa qué entender al respecto. No hay otra lógica qué considerar. Aventurarse en una aventura crítica constituye la renuncia inmediata a la pertenencia de grupo. Y si bien es totalmente inmoral para cualquier bien pensante del primer capítulo, el fanatismo deportivo tiene sus morales y sus códigos de ética: correr está mal, tirar piedras está mal, ser amigo de la policía está mal; pero si matás algunos rivales no hay mucho problema qué digamos, más bien es algo para celebrar durante años.

Es notorio también que la información aquí no puede distinguirse del ruido: en las buenas y en las malas, se gane o se pierda, siempre se está alentando al que siempre será el

mejor de todos, que es el propio equipo. Estamos ante la más absoluta impermeabilidad para con la objetividad. Si con los spoilers era un tanto absurdo hablar de objetividad, por lo menos teníamos algo contra lo cual comparar: teníamos un canon, una autoridad editorial, que distinguiera verdadero de falso de manera concluyente. Pero en el fanatismo deportivo ya ni necesitamos otra cosa contra la cual contrastar lo que sostenemos.

Allí, entonces, tenemos una ética que muy difícilmente pueda adecuarse a ningún régimen constitucional republicano de esos que requieren ciudadanos informados para poder tomar decisiones racionales. Y sin embargo tenemos una relación absolutamente pasional con la verdad, del mismo modo que lo teníamos antes, cuando los *ad hominems* proliferaban más que las preguntas, o cuando la gente empezaba a considerar la posibilidad de denunciar a alguien por haberle dicho el final de una película.

Pero la inmoralidad del mundo del fanatismo deportivo no se reduce a simples actos de violencia: es mucho más complejo que eso. Aquí florecen todas las peores formas de lo políticamente incorrecto. Xenofobia, misoginia, homofobia, todas las formas pensables del machismo, elogios de la criminalidad, activa negación del estado de derecho... ¿cómo puede ser que todo esto tenga lugar en la sociedad moderna? ¡Y hasta un lugar tan central!

Los fanáticos deportivos, me atrevo a decir, hacen lucir a la premodernidad de la gente spoiler como alguna forma del progreso. A continuación voy a explorar algunos de los detalles que me permiten afirmar cosa semejante.

Mencionamos la violencia. Y al respecto, dijimos que hay combates entre hinchadas. Esto es un hecho recurrente: los partidos de fútbol en Argentina cuentan usualmente con un amplio operativo de seguridad, de logística, y con el reconocimiento popular de tratarse de alguna especie de estado de excepción; todos saben en Argentina que, cuando hay partido, no se aplican las mismas reglas que de costumbre, tanto en los alrededores de los estadios como en sus vías de acceso. La posibilidad de violencia se da por sentada, así como también el poder social que tienen las hinchadas. El transporte público pasa a ser gratuito, porque las hinchadas no están dispuestas a pagar por el servicio, y uno es mayormente indistinguible de cualquier integrante de una hinchada. Las rutas quedan trabadas por la gente que se acerca en automóvil al estadio, los trenes y ómnibuses viajan saturados de gente que canta a los gritos y expone banderas, y así todo el mundo participa, directa o indirectamente, le guste o no le guste, del evento deportivo.

Pero la violencia no sucede sólo en la calle, ni sólo en las hinchadas: la violencia también forma parte del deporte



mismo. Una parte no menor de la cultura futbolista consiste en su grado de violencia en los partidos. Es un aspecto de análisis: cuando se habla de un partido, entre las cosas que se mencionan de él, se habla de cuánta violencia hubo. La prensa deportiva instala jergas para el asunto, como títulos para quienes cometan las faltas más graves o nombres y puntajes para diferentes niveles de violencia, y en definitiva ya forma parte del normal desarrollo de un encuentro. Hay, de hecho, jugadores que se destacan por atributos no tanto del orden de lo deportivo, sino por su capacidad para frenar o hasta lastimar rivales mediante el uso de la fuerza física. Por ejemplo, el reconocido diario deportivo de Argentina “Olé”, como parte del resumen de un partido, incluye un apartado llamado “el medallero”, donde uno de los ítems notables se llama “premio Terminator”<sup>13</sup>; es el reconocimiento al jugador que haya realizado el o los actos de mayor violencia física contra sus rivales durante el partido.

Hay muchos casos “célebres” de violencia explícita en el fútbol. Desde Internet es muy fácil acceder a ellos. Semana a semana se actualizan “top tens”, listas de los hitos de violencia más notorios, tanto en juegos recientes como de todos los tiempos. Y estos hechos pueden ir desde patadas hasta golpes de puño, cuando no directamente peleas propiamente dichas entre equipos. A veces la violencia es hacia el árbitro del juego, y otras veces incluso puede ser

---

13 [https://www.ole.com.ar/ole-20-anios/arevalo-terminator-ole\\_0\\_1582042025.html](https://www.ole.com.ar/ole-20-anios/arevalo-terminator-ole_0_1582042025.html)

entre los espectadores y los jugadores. No es raro que desde las tribunas vuelen objetos contundentes hacia los jugadores, y que de tanto en cuando alguno termine herido, pero también sucede al revés: que los jugadores se enojen con los espectadores y los agredan. Quizás el caso más notorio de esta última categoría sea la patada que Eric Cantona le propiciara a un hincha del equipo rival, que en reiteradas oportunidades le gritara diferentes improperios al jugador durante todo el encuentro, hasta que el jugador no tolerara más y respondiera con una patada voladora.

Ese es un caso tal vez extremo. Usualmente esa relación se mantiene tan sólo en gritos y escupitajos. No es tan así entre jugadores. Es frecuente encontrar jugadores lesionados por patadas de rivales, y ocasionalmente esas patadas terminan incluso en fracturas, de vez en cuando expuestas. Los casos más excepcionales terminan de inmediato con la carrera profesional de algún deportista, que no puede volver a jugar luego de la gravedad de la lesión. Sin embargo, lo más común de la violencia dentro de la cancha son empujones y discusiones plagadas de insultos. Pero esto difícilmente califique como “violencia” para los estándares del fútbol: se considera más bien “estrategia”, y consistiría en intervenir en el estado anímico y en la concentración del rival mediante la intimidación. De hecho, nadie diría que el fútbol sea un deporte violento, sino más bien “de contacto”.

Lo mismo sucede contra los árbitros: ante un juicio del árbitro, usualmente buena parte del equipo perjudicado va a correr, rodear, y exigirle cosas al árbitro como recapacitar o tener en cuenta condiciones excepcionales, mientras el equipo beneficiado hace exactamente lo mismo pero para pedir penas más severas contra sus rivales; no es raro que esto termine también en peleas entre los dos equipos. Todas las decisiones de un árbitro constituyen última palabra y son absolutamente inapelables: sin embargo, una o dos de cada cuatro de ellas son discutidas con vehemencia por los jugadores durante el partido. De modo que si aquí habláramos de alguna forma forzada de idea de canon, o algo semejante a su rol con respecto a la gente spoiler, el mismo estaría en el fútbol en las reglas y las decisiones del árbitro. Las mismas, sin embargo, rara vez carecen de polémica, más allá de la que escenificaran los jugadores mismos. Así como hay “medalleros” y calificaciones para la violencia como parte del análisis de un partido, también hay calificaciones para los rendimientos de los árbitros, y los mismos suelen ser objeto de hostiles críticas desde la prensa deportiva.

Es notorio, sin embargo, que aunque los árbitros puedan ser deficientes, la comunidad del fútbol en general parece rechazar el uso de tecnologías que hicieran los juicios de los árbitros más precisos. Por ejemplo, la posibilidad de revisar jugadas en grabaciones de video antes de decidir un

juicio sobre falta o no. O cosas como sensores en el balón, que identifiquen electrónicamente cuando el mismo cruzó una valla o salió de la cancha. Esas cosas, se dice, atentan contra el espíritu del juego. Esto es así porque, como explicara antes, el intentar esquivar, ambiguar, o directamente violar las reglas del juego, forma parte del juego, y por criticada que pueda ser la actuación del árbitro, en realidad los prefieren así. Y esto sucede al mismo tiempo que año a año agregan más y más cámaras, y de mayor calidad, en toda la cancha, para las transmisiones en vivo de los partidos; o en la misma época donde un sistema sensor de posicionamiento para balones de fútbol es algo que puede desarrollar un estudiante de escuela secundaria.

Entonces, todas esas cosas vinculadas a la violencia o la falta de responsabilidad para con las reglas que contara en párrafos anteriores, son consideradas hoy en día como recursos absolutamente indispensables para el normal desarrollo de un partido y para el profesional del fútbol; quien no contara con estas habilidades más o menos desarrolladas, se dirá de él que le falta “picardía”, y por lo tanto también cierta cuota de coraje.

Pero estoy sonando demasiado técnico. No estoy usando una terminología que describa adecuadamente los fenómenos del fútbol. Allí, un jugador no “carece de coraje”: allí se dirá que “no tiene huevos”, en el sentido figurado de

“testículos”, y que por lo tanto “es puto”. Prácticamente todo tiene qué ver con sexo en el fútbol; o al menos con la sexualidad de los jugadores y, por proyección, también de los hinchas de ese equipo. Salvo por lapsos poéticos donde se utilizan frases particulares para describir los defectos de algún jugador o hincha. El “pecho frío”, por ejemplo, es aquel que no demuestra niveles mínimos de pasión por el equipo, ni por el deporte, ni (entonces) por la vida en general.

Sin dudas, esa especie de poesía maldita es uno de los aspectos pintorescos de la cultura futbolista argentina, y forma parte de su épica. Esta poética comienza de inmediato con los sobrenombres históricos, casi sin excepción despectivos, que identifican a cada equipo. Boca Juniors, por ejemplo, son “bosteros”; los que juntan excremento de animales rurales. River Plate son “gallinas”, símbolo de la cobardía. Newell’s Old Boys son “leprosos”, y Rosario Central son “canallas”. Así con cada equipo, cada apodo tiene su historia, que difícilmente signifique ninguna cosa en el día a día del ser del hincha, más allá de su uso en otro aspecto central de la épica futbolista: la celebración de la agresión.

Celebrar la agresión consiste no sólo en establecer eternos apodos despectivos para equipos y jugadores, sino también en cantos que implementen la mayor cantidad de violencia posible sobre la métrica de tonadas populares.

Cualquier cosa violenta es válida para estos ejercicios artísticos, aunque las opciones más frecuentes parecen ser la xenofobia, la homofobia, la misoginia, y las amenazas de muerte. Veamos un ejemplo concreto, para entender el fenómeno. Este es un extracto de la letra del clásico de 1959, *Marina*, de Rocco Granata:

Mi sono innamorato di Marina  
una ragazza mora ma carina  
ma lei non vuol saperne del mio amore  
cosa farò per conquistarle il cuor.

(...)

Marina, Marina, Marina  
Ti voglio al piu' presto sposar  
Marina, Marina, Marina  
Ti voglio al piu' presto sposar

Sin embargo, en el ejercicio de celebrar la agresión, un canto común contra los hinchas de Boca Juniors es esta reinterpretación ligeramente modificada sobre la misma métrica:

Que feo ser bostero y boliviano,  
en una villa tenés que vivir.  
Tu hermana revolea la cartera,  
tu vieja chupa pijas por ahí.

Bostero, bostero, bostero,  
bostero, no lo pienses más:

andate a vivir a Bolivia,  
toda tu familia está allá.

Cabe aclarar que aquí “boliviano” debe ser entendido como insulto, y “vivir en Bolivia” como algo indeseable. Este es un ejemplo de los cantos que entonan al unísono decenas de miles de personas todos los fines de semana en Argentina. Son usualmente cantos bastante ingeniosos, aún cuando repletos de las peores formas de malicia y de retroceso social. La lista de cantos es infinita, pero el *modus operandi* siempre el mismo. En estas canciones también es común que se rememoren eventos célebres de la historia de un equipo contra el actual rival, como por ejemplo alguna vez que en un duelo de hinchadas se asesinara a un hincha del equipo contrario<sup>14</sup>.

Pero ciertamente, indiscutiblemente, el eje más fuerte de la épica futbolera se manifiesta en el ímpetu irrefrenable por humillar al rival. Al caso de explicar esto, voy a traer cuatro anécdotas populares, que confío sirvan para graficar los diferentes aspectos que esta iniciativa humilladora puede llegar a mostrar.

El primero de estos ejemplos se da en un evento histórico que sucediera entre los canallas y los leprosos. El

---

14 <http://www.fotolog.com/saturninocabrera/14620032/>, o buscar simplemente “saturnino Cabrera”.

23 de noviembre de 1999, de acuerdo a los datos que encontré en Internet, Rosario Central derrotaba a Newell's por 4 goles contra 0. Newell's, además, quedó con pocos jugadores, y eventualmente el técnico Mario Zanabria lanzó la toalla, abandonando el partido. Esto es algo que, al menos personalmente, no tengo registro que haya pasado en otro partido; no me consta que "lanzar la toalla" forme parte de las reglas del fútbol. Sin embargo, aparentemente sucedió. Desde ese día, los canallas festejan el "Día del Abandono", y al caso lo conmemoran con un torneo de lanzamiento de toalla. Al ganador de dicho torneo se le entrega el trofeo "Mario Zanabria", y aparentemente la disciplina estaría reglamentada en detalle por un comité organizador<sup>15</sup>.

Otro ejemplo popular también involucra a Rosario Central, pero esta vez contra Boca Juniors. Como parte del trabajo periodístico de un canal de televisión, un periodista se encontraba dentro de un partido, entrevistando algunos hinchas. Allí, en la tribuna de Rosario Central, se hizo famoso "el gordo de Central": un hincha con tal vez algunos kilos de más, que protagonizara una escena que pudo ser grabada por la televisión. La entrevista se concentra en un problema que se estaba viviendo en la cancha: los hinchas de Boca, de visitante en territorio de Central, sobreocupaban el sector del estadio que les correspondía, que se viera saturado, mientras que un sector inmediatamente aledaño se encontraba

---

15 [https://www.ole.com.ar/rosario-central/Tiro-toalla\\_0\\_1472852896.html](https://www.ole.com.ar/rosario-central/Tiro-toalla_0_1472852896.html)



completamente vacío. Esto sucedió por diferentes políticas de gestión de cantidades de entradas para las hinchadas locales y visitantes. Así, se podía ver que algunos hinchas de Boca renegaban por el poco espacio que les concedieron, y denunciaban los problemas que ello conllevaba. La entrevista eventualmente llega hasta un sector de la hinchada de Central, menos poblado, donde se encontraba “el gordo”. Y este esgrimía un discurso que justificaba los problemas que se veían obligados a vivir los hinchas de Boca por el poco espacio. Como es regla en el fútbol, esas justificaciones consistían mayormente en insultos hacia los hinchas de Boca. Pero durante el curso de la entrevista, la hinchada rival, viendo que “el gordo” estaba siendo entrevistado, comenzó a cantarle. Eso constituye un par de miles de personas a coro. Y lo que cantaban era, como indica la costumbre, tonadas populares con insultos inyectados, respetando la métrica. Esto constituyó un intercambio de insultos espontáneos e ingeniosos entre “el gordo” y la hinchada rival, que quedaron documentados y más tarde se volvieron citas recurrentes en la jerga futbolera. Y un ejemplo paradigmático de cómo funciona la humillación en este espacio de la praxis humana: alrededor de cuatro mil personas insultando al unísono a una sola, mientras lo grababan para la televisión. Por supuesto, en su moral futbolística intacta, “el gordo” permanece imperturbable ante el canto enemigo. Esto es fácil de revivir y apreciar en detalle buscando en Internet sentencias claves como “el gordo de central” o “andá a la cancha, bobo”<sup>16</sup>.

<sup>16</sup> <https://www.youtube.com/watch?v=GILrk0AH7II>

Otro evento muy popular sucedió con la figura de “el fantasma de la B”. Es un término acuñado por la prensa deportiva para hablar del peligro inminente que sufrían algunos equipos de descender de categoría debido a su sostenido bajo rendimiento. Eso es: equipos en la categoría “A”, se veían frente a la inminente situación de descender a la categoría “B”. Así, “el fantasma de la B” era un tema recurrente entre aquellos preocupados por el descenso de categoría, y aquellos enemigos entusiasmados por la misma razón. Entre estos últimos, sucedió que en algún partido, algunos hinchas asistieron a la cancha cubiertos de una sábana blanca, con la letra “B” mayúscula escrita sobre todo el torso. El fantasma de la B así apareció en las cámaras de televisión, y quedó inmediatamente instalado como una forma del folclore, con las que los hinchas de un equipo presionan a sus rivales al mismo tiempo que se burlan de ellos. No tardó mucho en ser utilizado en publicidades vinculadas a programas de televisión u otros productos deportivos, como revistas. En iteraciones más tardías de la misma aparición, algún hincha supo llevar un drón a la cancha, controlado por control remoto, del cual colgara la misma sábana con la misma “B” escrita, pero esta vez volando por encima de la cancha<sup>14</sup>.

Y como última anécdota al caso de las humillaciones en la cultura del fútbol, traigo a colación un evento que sucedió

en la década del 2000, cuando el equipo de Quilmes, de Argentina, tuvo acceso a disputar la copa Libertadores de América, contra equipos del resto de la región. La lógica de la copa Libertadores consiste en partidos “de ida y vuelta”; un primer partido “de ida” se juega en el país de un equipo, y luego se juega un segundo partido “de vuelta” en el país del rival. En uno de esos partidos, Quilmes se enfrentó al San Pablo de Brasil. La ida se jugó en Brasil, y allí sucedió que un defensor de Quilmes, Leandro Desábato, le habría dicho “negro de mierda” a Grafite, delantero del San Pablo. Esto en Brasil constituye una ofensa bastante más severa que en Argentina, razón por la cual Grafite denunció al defensor argentino ante las autoridades locales. Como resultado, Desábato terminó preso 48 horas en una comisaría brasileña, bajo el cargo de “injuria calificada”. Pero este era apenas el partido de ida. El partido de vuelta se jugaría en Argentina, donde no sólo Desábato fue recibido como un héroe por su historia reciente con los rivales, sino donde también decenas de miles de personas aprovecharon para gritarles “negros de mierda” durante todo el partido a los jugadores brasileños. Y esta vez, Grafite no tenía dónde hacer la denuncia. Más tarde, el presidente del San Pablo consideró acusar a Quilmes frente a las organizaciones del fútbol de la región, pero las autoridades de Quilmes pidieron formalmente disculpas, frente a lo cual el tema se dio por cerrado. Para los hinchas de Quilmes, sin embargo, esto constituye un hecho memorable de su historia, opacando incluso el triste detalle

de que en ese mismo partido quedaron expulsados de la copa Libertadores<sup>17</sup>.

Con todo este relato, podemos apreciar la clase de cosas que se entienden como “buenas” en el mundo del fútbol argentino. Y todas ellas en su conjunto constituyen la épica futbolera, que muchos llaman “mística”. Pero hay un último componente más, también importante para entender algunos detalles. Hasta acá vimos toda la lógica negativa del discurso en el fútbol: insultar a los demás, intentar humillarlos, lastimarlos físicamente, y demás. Pero también hay un elemento positivo constante, que son aquellos atributos que se le asignan a una hinchada, o un equipo, o su historia particular. Me refiero a virtudes hipotéticamente características de un club, que en boca de los fanáticos los hacen ser los mejores. Como mencionara en algún otro párrafo de este capítulo, se tratan de cualidades metafísicas más o menos arbitrarias, que cualquier hincha puede decir sobre cualquier equipo, pero que cada hincha considera al suyo como instancia única de la virtud en cuestión, y el máximo exponente posible. A veces estas cosas se mezclan con cuestiones objetivas, como ser la cantidad de campeonatos ganados o la cantidad de hinchas registrados. Pero a medida que uno busca equipos más periféricos y marginales, se encuentra con que los hinchas dicen

---

17 <http://www.lagaceta.com.ar/nota/111190/deportes/desabato-jugador-quilmes-detenido-brasil-racismo-nego-le-haya-gritado-negro-grafite.html> , <http://www.lanacion.com.ar/697948-caso-desabato-los-testigos-se-desdicen>

exactamente la misma clase de cosas para justificar su simpatía por el equipo. Algunos van a decir que “son grandes”, otros que “tienen historia”, todos van a decir que “son una pasión” y “un sentimiento inexplicable”. Pero estas cualidades comienzan a brillar cuando se dan debates entre hinchas de diferentes equipos, defendiendo las características positivas del que representan, y entonces los registros históricos y los interminables eventos tanto gloriosos como vergonzosos empiezan a fluir entre tonos de voz que se elevan y gente alrededor que aplaude y grita al compás de los argumentos, creando una escena agorera que nada tiene qué envidiarle a las célebres discusiones por el sexo de los ángeles o las características elementales del ser. *¡En el '95 corrieron de la paternal!. ¡Ustedes salieron con escolta policial!. Aquí los fanáticos demuestran no sólo pasión, sino también conocimiento y cultura, sapiencia, y son todas cosas que se esgrimen como una forma más del combate.*

Resumiendo este paseo por el mundo del deporte en nuestra sociedad, tan moderna y civilizada, en la que ciertamente Conan el bárbaro no tendría lugar, podemos llegar a algunas conclusiones. Aunque en un principio los fanáticos del deporte puedan leerse como alguna forma de escoria de la sociedad por cómo me permito describirlos, lo cierto es que no lo son: son hermanos, padres, hijos; profesores, jefes, arquitectos, abogados; son los que

construyen nuestras casas y cosechan nuestros alimentos, los que nos llevan al trabajo o directamente trabajan con nosotros. Somos, en definitiva, nosotros mismos. Y nuestra sociedad nos permite ese estado de excepción para con la moral occidental y republicana que constituyen los pilares de nuestras democracias. Aquí podemos encarnar las más escandalosas representaciones del odio sin que constituyan el tabú impensable que fuera de ese entorno en definitiva son, como si de repente un agujero negro en medio de la ciudad nos llevara a un universo negativo donde el bien es el mal y la norma es la barbaridad.

Está más que claro que aquí ya no podemos hablar de ninguna forma de la objetividad mediando en ningún juicio vinculado al fanatismo deportivo (salvo tal vez como chiste) de la manera que yo lo planteo, pero casi que tampoco podemos hablar mucho siquiera de uso de la razón. ¿Qué “razón”? ¿Acaso la violencia cuenta como “razón”? Nada bueno parece poder obtenerse de este fanatismo deportivo, y se muestra varios órdenes de magnitud peor que “la corrupción” como “cáncer de la sociedad”. Y sin embargo, es representado a diario como uno de los grandes aglomerantes de familias y de pueblos: un agente de unión en la sociedad, y un generador de cultura. En televisión muestran escenas de padres con hijos yendo a la cancha, vestidos con el uniforme de su equipo y maquillados con sus colores, llevando globos y barriletes y banderas, participando de una

gran fiesta popular. Yo lo representé bajo la lógica del circo romano, pero en los medios contemporáneos y en la cultura popular se lo plantea más bien con la lógica del carnaval; otro estado de excepción, también pintoresco, aunque bastante menos violento. Un poco es por eso que tiene lugar en la sociedad moderna, y no es algo completamente despreciado. Esto prefiero dejarlo anotado, siguiendo la línea de aclaraciones sobre mis exageraciones.

Y siguiendo también con la línea de mis exageraciones, son una vez más inquietantemente verosímiles. Verídicas, de hecho. Lo cual me lleva a sostener todas y cada una de mis afirmaciones, aún cuando mi relato con respecto al fanatismo deportivo esté sesgado. Entonces, me permito algunas reflexiones sobre detalles de este relato, para cerrar el capítulo.

En toda la cuestión de la épica futbolística, y en toda la malicia ejercida dentro y fuera de la cancha, y en todos los ejercicios de las más variadas formas de lo nefasto, aun cuando justificados en una aparente irracionalidad acrítica y carente hasta de sentido común, hay que notar que el fanatismo futbolístico goza de bastante ingenio. Las estrategias para romper las reglas están cuidadosamente planificadas y practicadas, al punto de directamente rotuladas, sistematizadas, y hasta militadas (con esto me refiero a la resistencia al avance tecnológico);

constantemente se logra que, dentro y fuera de la cancha, acciones criminales se resimbolicen en logros y de hecho criminales se salgan con la suya; tienen su propia poética, su propia historia, su propio folclore, su propia retórica, al punto tal que muy probablemente Sócrates perdería esos debates por cual constituye el mejor equipo; tienen capacidad organizativa y de difusión, tienen logística, tienen economías...

Mi punto: esta gente no es idiota. Son, de hecho, sumamente capaces. Lo que estamos viendo no es la carencia ni de inteligencia, ni de formación, ni de capacidad crítica: lo que vemos es la subordinación de la inteligencia, cumpliendo un rol secundario que no es el que la modernidad le pretendiera. El uso de la razón justifica lo injustificable, la capacidad crítica relativiza y culturaliza, y lo que sea que haga las veces de “información” se muestra eficientemente filtrado. “Es un sentimiento” es la única verdad. Aquí, la inteligencia marcha detrás del sentimiento, y el proyecto moderno es una vez más derrotado frente a la “pasión de multitudes”. Lo cual, en su conjunto, se muestra como algo bastante cercano a la posverdad.

Hasta aquí exploramos algunos lugares de nuestra sociedad que se alejan de la objetividad y la razón. En los próximos dos capítulos nos vamos a volver a acercarnos a



ambas, pero para ver sus aspectos menos felices: el uso de la razón, o incluso la objetividad, con malas intenciones.



## 5 - Troll

De la mano de la posverdad, ascendió desde los infiernos a la tierra la figura que tal vez sea su más adecuada encarnación. A este nuevo y terrible enemigo de la sociedad se le llama “troll”. Y exactamente igual que la posverdad, se trata de algo para nada nuevo que, sin embargo, por obra y gracia de diferentes magnitudes involucradas, queda en un lugar central del teatro mediático contemporáneo. A lo que hace el troll se lo denomina “trolling” (“troleo”, españolizado), y en este capítulo vamos a explorar un poco de qué se trata.

Como decía, “troll” corresponde a un neologismo para cosas que ya existían. En principio, de hecho, es una palabra mucho más vieja que “posverdad”. Pero el uso actual del término se acuña en Internet, y su popularidad fuera de la misma es más bien reciente, por eso podemos entenderlo como algo nuevo.

Etimológicamente hablando, el troll es una criatura de los textos de ficción fantástica: los mismos donde hay dragones, y hadas, y duendes, y brujas, y etcéteras; el troll es una más de esas invenciones<sup>18</sup>. Concretamente, su origen data de mitologías nórdicas, y de allí más tarde fue adaptado a diferentes trabajos de ficción. Siempre humanoide, y casi

---

18 <https://en.wikipedia.org/wiki/Troll>

siempre feo, a veces ha sido descrito como alto y adecuado a las tareas de la guerra, mientras que otras se lo muestra como alguna alternativa poco feliz de los gnomos; incluso, algunas mitologías, los plantean como gigantes. En todo caso, es una criatura más bien indeseable y de malos hábitos, usualmente ignorante e impulsivo, y no es raro que también suelen tener características mágicas, como curarse rápido, o que tengan dietas más bien exóticas (por ejemplo, ser literalmente omnívoros, con lo cual forman parte de su alimentación cosas como madera o metal). De modo que, en principio, “troll” vendría a ser un bicho feo y medio bruto, que suele dedicarse a molestar a la gente.

El término tuvo diferentes sus usos marginales en algunas ramas de las praxis humanas, pero no creo que sea necesario repasar todo eso en detalle<sup>19</sup>. La figura más popular del troll, previa a su nefasta actualidad, fueron unos mostruitos bonitos de plástico que se vendían en las décadas de 1980 y 1990, tanto en juguetes como en otro tipo de parafernalia ficcional (figuritas, revistas para colorear, golosinas, y demás). Eran un producto para niños, y el troll era una figura familiarmente aceptada. De hecho, esta acepción del término tuvo una película animada en el año 2016, de moderado éxito<sup>20</sup>. Pero usualmente se asignaba como término peyorativo, en alguno de los aspectos

---

19 [https://en.wikipedia.org/wiki/Troll\\_\(disambiguation\)](https://en.wikipedia.org/wiki/Troll_(disambiguation))

20 [https://en.wikipedia.org/wiki/Trolls\\_\(film\)](https://en.wikipedia.org/wiki/Trolls_(film))

vinculados a la criatura mitológica, como es el caso de la figura del “Patent Troll”.

En Internet, sin embargo, el término “troll” está más emparentado con una técnica de pesca, que en inglés se llama “trolling”. Desconozco la etimología precisa, pero puedo decir que hay una relación fonética con otra técnica de pesca también reconocida: “trawling”. Entiendo que “trolling” es una pesca con caña, mientras que “trawling” es una forma de pesca con red. No está dentro de los intereses de este texto el explorar esos detalles, que están al alcance de la mano en Internet mismo para cualquier investigador al caso; aquí me interesa marcar que, más allá de la criatura mitológica europea, hay un registro también del inglés. Y es importante marcar que este otro término es popular en Estados Unidos, porque es también el país de origen de las tecnologías que eventualmente se convirtieron en Internet.

El detalle con “trolling” es que la técnica consiste en atraer a la presa mediante el uso de carnadas en movimiento. Por ejemplo, dejar una carnada atada a un hilo, pero el hilo atado a un bote, mientras el bote está navegando. De esta manera, los peces son atraídos por lo que parece ser una presa indefensa. Esta acepción del término “trolling” se podía usar en otras áreas por fuera de la pesca, y consiste en simplemente usar alguna forma de

llamar la atención a otros para obtener un comportamiento determinado.

Así, eventualmente, en las comunidades online, ya sea antes de Internet o durante la misma, “trolling” fue establecido como un comportamiento entre los participantes de una comunidad determinada. Uno podía troleear para llamar la atención de cierta gente, logrando así diferentes cosas. Por ejemplo, no era extraño en los orígenes de las comunidades online que se le llamara “trolling” al acto de, por parte de un usuario veterano, hacer una pregunta de la que todos los demás usuarios veteranos ya conocen la respuesta: quien respondiera tal pregunta, sería inmediatamente identificado como un usuario novato (o “newbie”, como se les suele decir en Internet). Ese sería un ejemplo de “troleear [en busca de] newbies”, tomando la acepción de “pesca”.

Pero la intervención en discusiones también podía realizarse en busca de otros efectos completamente diferentes, y ese comportamiento también fue eventualmente llamado “trolling”. En la red UseNet, por ejemplo, una de las primeras redes de alta participación, con el curso de los años de discusiones eventualmente se llegó a una forma de etiqueta para las discusiones, más o menos oficial. Digo “más o menos” porque podía no haber ninguna autoridad que la forzara, de modo que no era una obligación;

pero era popularmente reconocida. Entre los ítems de esta etiqueta, históricamente se destaca aquella que se desprende de la llamada “ley de Godwin”. La “ley” sostiene lo siguiente: *En la medida que una discusión online se hace más larga, la probabilidad de que aparezca una comparación contra Hitler o los nazis tiende a uno.* Esto es: “mientras más se discuta, más chances hay de que quienes debaten terminen comparando algo con Hitler o con los nazis”. La etiqueta dice que, en ese entonces, la discusión llegó a un “punto de no retorno”, donde no es posible continuar con el debate, y por lo tanto debería de ser clausurada.

La ley de Godwin es, probablemente al igual que buena parte del actual texto, un tanto burlón, y otro tanto falso; pero suficientemente verdadero como para que signifique algo importante. Y, de hecho, es en buena medida respetada como un parámetro eficiente. Es una falsedad en tanto que tranquilamente una comparación con Hitler o con el nazismo puede ser perfectamente válida en una discusión: pero también es cierto que usualmente esas comparaciones son para poco más que llevar un aspecto del tema hacia lo despectivo o lo tabú en términos exagerados, frente a lo cual queda poco qué discutir.

Entonces, usuarios que tuvieran en cuenta esta etiqueta de UseNet, podían intervenir en discusiones planteando problemas de orden moral o político, intentando llevar los

argumentos hacia comparaciones con nazis o con Hitler, con el fin de lograr cancelar una discusión. Esto es un acto de retórica, que eventualmente terminó siendo usado por diversión, e incluso popularizado como chiste: hoy en día, no es raro encontrar en cualquier discusión arbitraria, la frase *¿Sabés quienes hacían eso!?*, comparando, implícitamente y en chiste, algo que se esté debatiendo, contra aquellas cosas que hicieron alguna vez los nazis. Ciertamente una forma del humor negro.

Ese es tan sólo un ejemplo de las intervenciones retóricas que podían constituir el acto de troleo. Había muchas. Otras formas más desarrolladas consisten en explotar los diferentes grados de anonimato que brindara la discusión online. Por ejemplo, en discusiones poco populares, uno podía intervenir con un nombre de usuario alternativo, y plantear perspectivas diametralmente opuestas a las que uno sostiene, generando así un debate que a ojos de todos los demás usuarios fuera entre dos personas diferentes. Esto no sólo le da actividad a una discusión que pudiera no tenerla, sino que además le agrega perspectivas que generen la interpelación de diferentes usuarios, llamando así su atención. La consecuencia es usualmente positiva: la estimulación de tal debate.

Antes de continuar, una nota importante. La posibilidad de mantener anonimato, y de poder utilizar múltiples



identidades, fue algo desde el principio celebrado por todos en Internet. Algunos siempre llamaron la atención sobre el potencial peligro a fraudes y engaños de diferentes tipos, pero en definitiva el nivel de expresión que permitía era, incluso, hasta terapéutico, y nos permitía a los usuarios de Internet relacionarnos con los demás de manera cuidada: podíamos decir cosas que jamás nos animaríamos decir de frente, y experimentar los resultados de esas interacciones, y aprender de las consecuencias, formándonos tanto intelectual como sentimentalmente. El anonimato en Internet es, hoy por hoy, incluso militado hasta como un derecho elemental.

Como se puede ver, el troleo no es necesariamente algo malo. De hecho, se lo llegaba a entender como una forma muy inteligente de relacionarse. Aquel “troleo [en busca de] newbies” era visto como una buena manera de identificar novatos y refrescar información. Como forma de diversión podía llegar a ser celebrado por quienes participaran. Y en la creación de debate, podía ser incluso leído como algo fundamental para la salud intelectual de un grupo de discusión. Y estos son apenas algunos de los posibles ejemplos.

Más temprano que tarde, estos actos fueron realizándose con pronunciada tendencia hacia la diversión. Muchas reglas de etiqueta se violaban por razones

humorísticas: “hablar mal” se volvía chistoso (usar mala ortografía, por ejemplo, de modo tal que se afectara la semántica general de un argumento; o escribir todo en mayúsculas: cosa que en la etiqueta online se entiende como gritos, pero muchos novatos no lo toman en cuenta, y por lo tanto uno encarna a un novato al escribir así), se podían citar cosas que jamás habían sido dichas, se podían usar largos eufemismos como rodeos para temas directamente vinculados con las etiquetas (como los nazis), y demás juegos.

El troll, entonces, ocupaba un lugar más o menos comparable al que históricamente pudiera tener el bufón de las antiguas cortes. Especialmente, teniendo en cuenta que el troll tenía la particular virtud de permitir a uno decir aquello que fuera imposible de decir. Por ejemplo, articular alguna forma de defensa lógica del nazismo: algo actualmente tabú en todo occidente, que puede llevar a un sujeto a tener serios problemas con sus pares. El troll no tenía esos problemas, y podía decir cualquier barbaridad en una discusión: usualmente generando risa, y quitándole solemnidad a las discusiones, volviéndolas así más inclusivas y estimulando el desarrollo de comunidades.

Puede verse, en la comparación con el bufón, que estas acciones ciertamente no son novedosas. Accidentalmente el término terminó siendo “troll”, pero podría haber sido alguno

de muchos otros dando vueltas por la historia. Y es que los recursos actualmente asignados al troleo son poco más que retórica y meta-juegos con las reglas de algún contexto. Buscando en Internet ejemplos de estos planteos, me crucé con un par de casos que me gustaría traer para ilustrar lo que digo<sup>21</sup>.

En el año 1729, el irlandés Jonathan Swift escribió un ensayo llamado *A Modest Proposal For Preventing The Children of Poor People in Ireland From Being Aburden to Their Parents or Country, and For Making Them Beneficial to The Public*<sup>22</sup>. En este ensayo, Swift propone que los pobres de Irlanda vendan sus hijos a la gente rica, para que no se conviertan en una carga tanto para ellos (los padres) como para el país en general. Pero no conforme con eso, Swift propone que los niños se vendan, no para adopción, sino como alimento. Afirma cosas como que los niños de un año *pueden ser deliciosos, tanto horneados, como hervidos, o a la parrilla*. El ensayo generó un escándalo por aquel entonces, en el que mucha gente no supo entender el sarcasmo de Swift en su planteo sobre la desigualdad que se vivía en el país: pero del mismo modo, gracias a esto, obtuvo una trascendencia tal que hoy seguimos hablando de este ensayo, casi trescientos años después.

---

21 <http://www.mtv.com/news/2007569/pre-internet-trolls/>

22 <http://art-bin.com/art/omodest.html>

Otro ejemplo puede ser el de Marcel Duchamp. En 1917, Duchamp presentó su obra *Fountain* en una exhibición independiente de artistas. Pero la obra consistía en un urinal, común y corriente, al que Duchamp compró y le puso su firma, y lo presentó así en una exposición de arte. Esto fue sumamente polémico, pero en definitiva estimuló un debate sumamente determinante en las disciplinas artísticas sobre qué constituye arte, al punto tal que *Fountain* hoy es considerada una de las obras más influyentes del siglo XX<sup>23</sup>.

Imaginarán que está lleno de estas cosas en la historia de la humanidad, y entonces el troleo lo único que tiene de novedoso es a Internet.

Pero con el paso de las iteraciones de estas acciones, el troleo más y más se fue leyendo como una forma de malicia. Los usuarios alternativos podían llenar grupos enteros, a medida que se hacían populares estas técnicas aparecía más gente practicándolas, muchos de estos usuarios mostraban importantes grados de impericia para con el troleo, la impericia bajaba la calidad de la acción en general, los usuarios interpelados por estas intervenciones las continuaban en sus mismas formas (por ejemplo, gente que sin ninguna acción humorística escribía todo en mayúsculas o con extrañas formas de la puntuación, dificultando así la lectura para los usuarios más antiguos), y su cuota de

---

23 [https://en.wikipedia.org/wiki/Fountain\\_\(Duchamp\)](https://en.wikipedia.org/wiki/Fountain_(Duchamp))

productividad se veía seriamente cuestionada: de repente era una forma de molestia.

Imaginen, por ejemplo, el caso de que súbitamente una importante porción de la comunidad artística comienza a presentar artículos de bazar como forma de arte, o que todos los ensayos publicados dicen exclusivamente barbaridades. La consecuencia más obvia es que se empiecen a articular restricciones al caso.

Entonces, por este camino, las discusiones comenzaban a ser destruidas antes que estimuladas, y las comunidades se quebraban de acuerdo a diferentes criterios de “moderación” al caso de evitar tales efectos indeseables. De modo que la figura del troll se terminó convirtiendo en algo bastante más similar a aquel monstruillo mitológico: una persona medio bruta y de malos hábitos, cuyo único fin era obtener placer en su incesante molestia.

Todo eso empeoró en la medida que las diferentes legislaciones comenzaron a aplicarse a las discusiones online. De repente, alguien podía troleear una discusión publicando en la misma enlaces a material multimedial pirateado, sometiendo a la comunidad entera a la posibilidad de una acción legal. Era necesario entonces borrar lo publicado por ese troll, violando su libertad de expresión. Ambos aspectos, la ilegalidad del contenido, y la censura del mismo, le

subieron el tono al conflicto y de repente el troll ya era un actor político. Lo mismo sucedía con publicar material vinculado a crímenes: imágenes de asesinatos, pedofilia, racismo, y cuestiones que cuando no fueran ilegales eran de una manera u otra lo suficientemente impactantes como para que la gente no quisiera volver a entrar allí. Los trolls se convirtieron muy rápidamente en un problema, y los mecanismos de “moderación” en las comunidades comenzaron a hacerse más sofisticados, en detrimento de las libertades originales de las que el debate en Internet gozaba.

A esta altura, ya difícilmente se hablaba de “troleo [en busca de] newbies”, sino de “troleo [a los] newbies”: todo aquel que no entendiera que el usuario se trataba de un troll, se veía vulnerable para con sus acciones. Pero el troll, en tanto que disidente político, comenzó incluso a formarse como un avatar de resistencia contra la opresión. Por ambas cuestiones, ya sea divertirse molestando u organizarse para manifestaciones políticas por Internet, comenzaron a existir espacios abiertos y explícitamente trolls, donde la seriedad del contenido rara vez es tomada en cuenta y la moderación tiende a nula.

Dicho sea de paso, la forma más popular de defensa contra el troleo consiste en, simplemente, ignorarlo. Por diversas razones. En principio, se entiende que el troll más vulgar simplemente busca atención, y una forma de dañarlo

es no dándosela. Al mismo tiempo, sus acciones son absolutamente intrascendentes cuando se las ignora, quedando rápidamente en el olvido. Pero además, darle entidad a los troleos puede llevar a debates sofisticados y problemas difíciles de resolver, como los grados de moderación forzada frente a las libertades individuales, de cara a lo cual, si simplemente se puede ignorar, resulta ser el curso de acción más eficiente. A esta política se la cita popularmente con la frase *no alimentes al troll*, y llama también a una toma de conciencia sobre cómo algunas cosas suceden mucho más por nuestra reacción que por cualquier acción de los demás. Teniendo esto último en cuenta, aprender a ignorar los trolls puede entenderse como una forma de la madurez en Internet, y es uno de los tantos consejos que los veteranos suelen transmitir a los novatos.

Pero todas esas cosas estaban circunscriptas a las formas y modos de las comunidades online: algo bastante marginal de cara a la sociedad en general. Con el curso de los años dejó de ser así, y con el auge de los “teléfonos inteligentes” y el uso de “redes sociales” por parte de cualquier ciudadano promedio de cualquier metrópoli, incluso aquellos sin el *baggage* cultural de los grupos sociales de orden más fundacional en Internet, la figura del troll llegó a los medios en la década del 2010. Y aquí, la caracterización ya fue no sólo absolutamente negativa, sino incluso una amenaza para la democracia.

Uno de los actos que hicieron famosos a los trolls fueron los “raids”. Como toda la historia troll, en buena medida fueron actos vinculados a simplemente divertirse un rato. Usualmente constituían alguna forma de vandalismo, pero tampoco era raro que fueran formas de la manifestación política. Los raids trolls consisten en grupos organizados de individuos que conjuntamente accionan alguna iniciativa troll. Entre estas acciones, típicamente se pueden encontrar el sabotear alguna discusión, instalar algún tema, o difundir información falsa, entre muchos otros. Traigo dos ejemplos para ilustrar la cuestión.

En el año 2012, un grupo de trolls organizó la campaña *Bald for Bieber*, para burlarse de algunos seguidores del popular músico *pop* Justin Bieber. La campaña consistió en diseminar, a fuerza de repetición, la noticia falsa de que Justin Bieber fuera diagnosticado con cáncer, al mismo tiempo que se sugería una masiva acción de soporte hacia el pobre artista, en conjunto con el identificador “#BaldForBieber”. La acción que se indicaba realizar era muy simple: raparse, y publicar esta foto en las redes sociales, en señal de apoyo al músico en este difícil momento. No estoy seguro del éxito de esta operación, pero aparentemente algunas personas cayeron en la broma.



El segundo caso que me parece ilustrativo es uno más bien recurrente, que algunos llamaron “la gran masacre de iphones”<sup>24</sup>. En diferentes lanzamientos de versiones del actual producto insignia de la empresa Apple, uno de los dispositivos más costosos del mercado, trolls en Internet se organizaron para difundir datos falsos sobre las características técnicas del nuevo dispositivo apenas puesto a la venta. Usualmente se trataban de “características secretas”, que la empresa pretendía mantener ocultas para más tarde venderlas como novedad sin tener que agregarle nada al dispositivo, y que eran reveladas por esta información a la que se podía tener acceso contra la voluntad de Apple. O directamente características abiertamente falsas, promocionadas en publicidades igualmente falsas. Por ejemplo, cosas como que el dispositivo fuera 100% resistente al agua, que se recargara poniéndolo adentro del microondas, o que tuviera un conector estándar secreto para auriculares al que se accedía taladrando el teléfono. El resultado fueron miles de usuarios que intentaron comprobar estas virtudes, perdiendo así su dispositivo que de ninguna manera ofrecía garantía para tales usos. Este raid fue tan exitoso que incluso se han visto programas de televisión promocionando las características secretas, y fallando miserablemente en vivo para todo el mundo al intentar comprobarlas.

---

24 <https://www.youtube.com/watch?v=MQEEJ57GsoW>

Más allá de la crítica que puedan implicar, esas son acciones de orden más bien cómico. Otras acciones pueden ser mucho más virulentas, como ser ataques de “negación de servicio” (“DOS” de acuerdo a sus siglas en inglés), que consiste en bloquear el acceso a un sitio de Internet al saturar la cantidad de usuarios a los que puede servir dicho servicio. La consecuencia de dichos ataques puede ser incluso económica. Pero allí ya se articulan entendiendo los pormenores de cómo funciona Internet, y entonces más que “troleos” están vistos como ataques de otra categoría: “seguridad informática”. De modo que no voy a entrar en ese otro tema, porque no quisiera desviarme demasiado; sí mencionar que los troleos pueden tener características muy variadas, y no pasan solamente por “difundir información falsa”. En definitiva, cualquier forma de acto organizado. Y, por supuesto, a veces algunas comunidades se ven ofendidas por pensamientos o acciones de algunas celebridades u organizaciones terceras, y por lo tanto se organizan para difamar o amenazar por Internet, como haría cualquier turba iracunda en cualquier lugar de la historia y del planeta.

Sucede que esto es reproducible metódicamente. Y a medida que Internet tuvo más trascendencia social, más se estableció el uso del troleo como intervención. Pero eventualmente empezó a leerse también como una forma posible de servicio.

En la actualidad, los medios nos hablan de trolls vinculados directamente a la política. La figura imaginaria mediática del troll se reduce a algo así como un soldado pago en un ejército de gente contratada por alguna organización afín a algún partido, u otro actor político como ser las corporaciones empresariales, que operan sobre la opinión pública instalando su punto de vista como alguna forma del sentido común, y usualmente a fuerza de insultos. Por ejemplo, comentarios en los artículos de los diarios online, o baterías de comentarios espontáneos en redes sociales dirigidos a figuras de público reconocimiento luego de eventos fortuitos (políticos luego de eventos de impacto social, celebridades luego de declaraciones, y demás). A esas organizaciones pagas, la prensa en Argentina le otorgó el pintoresco nombre de “troll center”<sup>25</sup>, en alusión a los ya conocidos “call centers”, que son oficinas dedicadas a atención al cliente o distribución de propaganda telefónica; en este caso, serían oficinas de trolls. Hoy por hoy, entonces, si alguien dice o hace algo, de acuerdo a la lógica mediática, debe cuidarse de los trolls en las redes, que aparentemente serían una constante amenaza.

Absolutamente nada en esa figura mediática sobrevive a las enseñanzas de nuestros ancianos cuando nos dicen *no alimentes al troll*, de modo que la terrible amenaza del troleo

---

25 <https://www.pagina12.com.ar/27084-troll-center>

se vería enormemente contrarrestada con simplemente madurar un poco, o ser un poco menos newbie. Pero el problema, me temo, no es tan sencillo. Es que hay otros aspectos mediando a la figura del troll, que es necesario desarmar para poder entender por qué se lo vincula a la posverdad.

El problema es prácticamente idéntico a lo que sucede con diarios, revistas, y canales de televisión: pero con el enorme agravante de que ahora, pareciera, nosotros tenemos opinión en el asunto. Históricamente, levantar una editorial con la capacidad para distribuir un periódico de noticias, o ni hablar un canal de televisión, es prohibitivamente caro para cualquier persona promedio de cualquier país, y es algo relegado a grandes empresarios cuando no directamente a los estados. Luego, no es de extrañar a nadie que tales publicaciones tengan una línea editorial determinante en el discurso que propagan, afín a los intereses de cada empresario o gobierno de turno, lo cual es algo en mayor o menor medida de público conocimiento (aunque, como mencionáramos en otro capítulo, la relación con la objetividad parece ser alguna forma de requisito ético, razón por la cuál se apartan de la ideología y llaman a la libertad para explicar sus líneas editoriales; el objetivo de esto ciertamente es troleear algunos novatos, haciéndoles creer que consumen medios libres, al mismo tiempo que desprestigian a la política como “no objetiva”). Así, los

medios por los que uno accede a información general de la actualidad, nunca fueron objetivos, siempre estuvieron polarizados, y por razones absolutamente evidentes para cualquiera que se pregunte un poco por el asunto.

Pero actualmente rigen en la imaginación popular algunas fantasías alrededor de las llamadas *nuevas tecnologías* (lo cual usualmente se reduce a “computadoras e Internet”), que refuerzan aquel troleo mediático acerca de la objetividad y la libertad editorial. Sucede que, ahora, nosotros tenemos en nuestro bolsillo micrófonos, y cámaras de video, y canales de distribución de información de los que participamos ya no como pasivos consumidores sino también como productores. Somos los nuevos reporteros, las nuevas fuentes de información, los nuevos formadores de opinión. Y al estar todos conectados, no es posible alejarnos de la verdad<sup>26</sup>. O eso nos gustaría pensar, al menos.

Lo que sucede con el difícil acceso a la infraestructura mediática original, es que las opiniones e ideas y aspectos de los problemas se terminan centralizando: hay algunos pocos lugares a dónde ir a buscar la información, y nos ordenamos entonces detrás de las dinámicas que esos espacios nos proponen. Por ejemplo, si leemos el diario *Clarín*, vamos a “saber” que una marcha contra Cristina Kirchner es “masiva” (no “popular”), vamos a confirmarlo con fotos aéreas de las

---

26 <https://www.youtube.com/watch?v=9zqOC8Ibexk>

calles, y que interpela al pueblo entero en algún clamor urgente, convirtiéndose en un evento político de envergadura. Si leemos *Página/12*, vamos a “saber” que el mismo evento en realidad es marginal, aún cuando mucha gente formó parte del mismo, vamos a “saber” que los números de *Clarín* son todos falsos, y vamos a poder ver casos representativos de los que asistieron en fotos pintorescas de gente con consignas violentas y looks de clase alta decadente: como señoras con la cara operada, y muy maquillada, y ropa tan cara como brillante. Si leemos el diario *La Nación*, seguramente “sepamos” que el caso representativo de los asistentes de esa manifestación fueron patriotas republicanos, en su mayoría católicos, y lo podamos confirmar a través de las fotos de familias con banderas argentinas, y piel blanca, y algún señor de camisa y prolijo bigote. Nosotros nos vamos a adecuar a esos “resúmenes” de la realidad, vamos a criticar las lecturas alternativas a la que elijamos, y vamos a decir que hacemos uso de la razón. Los más comprometidos con la verdad diremos que leemos todas esas fuentes en paralelo, y que sacamos *nuestras propias conclusiones*.

Ahora no. Ahora nosotros vamos a sacar una foto de algo, vamos a agregarle un comentario sin mucho desarrollo, y vamos a *compartirlo*. Eso va a tener un *impacto*; la gente va a *interactuar* con nuestro contenido. Ahora somos nosotros los que resumimos a la realidad, no los medios. ¿Y

qué nos pueden decir? ¿Que estamos mintiendo? ¿Que no tenemos capacidad para ver la realidad? ¡Si hasta la tenemos grabada! *Quien quiera oír, que oiga*, diremos, y sumaremos así nuestro granito de arena para que la verdad se conozca. Y cuando tengamos menos tiempo o ganas, haremos exactamente lo mismo pero con enlaces a lo que dicen aquellos medios del párrafo anterior.

Eso es solamente la punta del iceberg que constituye el problema que quiero contar en este capítulo. Porque son una abrumante minoría los que en rigor hacen eso con las redes sociales, aunque sean el caso más representativo.

Aquí voy a llamar la atención sobre algunas relaciones que existen en y con las redes sociales. Voy a afirmar que, por algunas cuestiones vinculadas a cómo funciona Internet, es relativamente fácil troleear a la gente tal y como se relaciona con ella hoy por hoy, y que en parte por eso el troll está tan presente en la retórica de la posverdad: ya sea como chivo expiatorio, o como ejemplo de cosas más sofisticadas. Pero para ello primero necesito explicar un poco más sobre Internet.

A diferencia de lo que planteara el difunto senador Ted Stevens, Internet no es simplemente una serie de tubos<sup>27</sup>. Esta clase de declaraciones puede generar burla, pero

---

27 [https://en.wikipedia.org/wiki/Series\\_of\\_tubes](https://en.wikipedia.org/wiki/Series_of_tubes)

cuando nos ponemos a ver cómo usa Internet el común de la gente, ciertamente una mínima explicación didáctica viene a colación. Es, por ejemplo, preocupante, para quienes trabajamos con Internet, que nuestros familiares o amigos no sepan que están efectivamente usando Internet cuando usan servicios como *WhatsApp*.

Internet son miles de millones de computadoras conectadas. Para poder conectarse, tienen que hablar algunos lenguajes en común, que se llaman *protocolos*. Como Internet se basa en protocolos, una computadora de Argentina puede hablar con otra de Estados Unidos o de China, sin mayores problemas. Las computadoras, además, para conectarse, necesitan equipamiento de *redes*: conexiones cableadas o inalámbricas. En todo caso, las redes requieren también equipos especializados, como los aparatos que nos dan nuestras compañías telefónicas o de cable, o como las antenas que le dan señal a nuestros teléfonos móviles. Diferentes aparatos, entonces, cumplen diferentes roles a la hora de lograr que nuestras computadoras se conecten entre todas. Y para que los diferentes fabricantes puedan fabricar equipos compatibles con este entramado, los protocolos se *estandarizan* y *publican*, siendo sujetos a diversas revisiones periódicas.

Si un fabricante no tiene acceso a la especificación del protocolo, no puede hacer que su dispositivo sea compatible



con ese protocolo. Por esa razón estos protocolos son de acceso público: cualquier lectora o lector puede acceder a esas especificaciones y diseñar sus propios dispositivos, que mientras implementen correctamente los protocolos al caso podrán más tarde conectarse a Internet.

Se puede ir entendiendo que, entonces, nuestros teléfonos móviles son “computadoras conectadas a Internet”; exactamente del mismo modo que nuestras computadoras con *módem*: el componente que le permite a las computadoras acceder a la red de telefonía. Agréguele un módem adecuado a una computadora portátil, y tendrá un “teléfono inteligente”.

Luego, una vez que las computadoras están interconectadas, podemos elegir a donde enviar o desde dónde recibir información. Para eso existen diferentes protocolos. Por ejemplo, lo que conocemos como *web*, utiliza el protocolo *HTTP* para transferir información. Cuando vamos a un sitio de Internet, como “www.google.com” por ejemplo, allí hay un protocolo trabajando que traduce “www.google.com” a un número unívoco de computadora en Internet. Esta computadora nos contesta, y lo que nos contesta nosotros podemos verlo en la pantalla. En líneas generales, eso es más o menos así. Lo importante a marcar aquí es que hay muchos protocolos con diferentes roles para

diferentes relaciones, y diferentes casos de uso frente a la idea de “computadoras conectadas”.

Un tema importante para traer ahora a colación es: *quién es el dueño de la computadora a la que nos estamos conectando*. Es decir: asumimos que nosotros somos dueños de nuestra propia computadora, ¿verdad?<sup>28</sup>. Bien. ¿La otra computadora a la que nos conectamos? ¿De quién es?

Cuando, antes de Internet, comprábamos un diario, lo que hacíamos era comprarlo a un intermediario: el vendedor de diarios. No íbamos a la imprenta, sino que había una cadena de intermediarios. Y por supuesto sabíamos que el diario tenía algún dueño, y alguna línea editorial política, y detalles por el estilo. Hoy, si nos conectamos a “google.com”, asumimos que nos conectamos a alguna computadora de la empresa *Google*. Pero, ¿si hablamos por WhatsApp? ¿Por Facebook? ¿Por Twitter? ¿Por instagram? ¿Cómo es la relación ahí? Antiguamente, cuando hablábamos por teléfono, la red de telefonía nos conectaba dos terminales, la nuestra y la de la persona con la que hablábamos. Éramos los únicos involucrados, a no ser que alguien nos estuviera espiando la línea, lo cual estaba (y sigue estando) severamente regulado para evitar que se atente contra nuestra privacidad. ¿Eso sigue siendo igual con las “nuevas tecnologías”?

---

28 <https://www.theinquirer.net/inquirer/news/1591757/windows-activation-update-won-hit-china>

La privacidad es un tema sumamente importante. Pero no voy hacia allí en este apartado. A lo que voy, es a que la estructura de Internet es completamente diferente. No sólo no necesariamente tenemos una comunicación directa con alguien, sino que ahora los intermediarios son casi absolutamente invisibles (a diferencia del vendedor a quien le comprábamos el diario). Y esto tiene muchas implicancias que no se ven a primera vista.

En primer lugar, la comunicación directa es llamada *peer-to-peer* en la jerga de Internet, o *P2P* para hacerlo más corto. Una comunicación con WhatsApp, por ejemplo, no es P2P, sino que los mensajes se guardan en un servidor (una computadora que no es la nuestra) y se envían de acuerdo a criterios establecidos en el software. Esto es típico, no tiene nada de raro. Pero, para que se entienda la diferencia, sería como decir que nuestros diálogos telefónicos se graban cuando los hablamos en una central telefónica operada por la compañía de servicios de telefonía, y luego se envía una copia de esa grabación a la persona con la que estemos hablando; y lo mismo sucedería con el mensaje de respuesta. Al final de nuestra charla, la empresa de telefonía tendría toda nuestra conversación grabada.

Eso no es todo. Cuando usamos Internet, por ejemplo para ir a “google.com”, no vamos directamente hacia la

computadora de “google.com”, sino que pasamos por toda un entramado de computadoras, que siguiendo con la comparación telefónica sería un equivalente a las diferentes centrales de telefonía que nuestra llamada debiera atravesar. Aquí, sucede que nuevamente esos intermediarios tienen acceso a algunos de nuestros datos, y en ocasiones a todos ellos. Y no sólo eso, sino que vemos “diferentes googles” de acuerdo a quienes seamos.

Esto es, así planteado, tolerable, y no muy diferente a la telefonía que tantos años funcionó en mayor medida sin grandes problemas. Pero aquí se agrega otra cuestión: la gratuidad de los servicios. A la fecha, la telefonía todavía no es gratuita (al menos no en Argentina). Y, del mismo modo, aunque se han hecho experimentos al caso, Internet tampoco es gratuita. Nosotros pagamos un arancel por el servicio de Internet, del mismo modo que pagamos por el servicio de telefonía. Pero no pagamos para, por ejemplo, usar “google.com”. O WhatsApp. O las redes sociales populares. Sin embargo, ellos sí deben pagar por las conexiones a Internet de sus computadoras, y la energía que consumen sus computadoras, y un montón de otras cosas que involucra mantener el servicio funcionando. ¿De dónde sacan ese dinero, que nos permite usar gratis los servicios?

La respuesta es muy sencilla: de nosotros. En el mundo de los negocios, circula una frase célebre, a la que no adhiero

en absoluto pero sirve para graficar cómo piensa esta gente al respecto: *cuando algo es gratis, el producto sos vos*. Estas empresas, tanto Google, como Facebook, como Twitter, y tantos otros, se dedican al negocio de la información. Y nosotros somos la mano de obra que la genera.

En primer lugar, venden “metadatos”. Eso es, información de comportamientos, consumos, perfiles de consumidores, estadísticas, y otros conjuntos de datos que les sirven a terceros tales como inversionistas o Estados. Además, tienen sus propios servicios de publicidad “inteligente”. Consiste en distribuir publicidad de acuerdo a los intereses de los usuarios. Por ejemplo, si yo busco algo en Google, como seguramente le ha sucedido a cualquiera, más tarde veo publicidad de eso que estuve buscando en diferentes sitios por los que voy navegando: el diario, algún blog que lea a menudo, cualquier sitio de videos online, etc. Y, a su vez, cuando entro en esos sitios, los mismos notifican a Google, con lo cual Google usa ese dato para refinar su perfil sobre mi persona y hacer más preciso el criterio de selección de publicidades a mostrarme: Google puede saber, por ejemplo, si soy lector de *Clarín* o de *Página/12*. Esa dinámica de identificarme sin importar el lugar al que esté entrando se llama “tracking”, que en español es literalmente “seguimiento”. Entonces, mediante seguimiento, casi cualquier cosa que hago en Internet está engordando alguna base de datos de Google que más tarde es leída por algún

algoritmo de Google que genera alguna información, y esa información es el producto con el que Google hace dinero.

Al comportamiento macro de toda esa dinámica de “juntar datos y después analizarlos” se la llama *big data*. Google, Facebook, y algunos otros, son los campeones en ese campo. Son la vanguardia tecnológica en materia de diseño de algoritmos de minería de datos: obtención de información allí donde antes no la había (separar “información” de “ruido”), categorizar la información obtenida, y darle un uso que genere dinero. Y entonces simplemente juntan absolutamente todo dato que puedan juntar sobre nosotros, nuestro comportamiento en Internet, para más tarde analizarlo y recontra analizarlo, y tratar de exprimir dinero de eso. Lo que no se entiende ahora, se entenderá en otro momento, de modo que también es importante guardar datos históricos en caso de ser posible; y de hecho una historia es otra categoría diferente de información, que también puede convertirse en dinero. Entonces, para esta gente es importante que nosotros continuemos utilizando sus servicios, porque sin nosotros se quedan sin negocio.

Pero esto tiene consecuencias. Volvamos un poco más atrás. Hace unos párrafos decía que los medios tienen dueños, y que los dueños deciden lo que se muestra o no en los medios. Eso constituye una línea editorial, y una bajada

de línea política de acuerdo a los intereses de cada dueño de cada medio. Aquí son computadoras conectadas con computadoras: pero cada computadora tiene dueños. Cuando nosotros estamos interactuando con Google, nosotros elegimos en mayor medida que decir: qué información enviar, qué buscar, qué resultado de búsqueda elegimos. Pero Google también muestra lo que él elija mostrar, del mismo modo que lo hacían los diarios o los canales de televisión.

“Del mismo modo” es demasiado inexacto. Aquí, la selección de, por ejemplo, resultados de búsquedas, está mediada por algoritmos. Sucede que uno de los intereses principales de Google, y otros en el mismo rubro, es que sigamos usando sus servicios gratuitos. Entonces, para eso, lo que tienen que hacer es mantenernos contentos con sus productos. Y aquí es donde empiezan los problemas.

Algún genio en Google se dio cuenta alguna vez, probablemente viendo gráficos de big data y sacando conclusiones al respecto, que la gente por lo general busca más o menos siempre lo mismo. Es decir: un individuo X no consume cualquier cosa, sino siempre las mismas cosas. Con lo cual, los algoritmos de búsqueda de Google, retroalimentados por nuestra actividad, básicamente nos muestran lo que cree que queremos ver, y ni siquiera lo que estamos buscando. Dos personas diferentes buscan lo mismo

desde sus dispositivos, y obtienen diferentes resultados de acuerdo a sus patrones de consumo de información. Siguiendo con ejemplos anteriores, alguien que lea *Clarín* no va a ver los mismos resultados que quien lee *Página/12*: y el usuario va a estar satisfecho, diciendo que Google *encuentra las cosas que busca*.

Con esto se estimula algo que ya existía anteriormente, cuando los canales eran pocos y estaban absolutamente centralizados: una *burbuja de información filtrada*, o *filter bubble* en inglés. El usuario será, menos que nunca antes en la historia, expuesto a un discurso antagónico a la propia cosmovisión, y una y otra vez reconfirmará sus propias creencias, ahora amparado en “la información” y “lo que piensa la gente” (ya no “lo que dicen los medios”). Si a esto le sumamos que Google exige una *cuenta de Google* para utilizar sus dispositivos Android, que provee muchos servicios automáticos de recopilación de datos *en la nube* para tener acceso a fotografías y grabaciones de video y documentos, y que siempre que uno esté activamente registrado a una cuenta de Google (“logueado”, en la jerga de Internet) las actividades que realice en otros sitios serán también tomadas en cuenta para el perfil del usuario, pueden ir dándose una idea del nivel de precisión que eventualmente pueda llegar a alcanzar.



El tracking puede llegar a involucrar cosas como las siguientes: medir por dónde se pasa el mouse en una pantalla y por cuánto tiempo en cada sección, cuánto tiempo alguien deja una página quieta (interpretándose de ello cosas como “está leyendo tal o cual texto”), qué está mirando (haciendo interpretación de la posición de los ojos en la pantalla, dato al que se accede mediante el uso de la cámara del dispositivo en cuestión), cuáles son los hábitos logísticos (utilizando geolocalización), con quienes habla, de qué se habla (aplicando algoritmos sobre el contenido de las conversaciones), datos del dispositivos como idioma configurado, software instalado, qué teclas se tipean y cómo, y muchísimos otros. Además, la conjugación de diferente meta-información, genera identificadores únicos que habilitan técnicas de seguimiento aún cuando uno no está logueado: saben que sos vos, aún sin que estés registrado. Y día a día se invierten millones y millones de dólares en hacer más eficientes a las tecnologías de seguimiento: a la fecha de este texto, estaban en boga las técnicas rápidas de reconocimiento facial.

No sólo los dueños de las computadoras eligen qué nos muestran: como son los dueños del software, eligen qué podemos o no podemos hacer con nuestra computadora y nuestros datos. Por ejemplo, durante años, Facebook, la red social por excelencia, no nos permitía ninguna otra calificación para los mensajes que no fuera *me gusta*. Uno no

podía, por ejemplo, hacer click en algo así como “NO me gusta”; ni hablar cosas más sofisticadas. Eso es por dos razones. En primer lugar, ese dato, *me gusta*, se utiliza para diferentes tipos de análisis de comportamiento, como pueden ser el *análisis sentimental*, que pretende dar cuenta de qué sensaciones están involucradas en un texto, o *análisis de relaciones*, que distingue cosas más centrales y más periféricas a las que la gente le presta atención. Guardar información es costoso, de modo que no es gratuito para Facebook agregar más opciones que después cueste también más trabajo analizar, y si lo hace necesita ser eficiente a nivel costos-beneficios. Pero además, una opción “no me gusta” podía llegar a operar como inhibidor para las publicaciones. No es lo mismo recibir pocos “me gusta”, que recibir muchos “no me gusta”. En Facebook no era posible mostrar disgusto mediante puntaje de un texto, y lo más parecido a la desaprobación era “recibir poca atención”. De modo que la gente, a menudo intuitivamente, se condiciona a sí misma para configurarse una identidad pública que genere muchos “me gusta”: mucha atención. Facebook supo todas estas cosas desde el principio, nunca fue ignorante del tema, y de hecho a esta clase de cosas se dedica la empresa: encontrar la manera de que la gente se quede, y hacer dinero con ello. Por esa razón, no se puede hacer cualquier cosa, sino lo que Facebook quiera, aún cuando son nuestras publicaciones y nuestros amigos, y nuestros datos.

Los intereses de Facebook, de Google, y de cualquier empresa de información, son los suyos, y no los nuestros. Puede haber coincidencias, pero son circunstanciales. No son organizaciones humanitarias, sino empresas capitalistas. Del mismo modo que Google, Facebook muestra lo que él quiere, no lo que nosotros queremos. Las cosas nos van a servir o no, pero cuando ellos quieran lo van a cambiar, y en la medida que hagamos centrales sus herramientas para nuestras vidas, nosotros nos vamos a tener que adecuar a lo que ellos quieran. Lo mismo sucede con WhatsApp: si un usuario analiza cómo funciona, se dará cuenta que tiene diferencias funcionales mínimas con las que ya brindaba el *e-mail* desde el minuto cero de Internet; pero que, a diferencia del e-mail, WhatsApp está *centralizado* en las computadoras de WhatsApp, sólo podemos usar los programas que provea WhatsApp, y los protocolos involucrados en esa comunicación *no son públicos*. Y como si fuera poco, WhatsApp se vincula a un número de teléfono, razón por la cual elimina el posible anonimato de e-mail. Sin embargo, aún con todas esas deficiencias tecnológicas, popularmente se asume a WhatsApp como una mejor herramienta de comunicación. Y, dicho sea de paso, no debería entonces sorprender a nadie que WhatsApp haya sido comprado por Facebook.

Así, de repente, Internet, que era *descentralizada* (muchas computadoras conectadas entre sí), y donde todos

podíamos expresarnos, y proteger nuestras identidades, y participar de maneras novedosas, y generar contenidos nuevos, y compartir cosas, y tantos otros etcéteras, se convierte no tan lentamente en lo mismo que los medios antes de Internet: nichos centralizados de difusión de información preprocesada y filtrada (muchas computadoras conectadas a las mismas pocas computadoras), que nos determina qué se puede hacer y qué no, y cómo. Estamos levantando un nuevo cerco mediático, y esta vez no tenemos excusa: decimos que nos gusta, decimos que lo elegimos. Y, nuevamente, quien ponga dinero, puede saltar esa valla que representa un nivel de trascendencia a superar para aparecer como “información”. Lo novedoso es que ya no somos meros consumidores, sino también trabajadores informales: somos los generadores del contenido que luego ellos venden, y nosotros no solo no vemos un centavo de eso sino que encima pagamos por hacerlo.

Pero todas esas cosas van al caso de éticas y políticas y discusiones por otros lados: no tienen directamente qué ver con los trolls, que es de lo que veníamos hablando antes. Sí vienen al caso de los usuarios de todos esos entramados sociales y tecnológicos. Lo que está sucediendo ahora es que, más que nunca, nos sentimos parte de lo que está pasando. Sentimos que nosotros, en parte, lo construimos; como una especie de constante militancia (que en rigor lo es, y siempre lo fue). Y al mismo tiempo, tenemos más atrofiada que

nunca nuestra capacidad para lidiar con el discurso antagónico; las burlas y los ataques y las cosas que entendemos como atroces nos duelen más que nunca antes en la historia. Las redes cada vez más anulan al anonimato: Facebook requiere nombre real, Google nos tiene siempre logueados en sus cuentas, nuestros contactos nos delatan fácilmente en Twitter, e incluso hasta los diarios online piden identificación real para dejar comentarios en notas. Si a eso le sumamos nuestra necesidad de adecuarnos a una identidad construida a los fines de funcionar en estas interacciones particulares, lo que se juega en las redes sociales es nuestro juicio sobre *cómo nos ven los demás*, y en consecuencia nuestra propia forma de vernos a nosotros mismos. Peor todavía: nos miran nuestros amigos y familia, pueden ver cómo reaccionamos. Peor todavía: nos miran nuestros intereses amorosos. Peor todavía: nos miran nuestros compañeros de trabajo o nuestros jefes. Todo esto sumado constituye una especie de constante vigilancia de la que no podemos escapar, por ser un componente central de nuestras vidas, y encima no tenemos herramientas reales para lidiar con los vaivenes que nos tocan vivir ahí adentro. Alejarnos nos hace sentirnos vacíos, como que algo nos falta: precisamente porque aquella *identidad* que teníamos armada para manejarnos en esos entornos sociales ya no nos sirve para nada, y casi que necesitamos empezar de cero; salir de una red social se convierte entonces en algo así como mudarse de ciudad o de país si no nos acompañaran nuestros

contactos, y de hecho migramos cuando ellos también migran para no quedarnos solos. Nos portamos, en definitiva, nuevamente, como cardúmenes, como bandadas, o como números en un gráfico afectado por vectores.

En ese lugar, de repente, entran los infernales trolls. Vienen a confrontar. Algunos por diversión; otros, con otros fines. Entran en discusiones, y generan discordia. Hacen ruido, rompen cosas. Dicen lo indecible. Jamás les importan las respuestas: a todo responden con risas, y más burlas, y respuestas incisivas. O dejan de contestar y abren una discusión nueva, como si jamás hubieran sido refutados en nada, como si no estuviera lleno a su alrededor de información que contradice lo que afirman. Y algunos pican, y les dan de comer, y el tipo continúa hasta que se aburra, o hasta que cumpla con su objetivo. Parecen incansables, invencibles, inmortales.

De esta manera, continuando con nuestra vida normal, nos conectamos de nuevo al mismo lugar donde se conectan todas las personas con las que nos relacionamos, y vemos que el “trending topic” del momento no es otro que “#LosQueVotanAFulanoSonTodosIdiotas”. Fulano resulta ser, para sorpresa de nadie, justo el candidato que votamos nosotros. De inmediato tenemos que hacer de cuenta que no nos importa, que es trivial, que es algo dado, y hasta tenemos que hacer de cuenta que podemos reírnos de los

que afirman tal cosa; incluso tratamos de convencernos de que, esas cosas que nos están silenciosamente sugestionando a hacer, esas reacciones, son algo que hacemos por nuestros propios medios, en plenitud, y en libertad: nos vamos a decir a nosotros mismos que hay alguna forma de sabiduría en comportarnos de esa manera, que podríamos comportarnos mucho peor.

Pero genera cierta incomodidad, y el silencio definitivamente no ayuda: vamos a contestar con ironías, o vamos a refutar con filosos argumentos, o vamos a simplemente compartir lo que otro dice; o bien vamos a dejar en claro qué nos gusta, implicando lo que no, utilizando alguna funcionalidad predefinida en algún software que nos ofrezca apenas esa entre otras pocas opciones. Ciertamente no nos vamos a “aislar de todo el mundo” mediante la no participación, y seguramente vamos a justificar este comportamiento en ideas de alta jerarquía moral, como por ejemplo “la verdad”.

Pero de repente muchos chistes ya no nos dan gracia, y empezamos a sentir cierto clima de profunda incomprensión, de agresividad gratuita, o hasta de irracionalidad. No nos merecemos eso, y ciertamente no le hace bien a nadie. Para ese entonces ya no es tan divertido; de repente es algo “serio”. Y así arranca la reacción: *Estos usuarios no respetan nuestra libertad de pensamiento ni opinión. No tenemos que*

*quedarnos con los brazos cruzados.* Más tarde, el nuevo “trending topic” es “#LosTrollsDeMengano”, el candidato opositor al que votamos nosotros, y así logramos retomar la burla y el tono jocoso para disimular que estamos instalando una forma de la guerra, que es algo mucho más leve que eso, algo hasta divertido; y probablemente el alivio de tanta tensión contenida le brinde buena cuota de cierto.

Siguiendo ese juego, un día nos encontramos con que están pasando y se están diciendo cosas alrededor nuestro, en nuestra cotidianidad, que nos duelen un montón y no lo podemos decir en voz alta frente a todo el mundo, no lo podemos explicar siquiera: se siente como que no tuviera sentido estar tan preocupados o angustiados, tan pendientes de lo que se dice o de lo que uno puede decir. O, por el contrario, denunciarnos a viva voz cómo X e Y nos están atacando personalmente con sus declaraciones, exponiéndonos así a ser juzgados como exagerados o frágiles sentimentales, e implementando un perfil de víctima, cuando no de activo luchador. Vamos entonces a tuitear, y vamos a publicar en nuestro muro, cómo es que son las cosas, cómo es que aquellos agresores hostiles se equivocan o mienten. O bien vamos a hacer de cuenta que la vida pasa por otro lado, y entonces omitir absolutamente los temas que tanta atención y energía sentimental nos roban, y con coloridas y felices fotografías vamos a postear en nuestra “historia”, que se convertirá en nuestro *safe space*.



Pero cualquiera sea la forma con la que nos terminamos adecuando, la sensación será más o menos la misma. Siempre supimos que en la calle hay imbéciles, siempre tuvimos esa sensación de que había gente con ideas tan aberrantes para nosotros y comportamientos tan incomprensibles que nos costaba catalogarlos de cualquier otra cosa más que idiotas o mala gente: pero la magnitud con lo que nos cruzamos con eso ahora, en los lugares donde lo hacemos (una especie de campo de batalla discursivo donde todo el mundo parece estar mirando, que se suponía un lugar feliz para pasar el tiempo), y con cada vez menos herramientas para defendernos (especialmente teniendo en cuenta las sucesivas “nuevas funcionalidades” de cada software involucrado), nos hace sentir que el mundo se está volviendo definitivamente loco, y que la sociedad se va al demonio. De una manera u otra, vamos a seguir participando en ese teatro, porque el precio de no hacerlo es la más absoluta soledad e intrascendencia, y así vamos a extender la escena hasta el scroll infinito.

Es verdad que en el estado actual de las cosas los trolls hacen destrozos a nivel emocional. Eso ya es de público conocimiento y aceptación. Pero, como todo término despectivo, en realidad se le dice “troll” a cualquiera que más o menos se comporte como lo describí anteriormente. Y sucede que, nuevamente, la triste sorpresa es que de

repente esos no son “trolls”: son personas comunes y corrientes, que aprendieron esa manera de relacionarse. La idea de “troll” asume que hay una intención de comportarse así, pero no necesariamente es el caso: uno puede terminar siendo un bruto muy fácilmente, sin necesidad de que haya detrás de eso ningún plan macabro ni idea oscuramente brillante; alcanza con sentirse atacado y reaccionar.

Las nuevas tecnologías, *al servicio de intereses empresariales*, están elevando a niveles novedosos la discordia y paranoia social que ya conocíamos desde hacía rato. Los avatares del control van a intervenir diciendo que hace falta recortar derechos para incrementar la seguridad. Los verdaderos trolls, mientras tanto, continúan siendo cada día más hábiles para encontrar las cosas que nos duele leer, y nada indica que eso vaya a cambiar para mejor. Al troll no le importa la verdad o la mentira: le importa que duela. En televisión van a decir que el problema con los trolls es que mienten o que agreden; el problema con los trolls es que funcionan, y funcionan enteramente por cómo nos sentimos. No podría importarnos menos que un ejército de desconocidos diga estupideces por Internet: nos importa por cómo nos hace sentir lo que dicen. Digan lo que digan los trolls, lo que sintamos va a ser real cuando lo sintamos; y ahí la verdad ya no tiene nada qué ver con nada. Y nos sentimos así por un conjunto de razones, no sólo por cómo son los

trolls, como planteara en este capítulo (aunque en absoluto de manera exhaustiva).

Así como la computación, los trolls llegaron para quedarse, y lejos de ser un grupo comando discursivo financiado por algún sector, son en buena medida gente común y corriente. No hay ninguna otra solución más que aprender a vivir con ellos de manera responsable. Tenemos que aprender a relacionarnos con la tecnología con la seriedad que el caso amerita, así como también aprender las relaciones sentimentales que mantenemos con quienes y bajo qué condiciones. Ninguna de las tecnologías que estamos usando a diario son *gratuitas*: en todo caso, son *no aranceladas*; tienen un precio y un costo bastante altos. Y, con respecto a lo que dice la televisión cerca de los trolls, al menos con eso pueden quedarse tranquilos que, como se puede ver aquí, y como también podremos apreciar indirectamente en el próximo capítulo, no son más que viejos monopolios de la acción social renegando de la nueva competencia.



## 6 - Días extraños

The issue's not whether you're paranoid, Lenny. I mean, look at this shit. The issue is whether you're paranoid enough.

Esa es una frase que Max le dice a Lenny en la película *Strange Days*, de 1995. Allí, Lenny, un ex policía devenido en traficante de recuerdos, se topa con pruebas del asesinato de la figura más representativa de la cultura negra del momento, a manos de lo que parece ser un escuadrón policial clandestino de la muerte. Este escuadrón es protegido desde las más altas esferas del poder político para evitar una revuelta popular masiva, con lo cuál también se ve comprometido el poder mediático y los poderes del estado, y es también protegido en paralelo por las fuerzas policiales que hospedan elementos corruptos. De modo que nuestro ex policía se encuentra con pocas estrategias viables de supervivencia, muy pocas personas en las cuales confiar, y muchas formas inmediatas de morir, durante toda la película. Ciertamente, cualquier grado de paranoia de Lenny estaba justificado. Pero como si no fuera suficiente con lo que ya tenía que lidiar, la película transcurre en las vísperas del año 2000, que por aquel entonces todos acordábamos sería el fin del mundo.

Que yo recuerde, nunca dejamos de vivir algún inminente fin del mundo. En lo personal me crié preparándome para el año 2000, y después de esa fecha la

idea perdió el encanto. Pero tuvimos las torres gemelas y su tercera guerra, en cualquier momento podían llover aviones repletos con anthrax, varias veces amenazó el clima con haber llegado el año en que finalmente la naturaleza nos pasa factura, vivimos el absoluto e irreversible derrumbe del capitalismo en el 2008, pasamos la gripe aviar, fukushima, el 2012, y ahora estamos esperando que Trump ordene un ataque nuclear vía Twitter.

Los registros más remotos que pude ver en video son entrevistas a personas que vivieron los peores momentos de la guerra fría en Estados Unidos, y contaban cómo esperaban que cualquier día cayera una bomba nuclear en su patio. Era simple cuestión de tiempo: los comunistas eran seres despiadados e irracionales, gracias a Dios fueron derrotados. Pero es fácil imaginar cómo en otros tiempos cualquier indicio de la venida del Anticristo, y el Juicio Final, y esa clase de cosas, podían generar un hype mucho más pronunciado que los mejores días de Steve Jobs. Podrán cambiar las explicaciones, pero el fantasma evidentemente resiste el paso del tiempo.

El “fin del mundo”, sin embargo, es simplemente un caso particular de algo mucho menos espectacular y más mundano. Cuando no pasamos nuestro tiempo esperando algún histórico evento catastrófico que nos termine matando, simplemente nos conformamos con que nos mate algún

criminal a la vuelta de la esquina. Y esa escena es más fácil de imaginar, en cualquier época. Así podemos dar introducción al concepto popular de *inseguridad*.

Es otro concepto contemporáneo y extraño; al igual que “posverdad”, uno más de los términos acuñados y/o establecidos desde la prensa a fuerza de repetición. Hace algunos pocos años atrás, por ejemplo, le decía a un compañero de trabajo: “para mí inseguridad es no saber si mañana voy a seguir teniendo trabajo, no si me roban el celular”. Pero esa clase de eventos no parecen formar parte de núcleo de lo que constituye “inseguridad”, sino que está más directamente relacionado a hechos de violencia física o la pérdida de bienes a causa de robo. El sentido común pareciera referirlo incuestionablemente hacia la idea de “nos pueden robar”, “nos pueden golpear”, “nos pueden violar”, o “nos pueden matar”.

Por supuesto hay un “ellos” involucrado allí, al que también el sentido común sabe distinguir con muchísima más precisión de lo que su terminología indica. La constante amenaza la encarnan “los negros”, que en Argentina es sinónimo de unas cuantas cosas despectivas: “pobres”, “villeros”, “paraguayos”, “peruanos”, “bolivianos”, “drogadictos”, “peronistas”, o directamente “vagos”. Seguramente se me escapen adjetivos populares de la lista, y también esporádicamente uno escucha términos más

marginales como “gitanos”. Pero esos son, en líneas generales, los agresores responsables de la inseguridad.

Por lo que puedo ver en películas y series de televisión, en Estados Unidos “los negros” es una idea que los norteamericanos usarían frecuentemente para describir algo similar a lo que vivimos en Argentina; de modo que probablemente sea un concepto de vanguardia social primermundista, y confío entonces en que el lector esté familiarizado con la expresión. Como sea, hay gente que aparentemente elige robarle cosas a los demás, y ejercer violencia ilegítima sobre terceros, lo cuál constituye “inseguridad”. Y por favor nótese que cuando digo “aparentemente”, me refiero a la cuota de elección en esas acciones: uno siempre puede dudar de hasta qué punto están eligiendo algo quienes hacen esas cosas. Como sea, el imaginario social tiene claramente interceptada en su mira quiénes son esas personas, y son absolutos indeseables en la sociedad: algo hay que hacer con ellos.

Es interesante pensar la inseguridad en su contraste más inmediato: *la seguridad*. Todos sabemos que lo más parecido que existe a alguna forma de seguridad son algunas predicciones particulares de algunas ciencias; todo lo demás difícilmente pueda ser llamado *seguro*, en tanto que está sometido a chances, y al devenir de variables que ya ni siquiera pasa por poder manipular sino que directamente



podemos no saber que existan o que estén interviniendo. Y, claramente, esto no quiere decir que aquellas predicciones *seguras* no estuvieran también sometidas a chances.

Frente a este problema, lo que hacemos entonces para hablar de seguridad, lejos de ser “acercarnos a aquellas ciencias” o “buscar seguridad objetiva”, es relativizar el término y llevarlo a una cuestión de grado: hay mayores o menores seguridades. Se dirá que es “más seguro” invertir en algunas cosas que en otras, diremos que es “más seguro” usar cinturón de seguridad que no usarlo, y demases. Esta lógica opera también como paliativo de la *inseguridad*. Concretamente, diremos que *estamos “más seguros” cuando hay más policías cerca nuestro*, y en muy pocas otras situaciones; actualmente, por ejemplo, se habla de *seguridad* frente a los sistemas electrónicos y computarizados de vigilancia, pero que en definitiva son fácilmente pensables como otra forma de “más policía”.

Creo que sería divertido ver a alguien tratando de convencer a Lenny de que estaría más seguro con más policías cerca. Pero la inseguridad es un tema serio, del que no corresponde burlarse, y menos todavía citando tonterías como películas de ciencia ficción; debe ser tomado como algo real, y de gran impacto social. Así, dudo que sea tan divertido ver a alguien tratando de convencer de las mismas cosas a los familiares de Luciano Arruga o de Julio López.

Ambos casos resonaron fuerte en la sociedad argentina. Se tratan de dos casos que podrían llamarse “de inseguridad”, aunque no en sus parámetros prototípicos; y de hecho no es el caso, como veremos en breve, por cuestiones de detalles.

Luciano Arruga fue un joven que estuvo *desaparecido* durante 5 años en la provincia de Buenos Aires. Desde el primer momento, la familia de Arruga sostuvo que el joven fue víctima de una represalia policial, luego de haberse negado a cometer delitos. Esta hipótesis propone a los propios policías como administradores y gestores de las redes de delincuencia.

Diferentes organizaciones sociales se involucraron en el caso y, eventualmente, en el año 2014, el cadáver de Luciano Arruga fue finalmente encontrado, enterrado como NN en el cementerio de Chacarita. Todo indica que el joven fue atropellado, en las cercanías de su casa, por un auto que transitara por la autopista: y que esto se diera en el contexto de huir corriendo de la comisaría, donde lo tuvieron secuestrado. En el año 2015, un policía fue condenado a 10 años de prisión por haber torturado a Luciano Arruga en un destacamento policial cuatro meses antes de su desaparición; de modo que uno puede imaginar la clase de cosas de las que Arruga se escapaba corriendo por la autopista.

El cuerpo apareció mediante el cotejo de huellas digitales contra los NN registrados en el cementerio. Luego, se supo que después de ser atropellado, Arruga fue atendido en un hospital, donde falleció. Al aparecer el cuerpo, en una conferencia de prensa, la hermana de Arruga y Horacio Verbitsky<sup>29</sup> sostuvieron algo que más tarde fue ratificado en un comunicado del CELS<sup>30</sup>: *El cruce de información que permitió encontrar el cuerpo del joven se hizo cinco años y ocho meses después de que la familia comenzara a buscarlo. (...) Durante todo este tiempo, sus familiares fueron maltratados y desatendidos por la Justicia de la provincia de Buenos Aires. Desde el momento en que Luciano fue visto por última vez, múltiples instituciones del Estado intervinieron. Ninguna de estas instituciones buscó a Luciano ni se ocupó de investigar con seriedad para encontrar una respuesta. Una medida tan elemental como el cotejo de huellas llevó casi seis años de un terrible derrotero judicial para la familia. Dos investigaciones judiciales desatendieron el caso: la que tenía que buscar a Luciano y la que archivó una causa en la que había un menor de edad fallecido sin hacer ninguna investigación.*<sup>31</sup>

---

29 Periodista argentino de tendencia izquierdista.

30 El Centro de Estudios Legales y Sociales es un organismo de derechos humanos argentino creado en 1979, que promueve la protección de los derechos y su ejercicio efectivo, la justicia y la inclusión social, a nivel nacional (Argentina) e internacional. <https://www.cels.org.ar/web/presentacion/>

31 <https://www.pagina12.com.ar/diario/sociedad/3-257810-2014-10-18.html>

Sucede que Luciano Arruga era “un negro”. Era pobre, su piel era más bien marrón, era hombre y joven, y esas cosas en su conjunto tienen un significado genérico bastante claro para aquel imaginario social de la inseguridad. Verbitsky, al caso, dijo: *Seis meses bastaban para encontrar a Luciano Arruga. Hubo mucha desidia. No hubiera pasado si hubiera sucedido en Palermo rúcula y él hubiera sido un chico de clase media porteña.*<sup>32</sup> También señaló que “es una práctica generalizada en la provincia de Buenos Aires” que los policías obliguen a adolescentes pobres a robar bajo su protección. “Chicos varones pobres de barrios populares (eran obligados) con amenazas de muerte”.

Este caso no constituye “inseguridad”: es un caso de “desidia del estado”, “violencia policial”, “corrupción”, “desaparición forzada”, y otras tantas carátulas que se le dan en el entramado legal y discursivo. Creo que ningún medio masivo de comunicación calificaría al caso de Luciano Arruga como un hecho de inseguridad, y que tampoco ningún militante social lo usaría por ser un término propio de la derecha y los medios hegemónicos; es, o más grave que eso, u otra cosa completamente diferente, pero no “inseguridad”. Aun cuando la condición *sine qua non* de la *seguridad* parezca ser la policía.

---

32 Idem.

Otro caso reciente y poderoso en Argentina es el de Jorge Julio López. Este requiere un poco más de detalle, porque nos va a servir también para explicar otras relaciones de orden político y social vinculados a la idea de inseguridad. Se trata de un albañil y militante de la ideología peronista, que durante la dictadura de 1976 fuera un desaparecido forzado por años, padeciendo torturas y presenciando asesinatos. López sobrevivió a esas penurias, y eventualmente declaró como víctima y testigo en el juicio por delitos de lesa humanidad en el que fue condenado a prisión perpetua el represor Miguel Etchecolatz.

La dictadura del '76 se llamaba a sí misma “proceso de reorganización nacional”, y Etchecolatz era policía durante la misma. La policía fue uno de los brazos de acción del gobierno militar, y Etchecolatz cumplió allí un rol organizador central. Fue condenado a prisión perpetua en reiteradas ocasiones, por diversos crímenes de lesa humanidad, mediante diferentes sentencias dictadas en diferentes años, que fueron unificadas en una pena única de reclusión perpetua. Entre los crímenes por los que fue encontrado culpable se encuentran torturas, asesinatos, desapariciones forzadas, y robo de bebés. Su prontuario es de fácil acceso en Internet, de modo que invito al lector a revisar el detalle en su extensión. A modo de ejemplo, me permito traer un extracto de las declaraciones de Julio López acerca de Etchecolatz, durante su juicio:

- (...) La chica estaba casi a mi lado, en un camastro. Le habían tirado un baldazo con agua y Etchecolatz le pasaba picana. Y ella le gritó: '¡por favor, no me mates! ¡llevame presa de por vida, pero dejame criar a mi beba!'. Y él le sonrió, y delante mío le pegó un balazo ahí mismo. Si la encuentran alguna vez, verán que la cabeza tiene dos agujeros, porque la bala entró por la nuca y le salió por el costado (...)<sup>33</sup>

Pero días después de sus declaraciones, y un día antes de leerse la condena a Etchecolatz, Julio López desapareció nuevamente, y a la fecha todavía no se sabe qué sucedió con él. Durante el juicio a Etchecolatz, en el que Julio López brindara aquel testimonio, circularon en la prensa algunas fotografías del acusado con un papel en la mano. En ese papel, pudo constar en las fotos, se leían con letra manuscrita las palabras “Jorge Julio López secuestrar”<sup>34</sup>.

Yo no viví aquella dictadura, porque nací en el '82, un año antes de que terminara. Pero imagino que por aquel entonces la sensación era similar a la de ahora: que por cuestiones políticas nos vemos forzados a decir “nadie sabe qué le pasó”, al mismo tiempo que todos sabemos qué le

---

33 <http://anred.org/spip.php?article12682> , pero también se pueden ver grabaciones del testimonio de López: <https://www.youtube.com/watch?v=FO0cEaSZCVQ>

34 <http://www.infojusnoticias.gov.ar/nacionales/etchecolatz-escribio-jorge-julio-lopez-en-un-papel-se-lo-llevo-a-la-carcel-6197.html>

pasó. Es un juicio unánime en toda la sociedad que a Julio López lo desapareció la misma gente que en los setentas, aún cuando tal vez no los mismos sujetos. Y esa gente, tal y como en aquel entonces, tiene un nombre, más allá de los apodos que nuestros impulsos nos lleven a agregarles: se les llama “fuerzas de seguridad”.

El gobierno de por aquel entonces llevaba como una de sus banderas políticas el “juicio y castigo” a los criminales de la pasada dictadura. Al caso, en 2006 fueron anuladas las llamadas “leyes de impunidad”, que fueran dictadas durante mediados de la década de 1980 y principios de 1990, frente a lo cual se reabrieron causas cerradas como las que vinculaban a Etchecolatz. Esto fue visto por algunos sectores de la sociedad, vinculados a las derechas, como formas de violación de la autonomía de los poderes republicanos, por establecer la agenda judicial subordinándola a intereses políticos de turno; y como intentos de desunión del pueblo, al no permitir cerrar algunas heridas sociales mediante el paso del tiempo, sino por el contrario reviviendo aquellas situaciones tan dolorosas de décadas atrás<sup>35</sup>. Desde las izquierdas, por el contrario, el gesto fue rotundamente celebrado como un paso hacia una justicia hasta el momento ausente, y un reconocimiento del rol del estado en las situaciones que se vivieron durante la dictadura. Los juicios a

---

35 Al caso, un ejemplo representativo del discurso de derecha al respecto de los juicios a la dictadura puede verse resumido en la siguiente nota, del año 2015, que causó un rechazo generalizado incluso desde los mismos trabajadores del medio: <http://www.lanacion.com.ar/1847930-no-mas-venganza>

la dictadura tuvieron un rol central en el discurso oficialista de por aquel entonces, así como otras iniciativas importantes y de orden absolutamente político (como ser leyes para regular el funcionamiento de los medios, el rol de los sindicatos en las negociaciones salariales, estatización de servicios sociales anteriormente privatizados, entre otras típicas medidas de orden nacionalistas, keynesianas, y económicamente proteccionistas).

Pero la segunda desaparición de Julio López estremeció a la población, y buena parte de las izquierdas incluso hicieron responsable al oficialismo por no haber protegido adecuadamente a López en tanto que testigo contra organizaciones todavía poderosas. Lo cierto es que el caso López demostró que aquel poder clandestino y mafioso de la época de la dictadura seguía activo, o que al menos había todavía en nuestra sociedad agentes con la determinación ideológica y los medios físicos para realizar operaciones semejantes<sup>36</sup>. Para que el lector tenga una idea concreta de qué estoy hablando: es como si de repente en Alemania se descubrieran nuevos y activos campos de exterminio de judíos. Es algo más bien impensable, algo que se da por superado, una página negra de la historia que afortunadamente terminó. Y Argentina vivió esa clase de sorpresas con Jorge Julio López.

---

36 <http://eterdigital.com.ar/su-desaparicion-fue-un-shock-como-una-vuelta-a-la-dictadura/>



Los medios masivos de comunicación, en su mayoría, fueron consecuentes con la idea de que esta desaparición era responsabilidad del Estado. Estos medios eran, también en su mayoría, opositores. La idea de la inseguridad era uno de los grandes eslogans de campaña opositor, uno de los más exitosos entre la sociedad, y un tema tan recurrente como constante en la agenda mediática. Pero, aún escuchando muchas opiniones y testimonios de diferentes pensadores o habladores en los medios, creo que jamás escuché a nadie plantear a la desaparición de Julio López como un caso de “inseguridad”; nuevamente es, o algo muchísimo más serio, o algo completamente diferente, sin importar qué tenga qué ver la policía con el tema.

Pero la sociedad siguió su curso, y Etchecolatz siguió preso, y la caratula “desaparición forzada” siguió siendo de uso marginal en los medios durante casos de gente desaparecida en democracia. No así la inseguridad, que en diarios y revistas se llegó a mostrar como una bomba de tiempo que podía terminar por destruir al país entero: no a nivel “fin del mundo”, pero sí tal vez “convertirnos en Venezuela”, que en el discurso de derecha es más o menos lo mismo. Sucede que, por los juicios a la dictadura, y otras iniciativas progresistas, los gobiernos llamados “K” (por haber sido jefes de estado Nestor Kirchner y su esposa Cristina) se mostraban con un perfil de izquierda e interpelaban a buena parte de la sociedad desde ese lugar.

La oposición entonces esgrimía discursos más de derecha, entre los que Venezuela figuraba como un absoluto enemigo de cualquier forma del progreso, y entre los que usualmente se reclama más presencia policial en las calles y más “mano dura” para con la delincuencia. Por ejemplo, desde los medios se instaló el debate de si era necesario o no bajar la edad en la que se podía meter preso a una persona, de modo que los “pibes chorros” no “entren por una puerta y salgan por la otra”: expresión popular para referirse a tiempos demasiado cortos de detenciones policiales<sup>37</sup>. O también empezaron a tener lugar en los medios discursos que abogaban por la “reconciliación de los argentinos”, en relación al debate sobre el rol del Estado durante la dictadura, o a “memoria completa”, un discurso crítico para con la acción guerrillera de la década de 1970, a quienes responsabilizan por la necesidad de violencia por parte del Estado, intentando establecer mediante la crítica un perfil heroico para la dictadura militar<sup>38</sup>.

Pasados los años, eventualmente, la era “K” se terminó, y una alianza de fuerzas de derecha ganó las elecciones. La corrupción fue ciertamente el eje principal de su discurso, el núcleo de los problemas en Argentina, manifestado en políticas populistas que no permiten el crecimiento del país ni su “integración en el mundo”. Esta alianza se propone

---

37 <https://www.pagina12.com.ar/diario/sociedad/subnotas/3-21548-2006-04-12.html>

38 <https://www.lanacion.com.ar/816368-un-grupo-de-militares-volvio-a-reclamar-una-memoria-completa>

fuertemente republicana, defendiendo la separación e independencia de los poderes del estado como pilar y principio fundamental de su eje de gobierno, y superadora a experiencias populistas de la década anterior mediante renovación e innovación en las estructuras del Estado. Su antítesis es Venezuela, que representa el destino del que nos han salvado, y al que hubiéramos llegado si ganaba las elecciones un nuevo candidato peronista. La nueva derecha, eficiente y moderna, inauguró entonces un nuevo momento político en la historia del país.

Inimaginablemente, apenas a horas de la asunción presidencial, el nuevo presidente comenzó a emitir decretos de necesidad y urgencia: un mecanismo que le permite tomar decisiones operativas al poder ejecutivo, sin que las mismas tengan que mediar primero por el legislativo ni el judicial. Digo “inimaginable”, porque esto en Argentina es visto como un acto autoritario y antidemocrático, contrario a los intereses republicanos, que difícilmente se le hubiera tolerado al presidente anterior. Y los muchos decretos que emitió se dirigieron a cambiar de inmediato el estado de muchas acciones de gobiernos anteriores, como algunas de las ya mencionadas: la llamada “ley de medios”, por ejemplo, fue derogada casi de inmediato. Y lo más sorprendente de la situación fue un decreto donde el presidente determinaba dos nuevos jueces como integrantes

de la Corte Suprema de Justicia, elegidos por él<sup>39</sup>: algo que si lo llegaba a hacer Cristina Kirchner, creo que nadie lo duda, terminaba en juicio político.

En líneas generales, acorde los planteos de cualquier derecha en cualquier lugar del mundo, las medidas políticas que se empezaron a tomar beneficiaron a los grandes grupos empresarios, que en el ideario de derecha son los responsables de la generación de trabajo y de fortuna en el país. Pero esa anécdota de los decretos y la intervención en el poder judicial la cuento para entablar una conexión con otro hecho: con el cambio de dirección política, también cambiaron las urgencias judiciales. Súbitamente empezaron a progresar causas contra dirigentes políticos de gobiernos anteriores, y empresarios vinculados a ellos, mientras que también con la misma celeridad se cerraban causas contra dirigentes ahora del oficialismo. Los detalles son muchos, y no vienen realmente al caso: cualquier lector puede revisar estos datos en Internet, que son de muy fácil acceso. Sí vale la pena mencionar algunas acciones particulares del “nuevo” poder judicial.

A pocos días de asumir la nueva alianza de derecha, en la provincia de Jujuy se encarceló a la dirigente social ahora opositora Milagro Sala, en condiciones y vinculada a

---

39 [https://elpais.com/internacional/2015/12/15/argentina/1450152368\\_167921.html](https://elpais.com/internacional/2015/12/15/argentina/1450152368_167921.html)  
<https://www.lanacion.com.ar/1854315-macri-nombro-en-comision-a-dos-juristas-para-completar-la-corte>

múltiples causas todas cuestionables. Los detalles del caso llegaron a ser tan cuestionados que eventualmente hasta intervinieron la OEA, la Corte Interamericana de Derechos Humanos, y la ONU. La CIDH, incluso, eventualmente dictó una medida cautelar para que la dirigente fuera de inmediato liberada. Y esto es un caso tan excepcional, que la comparación inmediata se da contra un caso famoso en todo el mundo, donde la CIDH intervino de la misma manera: Leopoldo López, de Venezuela; opositor al gobierno de Maduro, reconocido mundialmente como preso político, y con el que se solidarizada en reiteradas oportunidades la propia alianza ahora oficialista en Argentina. Este caso constituyó formalmente, de acuerdo a los organismos internacionales, el retorno de los presos políticos en Argentina<sup>40</sup>.

En octubre de 2017, en un caso sumamente trascendente de corrupción estatal en el gobierno anterior, se encarceló preventivamente al diputado Julio de Vido. Para que eso fuera posible, desde el poder judicial se avaló una nueva interpretación del recurso de “prisión preventiva”, que se pretende para uso en casos extremos y particulares, bajo el razonamiento de que, al haber sido funcionario, “la libertad del imputado puede implicar un real obstáculo al cabal esclarecimiento de la maniobra y sus completos alcances”<sup>41</sup>. Con la misma justificación, se llevaron adelante

---

40 [https://elpais.com/internacional/2016/11/30/argentina/1480512661\\_560324.html](https://elpais.com/internacional/2016/11/30/argentina/1480512661_560324.html)

41 <http://www.telam.com.ar/notas/201712/235635-confirman-la-prision-preventiva-y-el-procesamiento-a-julio-de-vido-en-la-causa-rio-turbio.html>

también detenciones de otros ex funcionarios del gobierno anterior. Pero los funcionarios del gobierno en curso no fueron objeto de las mismas interpretaciones, incluso cuando las causas fueran similares. Esto sumó casos de supuestos presos políticos en Argentina<sup>42</sup>.

Pero la nueva dirección política del poder judicial, que para el republicanismo se pretende autónomo, no termina en persecución a la oposición. En mayo de 2017, la Corte Suprema dictó una sentencia que permite reducir considerablemente las condenas de las personas halladas culpables de delitos de lesa humanidad, por aplicación del recurso llamado “dos por uno”, de la mano de aquellos jueces originalmente elegidos por decreto<sup>43</sup>. Así fue que, en la misma línea, en diciembre de 2017, Miguel Etchecolatz fue beneficiado con la prisión domiciliaria, en una vivienda cercana a una de sus víctimas, debido a su “cuadro de salud [y] riesgo de contraer nuevas enfermedades”<sup>44</sup>.

Cabe dejar anotado que hasta 2006 había contado con ese beneficio, pero se le había revocado por poseer armas de fuego en el domicilio donde cumplía su condena. Pero antes de otorgarle el nuevo beneficio, el tribunal ordenó un peritaje médico. El mismo fue citado sólo parcialmente cuando el

---

42 <http://www.oetec.org/nota.php?id=2882&area=21>

43 <https://www.lanacion.com.ar/2020021-la-corte-suprema-declaro-aplicable-el-beneficio-del-2x1-para-la-prision-en-un-caso-de-delito-de-lesa-humanidad>

44 <https://www.lanacion.com.ar/2042952-le-conceden-arresto-domiciliario-al-represor-miguel-etchecolatz>

tribunal leyera su resolución, pero omitiendo decir que la conclusión del peritaje afirmaba que no correspondía otorgarle la prisión domiciliaria; también se afirmaba en el mismo que en caso de una complicación médica “estaría mucho mejor atendido” en el Hospital Penal que en su domicilio<sup>45</sup>.

El mismo día, la médica que llevo adelante el informe que negó la prisión domiciliaria a Etchecolatz, sufrió una amenaza: su perro había sido asesinado a cuchillazos, y los atacantes dejaron el cuchillo ensangrentado en la puerta de la vivienda<sup>46</sup>.

Las concesiones a los condenados por la dictadura generaron protestas multitudinarias contra el poder judicial. En particular, la de Etchecolatz, generó varias protestas de los vecinos de la zona en donde el criminal se encuentra cumpliendo su condena domiciliaria. Durante una de esas protestas, que se realizó en frente de la vivienda misma del condenado, los presentes se dieron cuenta de que estaban siendo fotografiados desde una de las ventanas de la casa, quedando así sus caras registradas<sup>47</sup>.

---

45 <https://www.pagina12.com.ar/85737-no-es-un-incurable-terminal>

46 <http://www.resumenlatinoamericano.org/2016/08/15/argentina-mataron-al-perro-de-la-medica-que-reviso-al-genocida-etchecolatz-convocan-nueva-concentracion-para-rechazar-prision-domiciliaria/>

47 <https://www.pagina12.com.ar/87636-meter-miedo>

Una mujer y su hija, que regresaban de esa movilización, fueron intimidadas por un automóvil Ford Falcón color verde: el mismo vehículo que se hiciera característico por haber sido utilizado durante los secuestros de la dictadura militar. *De repente escucho que el motor aumenta el ruido y el auto se me viene encima. Me tiré encima de mi hija, ella se cayó*, relató la mujer<sup>48</sup>. Días después, durante enero de 2018, se pudo ver a Etchecolatz violando la prisión domiciliaria<sup>49</sup>, de la que continúa gozando como privilegio. Y a la fecha, como ya dijera antes, todavía no se sabe absolutamente nada sobre el paradero de Jorge Julio López.

Ciertamente, son días extraños. El renovado y moderno poder judicial con el que convivimos en Argentina actualmente, nos ha dejado una cantidad tan grande de detalles a analizar, y en tan sólo dos años, que me veo obligado a hacer un corte en el material porque sino este capítulo sería infinito. Voy a cortar entonces acá, y voy a volver un poco al tema que venía hilando de antes.

Ninguna de esas cosas que mencioné en los párrafos anteriores constituye “inseguridad”. Y lo que es o deja de serlo, se establece exclusivamente en los medios, que son quienes nos informan del estado actual de la inseguridad en

---

48 Idem.

49 <https://www.elciudadanoweb.com/etchecolatz-salio-de-su-casa-y-violo-la-prision-domiciliaria/>



el país. Entonces, entre las cosas que no forman parte de la inseguridad, hoy podemos contar: las detenciones arbitrarias, la posibilidad de ser un preso político, las mafias policiales, los criminales de lesa humanidad bajo cadena perpetua sueltos por la calle, la ausencia de justicia, y la justicia parcial. Dejo de lado los centenares de miles de despidos, teniendo en cuenta que el trabajo no tiene nada qué ver con la seguridad, la también gigantesca cantidad de abusos policiales que en otras épocas hubieran sido impensables, como policías entrando a las escuelas y universidades sin órdenes judiciales, o el hecho de que el ejército se vea interviniendo violentamente en la protesta social en casos como despidos en hospitales. Y, por supuesto, nada más alejado de cualquier idea de “inseguridad”, que nuestros representantes haciendo exactamente lo contrario de lo que nos prometieran hacer, cuando no directamente haciendo lo que explícitamente hubieran negado en otras oportunidades<sup>50</sup>.

Con todo esto, uno tal vez podría hablar entonces de “sensación de inseguridad”, en lugar de “inseguridad” a secas. Pero en lo personal no podría recomendarlo menos. Sucede que en nuestra historia política reciente ya se hizo, y no terminó nada bien. A mediados de la década del 2000, se le atribuye al político por entonces oficialista Aníbal

---

50 <http://debatechequeado.org/> tiene registros solamente del debate presidencial del 2015, comparado contra apenas un año después.

Fernandez la expresión “sensación de inseguridad”. Por lo que veo en Internet, él niega la autoría, responsabiliza de ese vínculo al diario La Nación, y el diario La Nación dice que el primero en hablar así de la inseguridad fue el mismo presidente Nestor Kirchner en el año 2004<sup>51</sup>. No creo que importen mucho los detalles, frente al hecho de que nadie se quiere hacer cargo; Nestor Kirchner probablemente devolvería la pelota si no estuviera muerto. La cuestión es que popularmente en Argentina se entiende a la “sensación de inseguridad” como una expresión poco feliz, y se dice que la acuñó Anibal Fernandez. Y Anibal Fernandez la pasó mal por esto. Por todas las vías, en los medios y en Internet y en la calle, empezaron a llegarle mensajes de personas varias diciéndole cosas horribles por haber insinuado que la inseguridad podía ser una sensación. Porque, como todos los lectores de este texto podrán a esta altura entender perfectamente, una sensación no es algo real. Entonces, siguiendo ese razonamiento, Fernandez estaría sutilmente diciendo que la inseguridad no era real, y tal vez tomando entonces por idiota a tanta gente tan preocupada.

Había todo un contexto para todo esto, que no viene mucho al caso: una diferencia entre los índices registrados (a la baja) y lo que registraba la gente (en alza). Explicarlo no servía de nada porque reforzaba la idea de que la gente no percibía muy bien lo que estaba pasando. Y esto fue usado

---

51 <http://www.lanacion.com.ar/1487654-la-sensacion-de-inseguridad-una-polemica-que-arranco-con-nestor>

como un arma filosa contra el propio Fernandez desde los medios opositores. La expresión fue instalada como algo tan poco feliz que los mismos medios ahora oficialistas tuvieron que recurrir a un término previamente instalado en el mundo de las estadísticas para llamar a lo mismo: “percepción de inseguridad”<sup>52</sup>. Supongo así que el saber distinguir las sutiles diferencias entre *percibir* y *sentir* habla bien de la cultura general de los consumidores de dichos medios.

Y aquí me permito un paréntesis, hablando de percibir y sentir, para recordar nuevamente a *Strange Days*. La película tiene un componente de ciencia ficción, que es aquel “tráfico de recuerdos” que mencionara en la breve descripción al comienzo del capítulo. Sucede que, en ese futuro ficticio, en el ámbito policial, inventaron un sistema de grabación que ya no consiste en grabar imágenes y sonidos por cámaras o micrófonos, sino grabar directamente las experiencias mismas de la persona desde la actividad cerebral. Y como si no alcanzara con semejante maravilla, esta tecnología permite también reproducir esas experiencias, revivirlas, no solo en la persona desde donde se grabaron, sino en cualquier otra persona. Esto llevó rápidamente a que la tecnología se convirtiera en un bien cotizado, que fuera censurada, y que generara aparentes

---

52 <https://www.infobae.com/sociedad/2017/05/17/segun-la-uca-crecio-mas-de-un-10-por-ciento-la-percepcion-de-inseguridad/> , <https://www.lanacion.com.ar/1941120-se-siente-seguro-solo-uno-de-cada-tres-habitantes-del-conurbano-bonaerense>

grados de adicción a las reproducciones de experiencias, convirtiéndose de facto en una forma de “droga”.

Lenny tuvo acceso al *hardware* policial, y se encargaba de comprar y vender experiencias. La clientela le explicaba qué experiencias pretendía vivir, y él se encargaba de conseguir las grabadas. Usualmente se vendían experiencias sexuales, o situaciones extremas como encarnar a un ladrón en medio de un asalto. Pero otros usos podían ser terapéuticos, cuando no simplemente bellos: como fuera el caso de un amigo de Lenny en silla de ruedas, a quien le consiguió la grabación de alguien corriendo por la playa, o bien aquellos que querían experimentar qué se siente ser de otro sexo. Pero más allá de las posibilidades, lo que me interesó también de esta tecnología es un aspecto que plantearon en varias escenas, aunque no tal vez explícitamente: uno no puede esquivar la reproducción. Una vez echado a andar el dispositivo, uno necesariamente siente, y no existe tal cosa como *ignorar*. Lo cuál lo convierte en una tecnología de control francamente inquietante. Y un poco, reflexiono ahora, como mencionara en otro capítulo hablando de la corrupción, es lo que nos pasa con algunas ideas instaladas en la sociedad, que se reproducen incesantemente y hasta el infinito, y a las que ningún ser humano cuerdo parece poder ignorar.

Pero volviendo al tema, decía, la inseguridad son los negros, que roban cosas y son violentos, y son mala gente, y no quieren trabajar. Ahora que tenemos más o menos en claro qué es la inseguridad, no deberían sorprendernos en absoluto las leyes de seguridad. En Argentina van desde la implementación de bloqueos visuales en las cajas de los bancos, para que no se vea si alguien hace una extracción y por lo tanto lo esperen en la puerta del banco para asaltarle, hasta la obligación de usar casco para andar en moto. Este último grupo social, “los que andan en moto”, es de los más afectados por las leyes de seguridad, debido a que un vector constante de inseguridad son “los motochorros”: ladrones que, como seguramente adivinaron, andan en moto. Entonces, por seguridad, es necesario agregar cada vez más condiciones para andar en moto, como ponerse ropa reflectora de luz para que se vea claramente el paso de la moto por la calle en cualquier horario, o tener que también dejar inscripta la matrícula tanto en la ropa como en el casco. Incluso se especulaba no hace mucho tiempo atrás, prohibir a los acompañantes<sup>53</sup>: porque dos personas en moto es el *modus operandi* de los motochorros, y eso constituye inseguridad; “la gente vé eso y se siente insegura”. En definitiva, cualquiera de esas reglas que, por conveniencia práctica o a modo de protesta, no se cumplieran, genera sospechas.

---

53 <http://www.bigbangnews.com/actualidad/Motochorros-en-la-mira-el-extremo-plan-que-impediria-que-viajen-los-acompanantes--20170628-0019.html>

Y siguiendo esa línea, el máximo exponente de la seguridad que cabe destacar en términos de nuestro discurso contemporáneo es la idea de la “seguridad nacional”. Es algo que tiene qué ver con secretos y enemigos del Estado. No sólo no tengo idea de cuál pueda ser la extensión precisa de esta abstracción, sino que no imagino siquiera quién pueda tenerla. Lo que puedo dejar anotado es que se trata del concepto al que se cita para cosas como denuncias internacionales, sanciones, guerras, y cosas de orden menor como las dictaduras militares locales y sus eventuales genocidios.

No importa mucho lo que sea: cuando aparece la seguridad nacional, uno puede prepararse para los más espectaculares entramados políticos mundiales, a sabiendas que si por alguna razón no puede seguir el tema en detalle seguramente en un año o dos lo puede ver resumido en una película. Estos casos lo tienen todo: espías, complots, secretos peligrosos, mafias, drogas, lujuria, explosiones, realidad virtual...

Nuestro último caso de este estilo en Argentina fue el caso Nisman. Sucedió durante el último año de la presidencia de Cristina Kirchner. Nisman era el fiscal a cargo de la causa en la que se investigaba el más grande atentado terrorista de la historia del país: el caso AMIA. En enero del 2015,

súbitamente, Nisman involucró a la presidenta Cristina Kirchner y el canciller Héctor Timerman en una acusación vinculada a un memorándum con Irán, que aparentemente habría sido creado para encubrir sospechosos del atentado a la AMIA. Timerman directamente desestimó las acusaciones, por considerarlas poco serias. Pero frente a estas acusaciones, se le pide a Nisman que dé explicaciones en el congreso de la nación, para lo cuál corta las vacaciones que pasaba con su familia en otro país y vuelve de inmediato a Argentina. Ese fin de semana, un día antes de presentarse a declarar en el congreso, es encontrado muerto en el baño de su casa con un disparo en la cabeza.

A partir de ese momento, la cantidad de cosas bizarras que comenzaron a suceder en ese caso parecen el guión de alguna forma de sátira. Voy a intentar recordar el grueso de la cuestión y reducirlo a uno o dos párrafos, pero cualquiera puede ver estas cosas en Internet.

A la fecha no se sabe si lo asesinaron o se suicidó. Los oficialistas apostaban a que se suicidó porque su inminente presentación en el congreso no podía defenderse con seriedad y su carrera había terminado; los opositores, por el contrario, decían que fue un asesinato, orquestado por la misma cabeza de estado. El país estaba en vilo; algunos temíamos una guerra civil entre oficialistas y opositores. La investigación por el arma llevó hasta una persona cercana a

Nisman, de apellido Lagomarsino, que era técnico informático. Lagomarsino le llevó el arma a Nisman por expreso pedido, y se fue del departamento. Nisman llamaba a este hombre constantemente, hasta 30 veces por día, según constaban los registros telefónicos. Con el paso de los días aparecían más detalles, y los medios decían de todo. Que la investigación era una vergüenza, que ensuciaron la escena del crimen y hasta se robaron muebles, que Nisman había usado la computadora después de muerto, que se habían robado cosas, después se desmentían y nadie había robado nada ni había usado la computadora, después cambiaba la hora de la muerte, después diferentes actores involucraban distintos peritos, y cuestiones por el estilo. Hablaron incluso de un virus de computadora. La imagen del gobierno de repente estaba sometida los vaivenes del caso Nisman. La presidenta desde el primer momento dijo que fue asesinado, pero otros funcionarios insistían con el suicidio; se empezó a hablar de “suicidio inducido”. Nisman de repente era mártir: había importantes movilizaciones reclamando el pronto esclarecimiento del caso. Pero no le duró mucho: encontraron que el tipo había estado drogado esa misma noche, que mal usaba fondos de la causa en una vida de lujos, y que tenía de amantes a jóvenes modelos. Las últimas búsquedas que realizó en Internet, dicen, referían a psicodelia y vida después de la muerte.



Algunos peritajes decían que no podía ser ninguna otra cosa más que suicidio: otros, que no podía ser otra cosa más que asesinato. Dos jueces desestimaron la denuncia, por no encontrar delito en la misma: el memorándum no sólo no tenía nada de ilegal, ni constaban las acusaciones de Nisman en el mismo, sino que además había sido aprobado por todo el parlamento, y como si fuera poco nunca entró en vigencia por no haber sido aprobado en el congreso iraní. Desde Interpol, negaron rotunda y públicamente las acusaciones de Nisman. Entonces apareció un espía, un tal Stiuso, que venía a brindar información. El tipo dice que Kirchner mandó a matar a Nisman. En medio de estos episodios, Kirchner disuelve los servicios de inteligencia históricos de Argentina, con gente todavía operativa desde la última dictadura, y crea una nueva entidad de inteligencia. La ofensiva más receptiva en los medios sobre el caso Nisman la lleva en este momento su ex esposa, la jueza Sandra Arroyo Salgado. Ella y las hijas aparecen en tapas de revistas, serias y dolidas. Eventualmente se conocen conversaciones entre Salgado y Nisman donde ella le reclamaba la búsqueda de fama por sobre la atención a las hijas. Nisman aparece también mencionado en Wikileaks como doble agente, trabajando para la embajada de Estados Unidos con Stiuso como vínculo directo. Último momento: Nisman usaba botox. La oposición gana las elecciones y se vuelve gobierno. No recuerdo qué otras cosas pasaron, pero llegado un momento se conoce que Lagomarsino y Nisman tenían una relación de “amo-

esclavo”; todavía no estoy seguro de qué quiere decir eso. Más tarde cae un proxeneta en Uruguay, que regía una red de prostitución VIP, y de la que Nisman era cliente. Apartan al juez de la causa Nisman y lo hacen dar explicaciones por haber desestimado la denuncia. El nuevo juez de la causa es Claudio Bonadío, el más evidentemente parcial de todos los jueces actuales en Argentina, que no sólo es acusado de perseguir políticamente a la actual oposición (antes gobierno), sino que además ya había sido apartado de la causa AMIA por denuncias del propio Nisman, y encima hasta Nisman había denunciado por separado que Bonadío lo había amenazado de muerte. La razón por la que originalmente apartaron a Bonadío de la causa AMIA fue encubrimiento: lo mismo que se le denuncia a Cristina Kirchner. Y no conforme con eso, Nisman también había acusado por aquel entonces al actual presidente de la nación, Mauricio Macri, de haber armado una red de espionaje ilegal junto con un comisario que más tarde fue también vinculado al caso internacional de Odebrecht. Ahora otros peritos dicen que en realidad a Nisman lo mataron entre dos personas, siempre por supuesto “necesariamente”, y tienen una animación 3D para demostrarlo.

¿Siguen leyendo? Genial. Eventualmente, otro fiscal reconocido por ser afín al gobierno actual, Gerardo Pollicita, acusa a Cristina Kirchner de delitos de lesa humanidad desde la denuncia de Nisman, y Bonadío no sólo da lugar a la

denuncia sino que caratula la causa como “traición a la patria”: una caratula que requiere “enemigos del estado”, una situación formal de guerra, y ya no recuerdo qué otras condiciones espectaculares. Se llama a indagatoria tanto a Kirchner como a Timerman, y en ese marco, y luego de que se dieran otros casos de detenciones preventivas “porque podrían entorpecer la causa” (como mencionara en párrafos anteriores), se ordena detener a Héctor Timerman. También se ordena detener a Cristina Kirchner, horas antes de que jurara en su nuevo cargo legislativo recientemente electo, y horas antes de que comenzara la feria judicial. Timerman va preso, Kirchner no. Luego se sabe que, antes de hacer eso, Bonadío había presentado sus formularios para trámite de jubilación, de modo que algunos cuestionaban la validez del acto. Timerman, mientras tanto, padece cáncer, y necesita hacerse tratamientos en Estados Unidos para continuar con vida. Por la decisión de Bonadío, Estados Unidos decide no renovar la visa a Timerman, y sólo eventualmente y en un estado deteriorado deciden concederle la salida de prisión. La embajada de Estados Unidos decide intervenir para recuperar la visa de Timerman, y así salvarle la vida. Esto fue apenas días atrás. El caso Nisman, continúa.

Después de esos tres párrafos intensos, en los que recorté infinitos detalles, podemos usar el caso Nisman para nuestros propios intereses. A mi juicio, entre lo más increíble del caso Nisman, está el que haya sido tímidamente

planteado en los medios como un caso de inseguridad. Hubo personas que se sintieron identificadas con el difunto fiscal, y todo ese relato que parece hasta fantástico aparentemente logró interpelar a gente común y corriente. Por ejemplo, recuerdo haber visto gente entrevistada por la calle, que con miedo declaraba: *si eso le pasó a Nisman, no sé lo que me puede pasar a mí*<sup>54</sup>. Inmediatamente después de eso, mostraban una publicidad de “puertas Pentágono”, unas puertas blindadas y reforzadas para que la casa sea más segura.

Como también sucediera con el caso Julio López, parte de la izquierda atacó al gobierno de turno por no haber protegido a Nisman; y todas las muchas irregularidades en el operativo de seguridad alrededor del fiscal fueron leídas, desde esta óptica, como parte de un complot de fuerzas de inteligencia subordinadas a la presidencia. Estas izquierdas, en conjunto con algunas derechas, también llevaron adelante el discurso de “la gente común tiene miedo”<sup>55</sup>, y colaboraron a instalar alguna posible perspectiva de “inseguridad” sobre el caso Nisman.

Pero los medios no se tomaron muchas libertades formales para realizar ese salto entre un oscuro y exótico

---

54 <http://www.lanacion.com.ar/1769606-sin-titulo>, ver testimonio de “Luis Donato”.

55 <https://opinion.infobae.com/juan-carlos-giordano/2015/02/02/la-mentira-de-la-decada-ganada-llego-a-su-fin/index.html>, <http://www.elheraldo.com.ar/noticias/111654-somos-un-espacio-con-impetu-energia-y-nuevas-ideas.html>, <http://kaosenlared.net/argentina-ante-la-sospechosa-muerte-del-fiscal-alberto-nisman-comunicado-de-izquierda-socialista/>.

entramado conspirativo y aquella delincuencia entendida como “más vulgar” (y ciertamente más inmediata); especulo que, como probablemente podían imaginar, hubiera sido difícil de mantener sin que se les volviera ese juicio en contra. Sí es cierto que, en cualquier caso, el responsable unívoco era el gobierno, ya sea por usar a las fuerzas de seguridad (“nacional”, como los servicios de inteligencia, o cualquier otra categoría) para sus propios beneficios espúreos, o ya sea por no haber desarmado las mafias internas en caso de estar siendo víctima de las mismas.

A esta altura bien cabe también la pregunta de cuál es la responsabilidad formal del poder judicial en el asunto: tanto en la seguridad de Nisman, como en la seguridad de López<sup>56</sup>. Son apenas dos cuestiones puntuales entre muchísimas otras que se le cuestionan al poder judicial, tanto durante la época “K”, como en el gobierno de la actual alianza de derechas. Y es que durante los gobiernos “K” el poder judicial se comportó en buena medida como un agente opositor, del mismo modo que ahora se muestra casi como parte del oficialismo; pero así y todo, la responsabilidad parece ser siempre del poder ejecutivo, que es donde reside la cabeza de estado. Y esto es especialmente curioso dado que el poder judicial en Argentina es el único de los tres poderes de la república que no está sometido al voto, ni

---

56 <https://www.lanacion.com.ar/835902-das-neves-hay-una-dictadura-judicial>,  
<https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-65380-2006-04-09.html>,  
<https://www.nytimes.com/es/2017/05/06/la-violencia-de-la-ley-en-argentina/>

“popular” ni “de los argentinos”; y doblemente curioso porque la cabeza de estado debería tener poca o nula injerencia en la actividad del poder judicial, al menos de acuerdo al ideal de autonomía que presenta el discurso republicano.

En esa clase de juicios es donde la acción mediática se vuelve poderosa a la hora de formar opiniones. Un canal de televisión no puede sostener mucho tiempo el discurso de “no está lloviendo”, cuando cualquiera puede ir a la ventana y constatar que efectivamente llueve: lo que sí puede hacer, y más o menos al infinito, es decir quién tiene la culpa de esa lluvia. Puede decir que llueve porque se le antoja a Dios; pero también puede decir que es por culpa de la desidia del gobierno en materia de medio ambiente, o puede decir cosas como “hay temor a inundaciones”, o puede mostrar testimonios de gente desconocida diciendo que “acá ya no se inunda gracias a lo que hizo el nuevo gobierno”; o bien puede omitir completamente el caso, y dedicarse a hablar de cualquier otra cosa, de acuerdo a los intereses de la empresa dueña del canal. Tiene plena libertad para instalar temas y para brindar juicios, que en todo caso el producto de ese discurso será llamado “información”.

Y desde allí, las herramientas para operar sobre la sociedad son muchas. Pueden hacer de cuenta que casos aislados son representativos de cuestiones generalizadas

(como sucede a menudo con “la inseguridad”, y como hubiera sido imprudente plantear al caso Nisman), pueden utilizar el perfil ideológico del consumidor de “información” para dejar que complete verdades a medias, pueden mentir y en un segundo tiempo corregirse (siempre haciendo responsables a otros de haber publicado un dato falso, tomando el papel de víctimas), pueden afirmar cosas injustificables (como hablar de lo que los demás piensan), y muchos, muchos otros recursos del orden de la retórica que existen desde tiempos inmemoriales.

De modo que, como explicara en el capítulo anterior, a modo de paréntesis, no debería sorprender a nadie que los mismos medios levanten alarmas sobre la terrible e imperativa amenaza de los trolls: ciertamente, los medios tienen un problema serio frente al hecho de que ahora otros actores sociales, además de ellos mismos, también tengan poder para troleear. La posverdad, de hecho, se dice popularmente, viene a ser casi exactamente eso: “los medios manipulando la verdad”. Yo discrepo, en parte; como vengo diciendo, me parece algo sensiblemente más complicado que eso. Pero hago esta mención porque, precisamente, la acción de los medios es algo reconocido, y de hecho tienen una capacidad tan fuerte de operación sobre la sociedad que directamente la prensa es llamada desde hace generaciones “el cuarto poder”.

Pero continuando con mi planteo, la cuestión que me interesa traer a colación de los párrafos anteriores es la siguiente: uno de los condicionantes para operar la idea de “inseguridad”, es la figura de la inocencia. Siempre es tan ambiguo como claro cuál es el límite de la inseguridad, el agresor prototípico, el responsable directo, y la solución. Ambiguo porque nunca dicen con claridad “la inseguridad es esto, esto, y esto otro, y ninguna otra cosa”. Claro, porque siempre muestran las mismas escenas cuando hablan de inseguridad, y esgrimen los mismos discursos. Y las escenas son: gente de clase media asesinada o sometida violentamente, que cuando no pierde la vida pierde bienes materiales.

Esta clase media argentina, que imagino será un fenómeno generalizable a otras clases medias del mundo, siempre se encuentran identificadas con gente de escalas económicas más altas. De modo que tampoco es raro mostrar “celebridades” o “famosos” que sufren casos de inseguridad: usualmente les asaltan la casa, y eso entonces constituye una “noticia”. Y del mismo modo, la clase media argentina en líneas generales padece alguna forma de fobia a la pobreza, al punto tal que rara vez se siente identificada con las vidas de aquellos en situaciones económicas vulnerables: los incontables casos de inseguridad que padecen los villeros no forman parte de las “noticias” ni tapas de diarios.



Esas fijaciones, absolutamente ideológicas, son vitales para la construcción de un discurso que pretenda distinguir culpables. Y como la inseguridad requiere seguridad, los culpables requieren inocentes. Cuando una “noticia” habla de un inocente con el que uno se siente de alguna manera emparentado, ya sea ideológicamente o por alguna otra característica positiva determinante en la propia identidad (“buena persona”, “trabajador”, “padre de dos hijos”, “honesto”, “católico”, etc), el ataque es ciertamente en parte contra uno mismo. Razón por la cuál no sólo es doblemente indignante, sino también doblemente amenazador. Cuestionar este juicio tan inmediato le quitaría fuerza argumentativa, y le daría gimnasia crítica a cualquier implicado, razón por la cuál es necesario que la “noticia” no sea fácilmente criticable. Al caso, la forma más sencilla es simplemente no cuestionar figuras ideales útiles a la propia causa: como podría ser un ejemplo la idea de que una persona con muchísimo dinero pudiera ser francamente despreciable y no tener mérito ético alguno con respecto a su exótica fortuna. Y así, el lugar para los villeros, como ya mencionamos en otros momentos, es el de agresores. Esta lógica indica que los villeros salen a la calle a matar, y violar, y robar, porque están desesperados, y drogados, y no tienen educación, y viven con tantos otros defectos que cualquier “nosotros” no comparte.

Las villas miseria, donde viven los villeros, son entonces el foco de inseguridad más unívoco y constante. Allí, se dice, reina la malicia en todas sus formas: el narcotráfico, la anarquía como término despectivo, el desprecio por la ley, la violencia, y por supuesto la constante falta a los principios ciudadanos y republicanos, cuales fueran. Los villeros son personas sucias, mal olientes, y de pésimos modales; *no como uno*. Un villero puede ser entendido tal vez como víctima, en tanto que no tuvo acceso a la misma educación que uno, y entonces se puede ser con ellos tolerante, para también evitar caer en un prejuicio y violencia que nos convertiría en malas personas: pero definitivamente siguen siendo gente que uno nunca querría tener demasiado cerca.

Recurrentemente aparecen estudios en universidades, e investigaciones periodísticas, u organismos internacionales, donde se deja clara constancia de que las villas miseria están formadas en su mayoría por gente excluida (y no “auto-excluida”), que vive en esas condiciones para no tener que vivir demasiado alejados de sus trabajos como servidumbre metropolitana<sup>57</sup>; un hacinamiento consecuencia de fenómenos como la centralización y concentración de capitales. Los villeros suelen ser, objetivamente hablando, bastante más trabajadores que la clase media en general,

---

57 Al caso, invito al lector a buscar las relaciones entre el desarrollo de las metrópolis y los espacios de pobreza como concepto general y mundial, no sólo en sus características argentinas. Hay muchos estudios al respecto, y dejo apenas uno de ellos como ejemplo: <https://dash.harvard.edu/bitstream/handle/1/2958224/why%20do%20the%20poor%20live%20in%20cities.pdf>

teniendo varios trabajos precarios y usualmente hasta peligrosos, aún tolerando flagrantes violaciones a sus derechos elementales como mucho menor acceso a la salud que las clases medias, cuotas mucho más bajas de alfabetismo, o nulas expectativas ya no de movilidad social sino directamente de vida. Y las organizaciones delictivas en las villas, como narcotraficantes por ejemplo, son casi sin excepción financiadas por gente de clase alta, mientras que sus consumidores son gente de clase media y alta. Desde luego, en la clase alta está repleto de todos los casos de las malicias que se denuncian de las villas miserias; pero sin embargo, para la clase media, aun con todo esto, los villeros continúan siendo la amenaza indiscutida, y la clase alta un horizonte de admiración.

Pareciera como que esos informes de esas universidades u organismos no constituyeran “información”, como sí lo constituye el día a día del acontecer mediático. Como sea, es entonces manipulando la idea de quién es el inocente, ya sea explícitamente planteando el caso, o indirectamente planteando quién es el culpable, que podemos ver cómo se puede coquetear con que Nisman sea un caso de “inseguridad”, mientras que Luciano Arruga o Julio López son sin lugar a dudas otra cosa. Luciano Arruga era “un negrito”: no es útil para las derechas como víctima, y para las izquierdas sería despectivo reducir la seriedad del caso a un término central del troleo mediático. Nisman, por

otro lado, era blanco, era un judío investigando la AMIA, era culto, económicamente exitoso, tenía una carrera legal reconocida, y así termina convirtiéndose en un héroe que luchaba contra un gobierno corrupto y, por mágica coincidencia, “de negros”: un avatar de la resistencia, como uno, que tolera incesantemente las consecuencias nefastas de la corrupción y la ignorancia política. Es un escenario bastante más parecido al de “la inseguridad”, donde tenemos constantes caídos como víctimas de una maldad que ataca a los buenos, aunque los vaivenes del caso lo convirtieran en algo bastante difícil y peligroso de llevar por esas vías argumentales.

Sin embargo, la figura de la inocencia brilla con mayor esplendor en el caso Julio López. Luciano Arruga en gran medida podrá no haber saltado el llamado “cerco mediático”<sup>58</sup>, tanto en medios opositores por ser un tema más bien de izquierdas, tanto en medios oficialistas por dañar la imagen del gobierno de turno. Pero Julio López era un abanderado de las luchas del oficialismo contra la dictadura: no podía esquivarse, era un tema central, ya sea que el oficialismo lo promocionara, o que la derecha lo criticara. Cuando desapareció por segunda vez Julio López, todo el mundo se mostró en shock. Pero mientras el oficialismo quedó en una posición de defensa, la oposición no

---

58 Ciertamente, aunque para las izquierdas se convirtiera en un símbolo, Luciano Arruga tuvo una popularidad varios órdenes de magnitud menor que Julio López o Nisman, y en términos mediáticos fue francamente efímero: su reconocimiento se dio en los espacios de militancia, no en los medios.

tuvo que hacer prácticamente nada; al menos, los medios opositores de derechas. Porque la historia argentina ya tiene acuñada una expresión de derecha para explicar por qué le podría pasar todo eso que le pasó a Julio López. Cuando durante la dictadura militar secuestraban gente y la desaparecían, buena parte de la población justificaba el evento con una frase a esta altura completamente instalada y conocida por todos: “algo habrán hecho”<sup>59</sup>. En el imaginario de derechas, indiferentemente de su relación contra el oficialismo, Julio López, silenciosamente, jamás fue inocente. Distinta hubiera sido la historia, especulo ahora, si Julio López, en lugar de un albañil y militante peronista, hubiera sido algún abogado o empresario o notable de clase alta, secuestrado por las fuerzas de seguridad “por error”.

De modo que, frente a la segunda desaparición de Julio López, las derechas tan sólo debieron responsabilizar al gobierno de turno para con los componentes mafiosos dentro de las fuerzas de seguridad, como constancia indiscutible de la corrupción que encarnaba: por acción, u omisión, o directamente incompetencia, el gobierno permitía la existencia de tales elementos en nuestra sociedad, incluso después de muchos años “en el poder”. Y nuevamente, como en el caso Nisman, la responsabilidad del poder ejecutivo fue unánime entre izquierdas y derechas, y entonces cuestionar tal cosa lo convertía a uno necesariamente en militante

---

59 [https://es.wikipedia.org/wiki/Algo\\_habr%C3%A1n\\_hecho](https://es.wikipedia.org/wiki/Algo_habr%C3%A1n_hecho)

kirchnerista: una forma de enemigo, en tanto que aliado de la corrupción, o en tanto que servil ignorante. El poder judicial, opositor, por supuesto, no tiene nada que ver con el asunto.

Pero aquellas sobre Julio López son especulaciones, bastante polémicas dicho sea de paso. Lo que no me parece tan “meramente” especulativo es el rol de la inocencia en la construcción de un culpable para abstracciones absolutamente indefinidas como “la inseguridad”. O como en el otro caso popularmente responsable de todos los males sociales contemporáneos: “la corrupción”.

Cuando se plantea a la corrupción como el causante de la inseguridad, aquí también hay una relación directa de responsabilidad del poder ejecutivo, y nuevamente se encara desde la perspectiva del inocente. De esta manera, cuando alguien afirma “los K son corruptos”, no importa si “los demás también”; quien sostiene este discurso, dirá frente a ese detalle que “no es el punto”, minimizándolo, como si no existiera o no significara nada, y seguirá hablando de “la corrupción”. Así, la ideología seguirá siendo alguna cuestión secundaria: porque si tuviéramos que incluir nuestra ideología en el problema, entonces difícilmente podríamos ser las víctimas que nos pretendemos.

Esta dinámica es ejemplar para identificar cómo funciona otro fenómeno de la discursividad mediática. Tanto buscar inocencias y culpabilidades, deviene en una lógica absolutamente paranoica. Hablar de inocencias genera aquel círculo vicioso de presunción de culpabilidad que mencionáramos en el segundo capítulo. Donde nosotros somos el inocente, es lo más racional del mundo que todo lo demás sea visto como un posible enemigo; incluso hasta algunos aspectos de nosotros mismos que, tenemos que aprender a vigilar y castigar.

Igualmente, aquí sucede otro segundo fenómeno más, como consecuencia de la lógica paranoica: la información sólo confirma y nunca contradice. Constituye “información” sólo aquello que nos sirve para sostener nuestro propio ideario, y lo demás es sistemáticamente filtrado; algo curiosamente idéntico a lo que sucedía con los fanáticos deportivos, o con la “filter bubble” de Internet. Lo que nos contradice, entonces, se siente falso, erróneo, o hasta algo de lo que nos tenemos que defender. Lo cuál no tiene nada de extraño, dado que hablamos desde la inocencia.

Pero el problema no pasa por la lógica formal de cómo se ordenan los discursos o desde dónde se originan, ni el hecho de estar conociendo o no tal dato particular que nos cambie la forma de pensar, ni ser tolerantes o dejar de serlos, ni la precisión con la que nos autoevaluamos: el

problema es que todas estas cosas que estoy mencionando suceden en un plano enteramente emocional, y el mundo parece hacer de cuenta que ese no fuera el caso (o se muestra sorprendido cuando se insinúa el tema). Ya vimos que la objetividad no tiene nada que ver con la verdad, que el rol de la ciencia es marginal, y que el uso de la razón se subordina sin mucho problema a otras cosas difícilmente “racionales”; y aquí sucede lo mismo. Somos racionales sólo en parte; los sentimientos son mucho más inmediatos que las explicaciones, y de hecho un determinante primario de las mismas. Vamos a aplicar el pensamiento crítico y la racionalidad, pero para defender nuestras hipótesis, para reafirmar o adecuar a nuevos datos lo que ya veníamos sosteniendo. No vamos a intentar cambiar lo que sentimos: no vamos a pretender no indignarnos con la corrupción, o no atemorizarnos con la idea de que podamos perder nuestras cosas o nuestra vida, porque siquiera intentarlo sería incluso una forma de traición a nosotros mismos, cuando no una idea absolutamente irracional.

Cambiar los sentimientos le toma años a cualquier persona. Todo adulto que haya vivido la experiencia lo sabe: no es algo de un día para otro, ni una cuestión de ponerse a pensar o dejar de hacerlo. Pero la dinámica mediática pretende que todo dependa de la novedad, y el “último momento”, y el “hype” de la primicia. El estímulo mediático que detona cosas como la posverdad, no está en las



mentiras, sino en los tiempos de los sentimientos. Cada pequeño bit de información será siempre verdadero sólo cuando estimule lo que ya estamos adecuados a sentir, que en definitiva constituye buena parte de lo que consideramos *nosotros mismos*, y el uso de la razón sólo va a lograr echarle leña al fuego: que es exactamente lo que hacen los medios con tanta “opinión” e “información”. Hacemos con la razón lo mismo que hacen los trolls, aunque no nos demos cuenta.

Lo que a mi juicio es la peor consecuencia de todo esto, es algo que se puede ver también en los fanáticos deportivos, pero cuya magnitud en aquél grupo social quedaba oculta tras el velo del estado de excepción. Sucede que una de las tantas víctimas de toda esta dinámica de democracia paranoica, retroalimentada por la acción de los medios al servicio de empresas, y ahora también como novedad por la informática al servicio de empresas, es nuestra capacidad para la compasión. Y allí es donde el problema escala a niveles inusitados, como ya nos ha enseñado el siglo XX.

Lo cuál nos hace volver a aquella cita del comienzo de este capítulo, donde Max le dice a Lenny que no se trata de ser o no ser paranoico, sino de ser lo suficientemente paranoico. “Mirá lo que es todo este quilombo, ¿de qué otra manera te vas a sentir?”. Suena como una especie de oscura sabiduría del que sobrevive en un mundo difícil y hostil. Lo

irónico es que, más tarde, \*\*\*SPOILER WARNING\*\*\*, Max resulta ser precisamente el malo de la película. Y luego de semejante revelación, mientras le apuntaba con un arma a la cabeza a Lenny, y este último le recriminaba haber traicionado a su mejor amigo, Max le deja un comentario para cerrar la escena:

*No plan is perfect, Lenny. Hey! Cheer up! World's gonna end in ten minutes anyway.*

## 7 – Teoría de los feels

En los capítulos anteriores pudimos ver diferentes ejemplos de cómo lo que llamamos verdad se aleja de la objetividad, y de cómo el uso de la razón se subordina cómodamente y sin mucho esfuerzo a cosas de orden anterior. De hecho, me permito opinar, de cara a lo que nuestra sociedad nutre con su seno, y que determina como "importante" por traducirse en billones de dólares anuales, pretender hablar de una ética de la objetividad o la pureza ya debería ser considerado tan obsoleto y retrógrado como la frenología o el uso de lobotomías contra la histeria. Pero en cada capítulo dejé algunas conclusiones más o menos resumidas, ciertamente mínimas, y seguramente insuficientes para sostener nada positivo, que pretendo retomar y actualizar en este último capítulo.

Para mí, cabe aclarar, la posverdad es apenas una contingencia: todas estas cosas las reflexionaba mucho antes de que se hablara de la posverdad, o de "trolls" en los medios, o siquiera de que existiera Facebook, ni MySpace llegado el caso; incluso cuando Google era marginal y todavía competía con Altavista por ser "el mejor buscador". Mis reflexiones arrancan desde mediados de los noventas, y tienen más qué ver con tecnología y arte que con política<sup>60</sup>.

---

60 Al caso de este comentario, invito al lector curioso a revisar algo que dejara escrito en mi blog, y que por el tono no consideré incluir en el actual libro, pero que da cuenta del por qué de varias cuestiones en torno al mismo: mi terminología absolutamente autónoma, mi extraño vínculo con las academias, mi ímpetu por intentar que cualquiera pueda leer esto, y otros detalles. El texto se encuentra aquí: <https://blog.canta.com.ar/2017/11/25/en-los-brazos-del-sueno/>

Me interesan ciertos aspectos de la inteligencia artificial: modelar algunos comportamientos humanos vinculados a su autonomía. De modo que si tomo a la posverdad, es simplemente como caso de estudio, que me permite hablar de los temas que me interesa estudiar sin necesidad de usar terminología ni temáticas absolutamente marginales: lo cual me sometería a tardar muchos años en poder escribir cualquier cosa, y a no poder hablar con prácticamente nadie sobre el tema.

Por la misma razón (escapándome de ciertas posibles marginalidades), como dijera antes, busqué algunas pocas escenas más bien cotidianas, de acceso inmediato y coloquial, donde se pudieran ver algunos contrastes claros; nada muy oscuro ni de difícil acceso. Usé a la posverdad como condición de posibilidad de poder decir algunas cosas sobre la verdad en general. Por eso, los mecanismos sobre los que reflexiono se pueden ver en diferente grado y constantemente en todas las esferas de la acción humana.

Lo que yo trato de ver es mecanismos primitivos, un contacto con la gente de más bajo nivel que el lenguaje como lo entendemos en el uso cotidiano. ¿Meta-lenguaje? ¿Proto-lenguaje? No creo que sean términos correctos para esto, sino que llamo a fenómenos de la percepción y la adecuación al entorno (a los demás, al mundo). En el capítulo 2, planteé formalmente la siguiente pregunta, para encaminar un poco

la cuestión: *¿Y si lo que pasa es que somos demasiado sensibles a la verdad?* Otra pregunta al caso podría ser la siguiente, aunque a primera vista tal vez no lo parezca: *¿Se puede hacer cambiar de opinión a alguien?* Me pregunto por cosas que determinan lo que considero verdadero o falso, pero de manera cuasi-intuitiva. Y si eso puede manipularse, explotarse, entonces se pueden determinar cambios de opinión en los demás (o, a la inversa, restringirlos). Lo que me pregunto, de cara a la posverdad, es lo siguiente: *¿se puede manipular realmente esa sensación de que las cosas tal vez no sean como anteriormente creí, de que algo en realidad es cierto o en realidad es falso? ¿Se puede inyectar un “tal vez” directo a la intuición?* Lo que busco, entonces, es algo mucho más poderoso que las mentiras.

Por esta razón, algunas acepciones populares de “posverdad” vinculadas a las mentiras me tienen mayormente sin cuidado; no así las que llaman al rol de la sentimentalidad. Porque, puedo ver, y como creo haber mostrado, la sentimentalidad, efectiva y sistemáticamente se explota a diario en todos lados desde hace siglos. Se puede ver que hay una reacción ante manifestaciones de lo verdadero o lo falso, que usualmente (pero no siempre) toma la forma de una moral, que más tarde se justifica en alguna forma de ética o estética ad-hoc, y que en torno a esas cosas se generan espacios de actividad considerados “industrias”. Pero que desde el vamos es algo que arranca siempre por

algo así como una reacción personal, un estímulo, que pareciera más o menos inevitable en nosotros.

Cuando uno se pregunta por cosas emparentadas a “cómo influir en los demás”, las respuestas más inmediatas conducen siempre a los mismos lugares. Artículos mayormente de autoayuda, que se basan en estadística rudimentaria (también conocido como “sentido común”), o en técnicas de persuasión y/o retórica que ya discutían los presocráticos. En esos términos, es fácil pensar que cualquier interacción dependerá de la postura inicial del interlocutor (más o menos entregado a ser convencido), y que allí radica cualquier posibilidad de acción, de acceso al otro. Son en definitiva afirmaciones mayormente innegables, aún cuando contingentes o cuando su rango pueda ser bastante escueto. Cosas como que una persona a la defensiva es infinitamente más fácil de fortalecer en su opinión que de cambiar, lo sabemos todos, y con esto en cuenta es completamente lógico que se pretenda predisposición ante cualquier iniciativa de cambio como condición básica.

Pero también está lleno de herramientas, muy fáciles de encontrar, que tienen el poder de traspasar esas barreras. Se vé en el deporte, en el nacionalismo, en algunas épicas detrás de logros científicos; un sentido de pertenencia, de ser parte de algo más grande, más importante que uno y que las guerras personales que se es capaz de vivir en el día a día.

Cosas como que derecha e izquierda estén en vilo juntos, compartiendo la misma mesa y la misma sensación, ante una final de un mundial; cosas como que ricos y pobres pasen días celebrando en un carnaval para luego volver a sus diferencias. Los que más me interesan de todos estos fenómenos tan frecuentes son aquellos directamente vinculados al arte. Me interesa cómo es que podemos agruparnos, escudarnos, embanderarnos, detrás de frases, o canciones, o incluso hasta actuaciones, que son más o menos universalmente aclamadas o despreciadas, y que nos determinan aún sin entender una sola palabra de lo que están diciendo (cuando siquiera dicen alguna).

Como decía, si bien durante los capítulos anteriores no mencioné nada al respecto, yo hago lecturas de estas cosas desde una perspectiva tecnológica. Pero todas esas ideas llevan hacia un concepto central: la estética. Y mis indagaciones siempre están en definitiva orbitando alrededor de la política. Al caso, corresponde traer una reflexión de Walter Benjamin, con una cruda advertencia sobre dónde me estoy metiendo: “la estetización de la política necesariamente lleva siempre a la guerra”<sup>61</sup>. Aunque también, resulta una profecía sobre los usos de la sentimentalidad que estamos viendo, y que venimos viendo desde el siglo XX. Él va a decir, luego, que “las fuerzas

---

61 Walter Benjamin: “La obra de arte en la era de la reproductibilidad técnica”, XIX (Página 96, Edición 2003, editorial Itaca).

constructivas de la humanidad responden con la politización del arte”<sup>62</sup>. Pero de eso ya no estoy tan seguro. De lo que estoy absolutamente convencido es de que los sentimientos son a la comunicación lo que el átomo es a la pólvora, y lo que vemos en los medios a diario es nada menos que armamentización sentimental; ahora, encima, tenemos que agregar también la informática a esa ecuación.

Pero por momentos me da la sensación de que me fuera por las ramas, o que repitiera demasiadas veces cosas vagas. Permítanme entonces, para encauzar mis hipótesis, traer una cita del libro “El arte de ganar”, de Jaime Durán Barba: ideólogo del partido PRO de Argentina, que es el núcleo y la cara visible de la alianza de derechas Cambiemos, actual gobierno.

iii. Invoque a los sentimientos, no a la razón

Los humanos somos simios con pretensiones cartesianas. Suponemos que vivimos guiados por la mente pero, incluso los que nos creemos más racionales, actuamos arrastrados por nuestras supersticiones, sentimientos e instintos. (...) La verdad es que en la búsqueda del poder, como en muchas otras actividades humanas, nuestras palabras y ‘razones’ para el ataque son casi siempre racionalizaciones que pretenden justificar nuestros sentimientos. Recordemos que la política, más que un enfrentamiento de tesis, es un choque

---

62 Idem, Página 99.



de pasiones que movilizan sin muchas explicaciones del por qué. Si un televidente ve la publicidad de una marca de gaseosas donde se ataca a otra, no se siente involucrado en el tema. Lo mira como algo externo. No muchos discutirán a los gritos por qué se dio este enfrentamiento, o aseguren que jamás en la vida tomarán una Pepsi porque esta marca atacó a Coca Cola. En política, el ataque enciende los sentimientos del elector común. No es un tema de razones sino de pasiones. Debemos tratar de que nuestro mensaje provoque polémica. Más que perseguir que el ciudadano entienda los problemas, debemos lograr que sientan indignación, pena, alegría, vergüenza o cualquier otra emoción. (...) <sup>63</sup>

Eso lo publicó en el 2010, y por momentos pareciera decir casi exactamente las mismas cosas que yo. De modo que me veo en la incómoda posición de tener que tomar distancia. En mi defensa, entonces, le ofrezco al lector dos datos.

El primero, indemostrable pero verosímil: no le presté atención a este tipo hasta que no ganó las elecciones del 2015. Y al caso no precisamente me puse a leer sus libros. Esas reflexiones las vi recién hacia finales del 2017, cuando en diferentes medios opositores (que evidentemente también le prestaron atención a este tipo después de que ganara elecciones), se hicieron eco de sus declaraciones en ese libro

---

63 Jaime Durán Barba y Santiago Nieto: "El arte de ganar", B.iii (Página 262, edición en formato digital de abril de 2011, editorial Sudamericana).

como si fueran barbaridades. Por favor, antes de continuar, les pido presten especial atención al hecho de que Durán Barba, explícitamente, incita a la polémica como estrategia discursiva.

Y en segundo lugar traigo algo más adecuado a este trabajo, con lo que pretendo dejar constancia de mi posición ideológica, y plantear un problema de orden epistemológico determinante en mis diálogos con mis pares. La cita que traigo a continuación es de Michel Foucault, en una entrevista del año 1984, y la considero un resumen sumamente lúcido de los problemas de orden discursivo que nos tocan vivir en la lógica mediática y en las redes sociales.

(...)

- *¿Por qué se mantiene usted al margen de la polémica?*

- Me gusta discutir y trato de responder a las cuestiones que se me plantean. Es verdad que no me gusta participar en polémicas. Si abro un libro en el que el autor tacha a un adversario de «izquierdista pueril», lo cierro enseguida. Tales maneras de hacer no son las mías: no pertenezco al mundo de los que se valen de ellas. Por esta diferencia, que mantengo como algo esencial: se trata de toda una moral, la que concierne a la búsqueda de la verdad y a la relación con el otro. En el juego serio de las preguntas y de las respuestas, en el trabajo de elucidación recíproca, los derechos de cada uno son de algún modo inmanentes a la discusión. Simplemente marcan la situación de diálogo. El que pregunta no hace sino usar del derecho que le es dado:

no estar convencido, percibir una contradicción, tener necesidad de una información suplementaria, hacer valer postulados diferentes o destacar una falta de razonamiento. En cuanto al que responde, tampoco dispone de ningún derecho excedente respecto de la discusión misma; está ligado mediante la lógica de su propio discurso a lo que ha dicho con antelación y, a través de la aceptación del diálogo, al examen del otro. Preguntas y respuestas derivan de un juego -un juego a la par agradable y difícil- en el que cada uno de los interlocutores se limita a no usar sino derechos que le son dados por el otro y mediante la forma aceptada del diálogo.

El polemista se aproxima acorazado de privilegios que ostenta de entrada y que nunca acepta poner en cuestión. Posee, por principio, los derechos que le autorizan a la guerra y que hacen de ésta una empresa justa; no tiene ante él a un interlocutor en la búsqueda de la verdad, sino a un adversario, un enemigo que es culpable, que es nocivo y cuya existencia misma constituye una amenaza. Para él, el juego no consiste, por tanto, en reconocerlo como sujeto que tiene derecho a la palabra, sino en anularlo como interlocutor de todo diálogo posible, y su objetivo final no será el de acercar tanto como se pueda una difícil verdad, sino el hacer triunfar la causa justa de la que desde el comienzo es el portador manifiesto. El polemista se apoya en una legitimidad de la que, por definición, es excluido su adversario.

Quizá será preciso hacer algún día la larga historia de la polémica como figura parasitaria de la discusión y obstáculo en la búsqueda de la verdad. Muy esquemáticamente, me

parece que en ello se podría reconocer hoy la presencia de tres modelos: modelo religioso, modelo judicial y modelo político. Del mismo modo que en la heresiología, la polémica se propone como tarea determinar el punto de dogma intangible, el principio fundamental y necesario que el adversario ha descuidado, ignorado o transgredido; y en esta negligencia, denuncia la falta moral; en la raíz del error, descubre la pasión, el deseo, el interés, toda una serie de debilidades y vinculaciones inconfesables que la constituyen en culpabilidad. Como en la práctica judicial, la polémica no abre la posibilidad de una discusión en condiciones de igualdad; instruye un proceso. No se ocupa de un interlocutor, trata un sospechoso, reúne las pruebas de su culpabilidad y, designando la infracción que ha cometido, pronuncia el veredicto y dieta condena. En todo caso, no estamos en el orden de una indagación llevada en común; el polemista dice la verdad en la forma de un juicio y según la autoridad que le es conferida a sí mismo. Pero hoy en día el modelo político es el más poderoso. La polémica define alianzas, recluta partidarios, coliga intereses u opiniones, representa un partido; constituye al otro en un enemigo portador de intereses opuestos contra el que hay que luchar hasta el momento en el que, vencido, no le cabrá sino someterse o desaparecer.

Sin duda, en la polémica la reactivación de estas prácticas políticas, judiciales o religiosas no es otra cosa que teatro. Se gesticula: anatemas, excomuniones, condenas, batallas, victorias y derrotas no son, después de todo, sino maneras de decir. Y sin embargo son también, en el orden del discurso, maneras de hacer que no carecen de consecuencias. Se dan efectos de esterilización: ¿se ha visto

alguna vez surgir una idea nueva de la polémica?. Y no podrá ser de otra manera desde el momento en que los interlocutores son incitados, no a avanzar, ni a arriesgarse cada vez más en lo que dicen, sino a replegarse sin cesar sobre el buen derecho que reivindicán, sobre su legitimidad que deben defender y sobre la afirmación de su inocencia. Y hay algo más grave: en esta comedia se remeda la guerra, la batalla, las aniquilaciones o las rendiciones sin condiciones; se hace pasar cuanto se puede por su instinto de muerte. Ahora bien, resulta peligroso hacer creer que el acceso a la verdad puede pasar por semejantes caminos y validar de este modo, siquiera solamente bajo forma simbólica, las prácticas políticas reales que podrían así autorizarse. Imaginemos por un instante que, en una polémica, uno de los dos adversarios recibe, mediante un golpe de varita mágica, el poder de ejercer sobre el otro todo el poder que desea. Algo que, por lo demás, resulta inútil imaginar: basta con ver cómo se desarrollaron en la URSS, no hace tanto tiempo, los debates en torno a la lingüística o a la genética. ¿Eran desviaciones aberrantes de lo que debe ser la auténtica discusión? En absoluto; antes bien, en tamaño real, se trataba de las consecuencias de una actitud polémica cuyos efectos habitualmente permanecen en suspenso. (...) <sup>64</sup>

Con ese extracto, al que llamé “crítica de la razón polémica”, inauguré mi blog <sup>65</sup>. En líneas generales, siento un profundo desprecio por la razón polémica, y especialmente

---

64 Michel Foucault, en “Polemics, Politics and Problematizations”. “Polémique, politique et problématisations”: entrevista con P. Rabinow, mayo de 1984, respuestas traducidas al inglés en Rabinow (P.) (comp.), *The Foucault Reader*, Nueva York, Pantheon Books, 1984, págs. 381-390.

65 <https://blog.canta.com.ar/2017/07/31/critica-de-la-razon-polemica/>

su relación con la verdad. En buena medida, por esta razón me mantengo al margen de redes sociales y otros espacios al caso. Pero es un doble problema. Porque al marginarnos del discurso polémico, no sólo quedamos cada vez más solos, sino que también dejamos de interpelar a muchos de nuestros hermanos, y cedemos ese espacio a gente como Durán Barba, que bien al tanto está de cómo funcionan estas cosas. Razón por la cual, pareciera, a veces no queda opción, otra que armarnos en la despreciable y peligrosa aventura polémica, cruzando los dedos y esperando lo mejor.

Los medios ciertamente no ayudan: siempre fueron el cáncer de la sociedad moderna; y ahora que su espantosa metástasis se torna inocultable, pretenden echarle la culpa a Internet. Al caso, revisemos otras dos citas, que nos permitirán reforzar lo dicho en capítulos anteriores. La primera de ellas, continuando con el espíritu reivindicador de la razón, es nuevamente de Michel Foucault. Esta vez, del año 1976, cuando nuestras “fuerzas de seguridad” argentinas decidieron que la democracia podía no ser tan valiosa a fin de cuentas, y muchos años antes de nacer Luciano Arruga. Aquí, a Foucault le preguntaban algunos detalles sobre el sistema carcelario, y por qué parecía operar más como una forma de escuela de la criminalidad que como agente reintegrador a la sociedad:

| (...) |

**Un oyente:** - ¿Qué productividad pretende el poder en las prisiones?

**M. Foucault:** - Esa es una larga historia. El sistema de la prisión, quiero decir de la prisión represiva, la prisión como castigo, fue establecido muy tarde, prácticamente a finales del siglo XVIII. Con anterioridad a esa época, la prisión no era un castigo legal; se hacía prisionera a la gente simplemente para retenerla antes de instruirles un proceso y no, salvo casos excepcionales, para castigarles. Pues bien, se crearon las prisiones como sistema de represión, afirmando lo siguiente: la prisión será un sistema de reeducación de los criminales. Después de una estancia en prisión, gracias a una domesticación de tipo militar y escolar, vamos a poder transformar al delincuente en un individuo que obedezca las leyes. Con su paso por la prisión, se buscaba la producción de individuos obedientes. Ahora bien, muy pronto, desde los primeros tiempos del sistema de prisiones, se cayó en la cuenta de que no conducía de ninguna manera a ese resultado, sino que producía realmente un resultado exactamente opuesto: cuanto más tiempo pasaba el individuo en prisión, menos se reeducaba y era más delincuente. No solamente nula productividad, sino productividad negativa. En consecuencia, normalmente el sistema de prisiones hubiera debido desaparecer. Sin embargo ha permanecido, continúa y cuando preguntamos a la gente qué se podría instaurar en lugar de las prisiones, nadie responde.

¿Por qué siguen existiendo las prisiones a pesar de resultar contraproducentes? Yo respondería: precisamente porque producen delincuentes y la delincuencia tiene cierta utilidad económico-política en las sociedades que

conocemos. Podemos desvelar fácilmente la utilidad económico-política de la delincuencia: primero, cuantos más delincuentes haya, más crímenes habrá, cuanto más crímenes, más miedo habrá en la población, y cuanto más miedo haya, más aceptable, e incluso deseable, será el sistema de control policial. La existencia de ese pequeño peligro interno permanente es una de las condiciones de aceptabilidad de este sistema de control, lo que explica por qué en los periódicos, en la radio, en la televisión, en todos los países del mundo sin excepción alguna, se dedica tanto espacio a la criminalidad, como si cada día se tratase de una novedad. Desde 1830, en todos los países del mundo se han desarrollado campanas sobre el tema del crecimiento de la delincuencia, hecho que no ha sido demostrado nunca; pero esta supuesta presencia, esta amenaza, este crecimiento de la delincuencia, es un factor de aceptación de los controles.

Sin embargo, esto no es todo. La delincuencia es útil económicamente. Vean la cantidad de tráfico perfectamente lucrativos e inscritos en la ganancia capitalista que pasan por la delincuencia: la prostitución, por ejemplo -todo el mundo sabe que el control de la prostitución en todos los países de Europa (no sé si esto ocurrirá también en Brasil) es ejercido por gente cuya profesión se llama proxenetismo y todos ellos son ex delincuentes cuya función es canalizar los beneficios recibidos a partir del placer sexual hacia circuitos económicos tales como la hostelería, y hacia cuentas bancarias-. La prostitución ha permitido que el placer sexual de la gente llegue a ser oneroso, y el marco en el que se desenvuelve ha permitido derivar el beneficio del placer sexual hacia determinados circuitos. El tráfico de armas, el tráfico de drogas, en síntesis toda una serie de tráfico que, por una



razón u otra, no pueden ser efectuados directa y legalmente en la sociedad, pasan por la delincuencia, que de esta forma los asegura.

A esto hemos de añadir el hecho de que la delincuencia sirve masivamente en el siglo XIX, y continúa haciéndolo en el siglo XX, para toda una serie de operaciones políticas, tales como abortar las huelgas, infiltrarse en los sindicatos obreros, servir de mano de obra y de guardia personal para los jefes de los partidos políticos, incluidos los más y los menos dignos. Aquí estoy hablando más concretamente de Francia, donde los partidos políticos tienen una mano de obra que va desde los que pegan carteles hasta los matones, mano de obra que está formada por delincuentes. De este modo tenemos toda una serie de instituciones económicas y políticas que funcionan sobre la base de la delincuencia y, en esta medida, la prisión que llega a fabricar un delincuente profesional tiene su utilidad y su productividad. (...) <sup>66</sup>

La otra cita con la que me interesa continuar, es un extracto citado infinidad de veces, popularmente atribuido a Norberto Bobbio, acerca de cómo se maneja el fascista con el discurso:

(...)

El fascista habla todo el tiempo de corrupción. Hizo eso en Italia en 1922, en Alemania en 1933 y en Brasil en 1964.

---

66 Michel Foucault: "Estética, ética, y hermenéutica", Cap 14, "las mallas del poder", Páginas 247-249. "As malhas do poder" ("Les mailles du pouvoir", primera parte, Conferencia pronunciada en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Bahía, 1976). Revista Barbárie, n° 4, verano de 1981, págs. 23-27.

Acusa, insulta, agrade, como si él fuese puro y honesto. Pero el fascista es sólo un criminal, un sociópata que persigue una carrera política. En el poder, no vacila en torturar, estuprar, robar tu dinero (y el público), tu libertad y tus derechos. Más que la corrupción, el fascista practica la maldad.

(...) <sup>67</sup>

Como se puede apreciar, “la inseguridad” y “la corrupción” no son ninguna novedad, ni ninguna marca de época, ni nada particularmente argentino: son el *modus operandi* de actores sociales ya reconocidos y estudiados durante todo el siglo pasado, en todo el mundo. Y los medios son los primeros cómplices de esos comportamientos.

Con esta clase de operadores sociales dando vueltas, con estos trolls, no debería sorprender a nadie que la dinámica ideológica se parezca mucho a la del fanatismo deportivo. Día a día encontramos infinidad de mensajes en redes sociales, y notas en los diarios, y chistes en revistas, y grafiti, haciendo pleno ejercicio de la celebración de la agresión. Aquella sonrisita con la que nuestro compañero de trabajo nos mostrara una nota sobre corrupción desde su teléfono móvil, o una imagen de *Los Simpsons* alterada para representar alguna crítica burlona, no será sino una instancia más de lo mismo. La humillación del rival es de la misma

---

67 No encuentro la cita, y me rehúso a leer todo Bobbio para encontrarla. Si el lector así lo desea, lo invito a la tarea bibliográfica, frente a la cuál con mucho gusto estoy dispuesto a actualizar esta nota.

manera moneda corriente, y así el género de los memes en Facebook o Twitter es indistinguible entre fútbol y política. Y, por supuesto, todos son la encarnación de la ética y del bien común, y del futuro brillante y épico, independientemente del partido político, tal y como dicta la razón polémica. Es allí donde Durán Barba gana elecciones, y donde tanto peronistas como antiperonistas disfrutaban imaginar que son inconmensurablemente diferentes a sus rivales políticos.

Y en el mismo lugar, la verdad mediática se lee de la misma manera que la verdad canónica. Derechas e izquierdas, y medios y extremos, dejarán incesantes comentarios por todas las vías posibles, cada uno defendiendo su canon y denunciando los textos apócrifos; dirán que tal cosa es verdadera o es falsa, mediando el discurso con insultos y burlas de acuerdo a la etiqueta política contemporánea, y dejarán su sello con un hashtag para sumar trascendencia, y por lo tanto darle más entidad a la cuestión, y por lo tanto hacerla más visible, y por lo tanto “más real”, y serán así efectivos agentes policíacos del canon: como lo fuera la gente spoiler, o los propios periodistas profesionales y pagos antes que ellos. Del mismo modo, la participación política en redes sociales será una forma del fanfiction, algunas burlas de los rivales serán celebradas como “originales” o “inteligentes” tal y como sucede en el fútbol, y donde habrá incontables fan theories siempre inminentes de ser comprobadas, las cuales *por*

*supuesto* serán absoluta e incuestionablemente diferentes a las sesudas hipótesis políticas de respetables opinólogos mediáticos. Aquí ya no podremos entender si hablamos de gente spoiler, o fanáticos deportivos, o ciudadanos éticos y responsables y honestos, o de qué exactamente, porque va a estar siendo todo más o menos lo mismo: un gigantesco teatro donde todos pretendemos ser inocentes mediante el señalamiento de culpables, que en realidad se parece más a un chiquero repleto de gente troleando. ¡Pero cuidado con los trolls, que son soldados enemigos enviados para destruir la sociedad!

Sé que estoy siendo profundamente injusto al decir estas cosas: no toda la gente se comporta igual, no todos los medios son iguales, no todos los políticos son iguales, y etcétera. Pero lo que estamos viviendo es el efecto de la razón polémica: no podemos escapar. Si presentamos una tesis, y explicamos los pormenores de tal o cuál problema de la sociedad con la más absoluta neutralidad, el Durán Barba de turno nos va a decir “ÚLTIMO MOMENTO” y nos va a mostrar una mujer desnuda, o un narcotraficante con un rifle, o un perrito bonito, o las tres cosas juntas, y en quince minutos fue como que nunca hayamos dicho o hecho nada. Si nos enojamos, somos agresores o frágiles; si no hacemos nada, somos ignotos o inmorales. De modo que, o vivimos en nuestra propia realidad paralela, o aprendemos a operar sobre eso que vemos funcionando adelante nuestro.

Entonces, solamente porque no sé construir realidades paralelas, me inclino más por estudiar la que ya tenemos.

Lo que propongo es concentrarnos en algunos elementos mínimos. Concretamente, ya que entramos en el tema a través de la posverdad, que revisemos lo que está sucediendo alrededor de la verdad. La mujer desnuda, el narcotraficante con el rifle, o el perrito bonito, en ningún caso van a ser *mentiras*: de hecho, van a ser *verdades*. Si el problema entonces no pasa por mentir, ¿por dónde pasa? Aquí cualquiera podría decir “por distraer”: *¿pero por qué le prestamos atención a esas cosas en primer lugar?*

Yo planteé algunas pocas escenas de manera pintoresca, pero en definitiva mostrando cosas que suceden en diferentes grados: hay gente spoiler que reacciona mejor o peor al spoiler, del mismo modo que hay fanáticos deportivos que poco o nada tienen qué ver con la violencia aunque puedan ponerse a debatir virtudes etéreas de sus clubes o incluso “chicanear” a los demás, y hay troleos que no pasan del simple chiste. Del mismo modo, también pareciera haber casos más importantes que otros: ciertamente, la paranoia por “la inseguridad” o la militancia contra “la corrupción” son temas mucho más significativos para la sociedad que el final de una película. Debido entonces a que la heterogeneidad de las escenas, aun cuando aquí planteara tan solo tres o cuatro, nos llevan a análisis

igualmente heterogéneos, propongo entonces concentrarnos en los aspectos más transversales. En definitiva, las sensaciones involucradas. Independientemente de la escena que estemos eligiendo, hay pasiones exacerbadas. Y sobre eso sí podemos hablar de manera más general.

No todas las escenas involucran necesariamente las mismas pasiones. Pero todas tienen algo en común: nos adecuamos de ciertas maneras particulares a la convivencia con nuestros pares. Tomamos distancia, o nos involucramos; nos indignamos, o celebramos; atacamos, o nos defendemos; nos quejamos, o promocionamos. Eso es algo que hacemos frente a un contexto, y de acuerdo a una propia identidad.

La primera de esas dos condiciones, la adecuación a un contexto, es algo absolutamente elemental para la supervivencia más básica, tanto de los humanos como de cualquier otra criatura. Aquí es donde nuestro comportamiento, visto desde lejos, es muy fácilmente comparable con los de los animales, tal y como yo lo hiciera tímidamente en otros capítulos con cardúmenes de peces o bandadas de pájaros. Al caso, Durán Barba se la pasa comparándonos con simios; él parece tener una fijación de cuasi parentesco con los simios, pero yo me siento más emparentado al mundo animal en general, y por qué no el vegetal también. Observen, tanto en animales como plantas,

los infinitos mecanismos de reacción y adaptación, algunos más inmediatos y explosivos que otros (ciertamente los tiempos de las plantas han de ser diferentes), tan elementales para su día a día y su supervivencia. Estas son perspectivas compatibles con planteos conductistas, donde diferentes estímulos determinan reacciones, y la recurrencia adaptaciones.

Pero la segunda de esas condiciones, la identidad, es algo más sofisticado. Permítanme ilustrarlo para hacerme entender mejor.

Imaginen un niño pequeño. Alguien de uno o dos años de edad. Camina torpemente, entiende algunas frases y palabras, difícilmente utiliza algunas otras pocas, e interactúa de una manera u otra con su entorno. Entonces llega un familiar o algún amigo de la familia, alguien que no se ve a menudo, y le hace un gesto o una mueca; o tal vez lo invita a interactuar con algo en particular, como un juguete de regalo o una golosina. Esta persona se queda mirando al niño, con una sonrisa exagerada, esperando una respuesta. Y el niño también se queda mirando, sin saber qué responder; probablemente con la boca abierta, probablemente incluso busque a sus padres con la mirada.

Aquí suceden típicamente una de dos cosas: o el niño progresivamente se siente más y más incómodo no sabiendo

cómo resolver la situación, lo cual incluso no sería raro que lo lleve hasta el llanto, o por el contrario, el niño resuelve la situación de alguna manera, respondiendo como lo encuentre válido, lo cual es probable que hasta lo lleve a sonreír. De hecho, es fácil imaginar que, cuando se detonara un llanto, inmediatamente se dedicará (o los padres intervendrán al caso) a cualquier otra cosa con el objetivo de olvidar pronto la escena; mientras que cuando surja la sonrisa, no sería nada raro que el niño pretendiera perpetuar la escena repitiéndola.

Esto hay que tomarlo con cuidado. No es tan binario el comportamiento, ni tan necesarias las consecuencias. Aquí ya pretendo alejarme del conductismo. Pero es sin embargo útil para ilustrar de manera sencilla varios hechos elementales.

El primero de todos: el niño no tiene por qué saber cómo comportarse. Es falso que sea una obviedad el cómo reaccionar ni el cuándo. La predisposición a interactuar con los demás de tal o cual manera se construye con el curso de infinitas iteraciones de escenas a las que nos vemos sometidos, y no antes. No es trivial que más tarde pretendamos olvidar alguna escena mientras que también pretendemos repetir alguna otra. Esto, si se me permite, es bastante cercano a los usos actuales del big data: mientras más datos tengamos, con más precisión vamos a poder filtrar



las cosas que nos interesan de las que no, y vamos a poder ir agregando criterios con el paso del tiempo sobre el mismo corpus. ¿Cuántas veces hemos reflexionado sobre eventos pasados de cara a experiencias nuevas? Es exactamente la misma lógica. Y a medida que vamos creciendo, todo ese baggage de vivencias y las diferentes formas de procesarlas que mantenemos en nosotros, donde se hacen difíciles de ver en sus orígenes o componentes mínimos por la infinita recurrencia de juicios y determinismos aplicados durante toda la vida, constituye una forma perfectamente válida de interpretar lo que vulgarmente llamamos “identidad”. En el niño se hace evidente, de cara al escueto alcance de su identidad: pero esa adaptación que hace ese niño, es algo que repetimos nosotros a cada momento, todos los días; simplemente ya tenemos un montón de cosas preprocesadas. Y de hecho, tampoco es tan extraño que nos crucemos con situaciones en las que no sabemos cómo adecuarnos, qué hacer, llegando incluso hasta a la angustia.

Lo segundo: la aparición de la incomodidad. Si al niño (o a cualquiera, llegado el caso) le ponemos una luz muy brillante en la cara, seguramente va a sentir una molestia, algún grado de ftofobia; si le damos a tocar algo muy caliente, seguramente lo queme y le duela; si le pasamos una pluma por la planta de un pié, probablemente le de risa y algunos espasmos; si súbitamente escucha un ruido muy fuerte, muy probablemente se sorprenda, lo cual podrá

manifestar de diferentes maneras. Esto es algo de orden biológico: cómo funciona nuestro cuerpo, y cómo reaccionamos a esas sensaciones.

Pero la escena que planteo pareciera de orden más bien racional, social si se quiere, no tanto algo biológico. Una persona saludando al niño, o dándole un juguete, o alguna golosina incluso, difícilmente sea comparable con tocarlo con un hierro caliente o algo por el estilo. ¿Entonces? ¿Por qué eso podría determinar “incomodidad”? ¿Por qué puede derivar en risa o en llanto, como las cosquillas o las quemaduras?

Si se me concede que es perfectamente verosímil la escena, especialmente la parte en que el niño duda serio sobre cómo reaccionar o hasta consulta a los padres de la manera que pueda (en este caso, mirándolos), entonces me permito afirmar una de las condiciones de lo que más tarde será mi tesis: la adecuación al entorno *se siente*. Ese niño, por el sólo hecho de interactuar con el mundo, siente cosas. Y hay algo ahí, que estamos acostumbrados a considerar de orden racional, que en realidad puede no serlo tanto.

Si revisamos nuevamente el mundo animal, vamos a poder apreciar este comportamiento por todos lados. Nuestras mascotas, por ejemplo: nuestro perro puede mirarnos con la cara inclinada sin entender cómo reaccionar

a algo, nuestro gato puede quedarse escondido hasta no sentirse más cómodo antes de una interacción, ambos pueden mostrarse estresados ante situaciones incómodas, y muchos otros etcéteras. De hecho, dicho sea de paso, es común que la inteligencia animal se compare con la de los niños. Pero nuestras mascotas no manejan “razón”; no como nosotros. No tienen un lenguaje, no tienen argumentos, no tienen premisas, no tienen una lógica formal de la que se obtengan valores y valideces; no tienen “objetividad”.

Tienen identidad. Esto es debatible, lo concedo: pero no me parece tan dudoso considerar que nuestras mascotas, como cualquier otro animal en general, además de determinismos concedidos por la biología, obtienen determinismos desde la crianza. Nuestras mascotas nos recuerdan, aunque los animales no tengan formalmente “historia”; distinguen gente deseable de indeseable, con sus propios criterios, comúnmente basados en experiencias (como recordar a alguien que los hubiera maltratado); hacen amigos y enemigos, eligiendo otros animales con los que se llevan mejor y peor; etcétera. Está lleno de casos donde supuestos predadores conviven en armonía con supuestas víctimas, lleno de condiciones donde los supuestos determinismos ideales que se racionalizan desde “la evolución” o “el instinto” no se cumplen. Los animales, entonces, también tienen aquella cosa que mencionara antes: esa “base de datos” de vivencias, que recursivamente

determina futuras vivencias, y que en un principio arranca más bien vacía.

Y es interesante también observar cómo logran adecuarse a tan variados entornos y contingencias, sin una herramienta tan hipotéticamente urgente al caso como lo pudiera ser la objetividad. Nosotros somos claramente los campeones de la adaptación, no creo que haya ninguna duda al respecto: aprendimos a movernos más rápido que los caballos y que las chitas, a volar más alto que cualquier pájaro, a movernos por el agua más rápido que cualquier animal marino; nos adecuamos al fondo del mar y al espacio exterior, a la idea del cosmos y a la idea de las partículas más elementales. Ciertamente no tenemos competencia en estas cosas. Pero eso no quita que todos los animales y plantas también se adaptan, y en líneas generales lo hacen bastante bien.

Y, así como nosotros tal vez seamos los animales con mayor capacidad de adaptación que conocemos, incluso en esas condiciones solemos fallar exactamente igual (o incluso bastante más espectacularmente) que los animales. ¿Cuánta gente conocimos con depresiones o angustias inconcebibles frente a pérdidas o experiencias dolorosas? Cuánta gente que jamás terminó de adaptarse del todo al tener que mudarse lejos, de perder a alguien querido, de sentirse insoportablemente solo. Cuántas crisis, brotes psicóticos,

suicidios, de cara a las cosas que nos tocan vivir. Creo que sin mucho problema podemos también reconocer que los animales son, de vez en cuando, mucho más eficientes que nosotros en esa cuestión de la adaptación.

Pero no me interesa lo de mejores o peores: me interesa la relación. Voy a continuar entonces con algunas comparaciones, pero para eventualmente salir de ese lugar con un marco suficientemente amplio.

Es de público conocimiento que los animales suelen tener mejores virtudes biológicas que nosotros. Por ejemplo, usualmente son físicamente más fuertes, más rápidos, más resistentes a prácticamente todo; tienen mejor olfato, mejor oído, mejor vista; ven mejor abajo del agua y ven mejor de lejos, ven otros espectros visuales, tienen más ojos, más extremidades... son, en definitiva, casi mejores en todo a nosotros. Y lo que nos hace tan excepcionales, pareciera ser, es nuestra exótica capacidad para la razón.

Durante el siglo XX, esta interpretación pasó de “uso de la razón” a “uso del lenguaje”. Más tardíamente se empezó a refinar ese criterio: distinguir “lenguaje” de otras cosas como “discurso”, y así con abstracciones de diferente nivel. Esto es así porque, si nuevamente miramos el mundo animal, por todos lados vemos “uso de la razón” y “uso del lenguaje”. Está lleno de animales que resuelven problemas para

diferentes fines, está lleno de animales que se comunican con sonidos o hasta rituales, etc. E incluso encontramos cosas todavía más sorprendentes, como ser el caso de animales que *juegan*. Consideren por ejemplo un perro que juega con otros perros en un parque. Uno puede verlos correr, y simular una especie de cacería o de pelea. Esto implica cosas bastante sofisticadas, como *hago de cuenta que estoy atacando, y entonces muerdo pero sin ejercer mucha fuerza para no lastimarte, pero en realidad los dos sabemos que es todo una simulación, entonces vos hacé de víctima y simulá defenderte, y de esta manera nos divertimos*. ¿Eso es o no es “razón”? ¿Implica o no implica “lenguaje” o “comunicación”? Y estas cosas las podemos ver a la vuelta de la esquina: ni siquiera necesitamos ir a buscar extravagantes excepciones.

Pero así y todo, aun con esas capacidades, está claro que nuestro “uso de la razón” o “uso del lenguaje” es especial; eso nadie lo niega. El problema es que se vuelve difícil de definir el cómo exactamente: cuál es la condición cualitativa particular que nos hace “racionales” de la manera que lo somos, tan diferente a los animales.

Entonces, con todo eso planteado, yo voy a proponer una lectura para estos datos. Voy afirmar que somos un caso particular de algo más general, y que nuestro “raciocinio” opera como una forma más de la sensibilidad. Para afirmar

esto, voy a hacer un pequeño juego de lenguaje y mezclar tres acepciones de la palabra “sentido”.

La primera de estas acepciones es *el sentido de algo*. Por ejemplo, la respuesta a la pregunta “qué significa X”, correspondería a “el sentido de X”. Es decir, aquello que surge de la *interpretación*, lo cuál se puede decir que está en el terreno del lenguaje y de la comunicación, y regido por leyes de disciplinas tales como la semántica, o la sintaxis, o la retórica.

Otra segunda acepción es *un sentido*. Corresponde a cosas como “la vista”, “el olfato”, “el tacto”, etc. Los sentidos en general.

Y una tercera acepción surge de una conjugación: *lo sentido*. Aquello que sentimos mediante el uso de los sentidos, como ser “caluroso”, “mojado”, o “verde”. Y esta última acepción, en términos más cercanos a la robótica, la podría plantear también como *el producto de un sensor*.

Lo que voy a plantear, mezclando estas acepciones, es una forma de funcionamiento de nuestro uso de la razón que, en rigor, constituye un “sentido” más. Voy a afirmar que con el lenguaje *sensamos*<sup>68</sup>, obtenemos datos del

---

68 El uso del término es adrede, en referencia a los sensores. Al caso, busqué si no correspondía tal vez utilizar el verbo “censar”, y me encontré con que otras personas se hacían las mismas preguntas. De modo que preferí dejar este verbo, que me parece más adecuado. Este es el pequeño artículo que encontré con la misma reflexión:

entorno, del mismo modo que lo hacemos con los demás sentidos; que aquello obtenido por ese *sensado* lo *sentimos* en el cuerpo, tal y como sucede con los demás sentidos; y que, nuevamente al igual que con todos los demás, esos datos *los interpretamos*.

Varias veces planteé la situación de “una luz muy brillante apuntando a los ojos”. Retomémosla por un minuto. Planteé ftofobia: rechazo a esa luz, en este caso meramente por la intensidad de la misma. Pero todos podemos imaginarnos vivir esa situación, y cómo sentiríamos ese rechazo. Sentiríamos otras cosas también: necesidad prácticamente intuitiva de cerrar los ojos, a la que en raros casos nos opondríamos, probablemente alguna forma del dolor de cabeza, tendencia a mirar hacia otro lado, y demás cosas, todas ciertamente del orden de lo corporal. Nótese cómo esos tres ejemplos (“necesidad intuitiva de cerrar los ojos”, “alguna forma del dolor de cabeza”, y “tendencia a mirar hacia otro lado”), probablemente ni siquiera tengan nombres precisos, ni sean entendidos como “cosas que se sienten” hasta no intentar hacer el ejercicio explícito de realizar esa interpretación.

Recién podemos hablar de ese concepto, “rechazo a la luz”, a partir de un conjunto de sensaciones simultáneas. El concepto no terminaría de describirlo en detalle, pero sería



perfectamente comprensible e imaginables sus consecuencias, así como la descripción del conjunto de componentes pero sin un nombre preciso del mismo modo ser comprensible e imaginable. Yo traje el término “fotofobia”, que ciertamente no es una palabra demasiado popular, aún cuando todos sentimos ese rechazo alguna vez.

De la misma manera, hay muchas sensaciones así: que pueden no estar conceptualizados ni tener un nombre genérico, o siquiera ser entendidos coloquialmente como algo “que se siente”, pero que en rigor lo son. Frente a esa luz brillante, yo *siento* ese deseo de cerrar los ojos, de tapar la luz con la mano, de mirar para otro lado. Y es tan instintivo, que incluso hace falta realizar algún pequeño trabajo para reconocerlo como detalle.

Es un ejemplo trivial. Sentimos un montón de cosas en nuestro cuerpo que requieren de cierto trabajo para explicar en detalle, o siquiera notarlas. Dudamos a la hora de cómo explicarlas; contingentemente, por contexto social por ejemplo, también podemos llegar a dudar si sería incluso correcto o incorrecto explicarlas (como el deseo sexual, o de ejercer violencia física); de vez en cuando, incluso, nos sorprendemos de lo que estamos sintiendo (como puede ser cuando nos duele una parte del cuerpo que rara vez usamos, cuando padecemos alguna enfermedad, o cuando experimentamos los efectos de alguna droga; incluso,

cuestiones de orden intelectual cuando alguna obra artística nos genera sensaciones).

Pero esa duda de si debemos o no explicar algo, o esa sorpresa frente a una sensación nueva, *son a su vez sensaciones*. Nuevamente, las sentimos en el cuerpo: estén o no rotuladas, tengan o no fundamentos claros. Y esto sucede de manera muchísimo más inmediata que el trabajo de identificar las sensaciones, de encontrar las palabras para explicarlas o, peor, lograr articular esas palabras; o, peor todavía, lograr articularlas de una manera adecuada tal que sea comprensible por mis interlocutores; o, peor todavía, lograr eso último evitando los efectos adversos de malas interpretaciones.

Entonces, tenemos *sensaciones recursivas* (sensaciones que detonan sensaciones), y los tiempos de las mismas son más rápidos que los del lenguaje. Así, de repente nos encontramos frente un interés amoroso que nos habla con simpatía, o de un jefe que nos habla con enojo, o de un padre que nos pide explicaciones por algo, o de un amigo que nos pide un favor muy costoso, y la cantidad de sensaciones que podemos llegar a sentir nos convierte en aquel niño que no sabía cómo adaptarse a la situación, frente a lo cuál empezamos a hacer muecas de incomodidad, o balbuceamos, o hasta incluso tartamudeamos, buscando cómo responder,

cómo adecuarnos a eso que estamos sintiendo y en esa situación.

El lenguaje es mucho más lento que los sentimientos. ¿Pero la razón? ¿Son sinónimos “uso de la razón” y “uso del lenguaje”? ¿Es “razonable” o “racional” cerrar los ojos frente aquella luz, aún cuando tal vez instintivo? De hecho, si lo pensamos un poco, nos damos cuenta de que podemos controlar a los párpados en esa situación: no es una obligación fisiológica, como sí podrían serlo los latidos del corazón. Además, está plenamente justificado por la lógica, podemos razonarlo: “mucha luz, por lo tanto cierro los ojos”. ¿Entonces? Eso que no está mediado por el lenguaje, ¿está mediado por la razón, o es alguna otra cosa? ¿“Instinto”, tal vez?

Eso es una trampa semántica. Hay diferentes acepciones de “razón” mezcladas en esas preguntas, y lo que mezclan es la idea de “lo consciente” contra “lo inconsciente”. Pero me interesaba llegar hasta el instinto. Si buscan en cualquier enciclopedia o diccionario, se van a dar cuenta de que refiere a un concepto en buena medida descriptivo de lo que estoy planteando, aunque para muchos teóricos los humanos no tenemos tal cosa como instinto. No me interesa defender ni refutar al instinto: me interesa hablar de determinismos anteriores al uso del lenguaje y constantemente operativos. Porque voy a hablar de

relaciones entre el uso del lenguaje y cómo nos sentimos. Entonces, en adelante, para eso que sucede en ese plano determinista previo al lenguaje, voy a usar la palabra “instinto”: si le parece un término problemático, lo invito a usar el término que a usted le parezca. Lo que sí le pido, tenga por favor en cuenta que pretendo marcar una diferencia de inmediato: “lo instintivo” en contraposición a “lo intuitivo”.

Básicamente, “lo intuitivo” es lo que surge determinado por esa cosa que parecida a una base de datos que llamé *identidad*. Nuestra propia historia, y nuestras propias ideas sobre nosotros y sobre el mundo, determinan comportamientos intuitivos. Básicamente, “lo intuitivo” es el producto de los prejuicios. En adelante, entonces, “intuitivo” y “prejuicioso” los usaré como sinónimos.

Continuando, planteo otro ejemplo ilustrativo. Anteriormente puse ejemplos de conceptos que se obtenían como producto de aquello que haría un sensor. Concentrémonos en uno particular: “verde”. Si tuviéramos que contestar “qué significa verde”, seguramente diríamos “un color”<sup>69</sup>. Si tuviéramos que explicar qué es un color, hoy por hoy diríamos que son frecuencias que percibe el ojo. Y

---

69 Sé que hay gente que diría otra cosa. Precisamente, voy hacia el hecho de que contextualmente significa diferentes cosas, poniendo énfasis en que esas cosas posteriores se vuelven más y más complejas. Por eso simplemente arranco desde una definición elemental, que después haré más compleja; no pretendo hacer de cuenta que la respuesta es simple. Les pido entonces un poquito de tolerancia y paciencia para con los ejemplos, que aunque tal vez los vuelva simples, no son por eso tan fáciles de plantear como pudieran parecer.

aquí ya hay un problema: porque “verde” no está satisfecho con las frecuencias y los ojos solamente, sino que también requiere una interpretación. Dejemos de lado la parte física, desde donde se nos puede aclarar cómo lo que entendemos como “verde” en rigor no existe y es simplemente una forma que le otorga nuestro cerebro a algo que percibimos; vayamos más bien a cosas que podamos entender todos. En principio, no existe un “verde” universal: hay diferentes “verdes”. Dónde empieza y donde termina “verde” es problemático, porque a veces se confunde con otros tonos, y de hecho nos cuesta determinar con precisión la categoría. En esos casos decimos cosas como “medio verde”, “azulado”, “verdaceo”, y conceptos por el estilo. Pero además, no existe algo así como “verde absoluto”, no solamente porque hay diferentes “verdes”, sino porque sencillamente no todo es verde; hay verde, porque también hay otras cosas (“azul”, “blanco”, “negro”, etc). Esto se llama *identidad negativa*, y básicamente significa esto: “una cosa es, porque *no es* ninguna de las demás”. Es una manera eficiente de distinguir cosas; si todo fuera “verde”, no sería “verde”: sería “todo”. De modo que, ya solamente usando el ojo, al distinguir el color, hacemos un trabajo de interpretación, aún cuando no usemos lenguaje: porque el término “verde” surge recién a partir del trabajo de asignar una palabra, pero esa asignación es sobre algo que ya *distinguimos* con precisión anteriormente; y *no podemos distinguir sin comparar, y tanto “comparar” como*

*“distinguir” son claramente acepciones de trabajos interpretativos.*

Pero un segundo ejemplo, confío, va a ser más ilustrativo del problema al que quiero llegar. Veamos un ejemplo aplicado a la práctica. Uno va manejando por la calle con el auto, y llega a una esquina con un semáforo. Allí, uno puede ver “rojo”, “amarillo”, o “verde”. En realidad, uno ve todo un paisaje repleto de un montón de colores, y objetos, y conceptos, y muchísimos *datos* más. Pero uno le presta atención al semáforo, por una evidente cuestión de contexto. Con lo cuál, si bien el ojo está funcionando con plenitud, uno *filtra* muchos datos que no vienen al caso de nada para dicho contexto; y lo hace de manera absolutamente instintiva. La diferencia que aquí importa es “rojo” vs “amarillo” vs “verde”; no importa “árbol a lo lejos”, “cartel de venta de casa”, “pájaros en el semáforo”, “asfalto”, ni cualquier otro concepto arbitrario que pudiera percibirse en ese mismo momento mediante el uso del ojo. De hecho, si prestáramos atención a otros conceptos que no fueran el semáforo, se diría que estamos “distráidos”. Pero me interesa llegar a esto: en esta escena particular, ¿qué diría usted que significa “verde”?

“Verde” aquí ya no será tan sencillo como “un color”, sino que significará “avanzar”, o “puede avanzar”, o algún concepto similar. Es importante distinguir “verde”, porque si

dijera “rojo” no se debería avanzar, y “amarillo” sería una situación que requiere decisiones rápidas y mucha más atención al entorno. Esto no sería posible si todas las luces fueran del mismo color, por la identidad negativa de los tres valores involucrados en la cuestión, y en tal caso se debería establecer otro código *que permita distinguir* una acción de la otra; pero siempre *deben ser perceptiblemente diferentes para poder entenderlas*.

Entonces, *hacemos distinciones en la percepción más elemental* (luz pasando el ojo, que identifica el color verde de otros colores), *y también hacemos distinciones en planos más complejos* (distinguir “avanzar” de “detenerse”); pero en todo caso, necesariamente tenemos que basarnos en datos que nos llegan: aquí, en ambos casos, es luz, aunque en diferentes contextos, uno menos ideal que el otro. Esta mecánica se puede aplicar a cualquier otro sentido: tacto, gusto, oído, etc.

Y, en este punto, invito al lector a un ejercicio de la imaginación. ¿Qué pasaría si tuviéramos más sentidos, o los que tenemos fueran todavía más poderosos? ¿Cómo se viviría el mundo? Como sería si, por ejemplo, pudiéramos percibir diferencias gravitacionales u ondas electromagnéticas de otras frecuencias; si tuviéramos una vista de 360 grados, o si pudiéramos “oler” la distancia con los objetos, o si pudiéramos “escuchar” variaciones de

temperatura en el aire. No es tan demencial: alcanza con curiosear el mundo animal y encontramos muchas cosas de estas. La ecolocación, por ejemplo, que es medir distancia escuchando el rebote del sonido: lo que hacen los murciélagos, y lo que hacen los submarinos para encontrar a otros objetos sumergidos. O las palomas, que aparentemente tendrían alguna manera de sentir el campo magnético terrestre, y así se orientan.

Con todo esto planteado, yo voy a afirmar que tenemos más sentidos que aquellos prototípicamente asignados a ese rol. *El gusto, el tacto, el oído, la vista, y el olfato, no son los únicos lugares de los que obtenemos datos.*

El problema es qué hacemos con esos datos. Si, por ejemplo, yo pusiera una cámara en un robot, y ese robot tuviera ruedas, y anduviera por la calle, yo podría hacer que el robot distinga “verde” de “rojo” y de “amarillo” en un semáforo. Para eso, en la programación del robot establecería qué constituye “rojo”, qué constituye “verde”, y qué constituye “amarillo”, y así los identificaría en los datos que me provee la cámara. Pero la cámara no me da esas cosas como absolutos, de modo que tengo que aprender a distinguir otras cosas: “calle”, “semáforo”, “peatón”, “automóvil”, etc. No sólo eso: la luz puede llegar a la cámara de X manera tal que de repente los colores no entran dentro de lo que yo definí previamente, el semáforo puede llegar a



funcionar mal, los automovilistas o los peatones pueden no respetar las reglas de tránsito, la calle puede estar siendo reparada, puede haber una inundación por cuestiones climáticas, puede haber reglas especiales por cuestiones contextuales (como una escuela cerca)... hay muchísimas cosas que tengo que definir para que un robot pueda hacer algo tan simple como andar por la calle y respetar un semáforo; y en este ejemplo sólo estoy hablando de lo que se capta con una cámara, comparándola con el ojo humano. La persona, en realidad, usa todos los sentidos en simultáneo: el tacto le da una pauta de cómo está la calle en relación a los neumáticos, el oído advierte posibles contingencias como niños a la vuelta de la esquina o camiones, y el olfato percibe olor a combustible.

No es tan sencillo como “distinguir verde”, sino que distinguimos muchísimas cosas al mismo tiempo. Y aquella operación de “focalizar” los datos de acuerdo al contexto, ahora la vamos a formalizar mejor: *diremos que los datos, cuando “distinguimos” cosas, son en rigor “procesados”, y a lo que se obtiene de ese trabajo lo llamaremos “información”. De la misma manera, los datos que no constituyan información, serán llamados “ruido”*. Un dato, entonces, puede constituir ruido, o derivar en información.

A su vez, cuando procesamos información, lo hacemos en un plano “instintivo” o “inconsciente”. *Constantemente*

*estamos procesando información, como parte de nuestra instintiva adaptación al mundo. Pero esto es recursivo: la información que obtenemos de los datos que nos llegan, constituyen a su vez nuevos datos, que serán también procesados.* Por ejemplo, veremos en una esquina que hay pájaros sobre el semáforo; procesaremos los datos, distinguiremos “pájaro” de “cielo” de “semáforo”, volveremos a procesar esa información como dato, y por una cuestión contextual descartaremos a los pájaros y al cielo y nos concentraremos en el semáforo; el cuál seguiremos procesando hasta que nos brinde la información que necesitamos (“avanzar”). Si, por ejemplo, en este período de tiempo nos llegara como dato un ruido muy fuerte, reaccionaríamos; lo procesaríamos, y distinguiríamos nuevamente información de ruido. Habrá grados de importancias, grados de urgencias, y diferentes usos, para la información: pero en ninguno de esos momentos dejamos de procesar datos.

Entonces, en principio, ya solamente en esa escena podemos ver que lo que procesamos no es solamente lo que nos entra por los ojos, o los oídos llegado al caso, ni el hecho de que puedan ser ambos en simultaneo: *nuestro propio procesamiento de información genera nuevos datos. Es decir, nuestra capacidad para adaptarnos al mundo opera en sí misma como un sentido más.*

Pero es apenas un aspecto de mi planteo. *Un problema central es que este mecanismo lo sentimos en el cuerpo, tal y como sentimos los demás datos de los demás sentidos.* Aquella luz muy brillante, ya dijimos, la sentimos; pero también sentimos constantemente la luz que entra por nuestros ojos, aunque no nos demos cuenta. Seguramente, cuando salimos de casa o de la oficina, muchas veces habremos sentido diferencias tales en la luz que nos llevara a adecuarnos de inmediato; pero si no nos sometemos a esa diferencia, por identidad negativa, *no nos damos cuenta de que simplemente estamos sintiendo siempre lo mismo.* Pero olvidémonos por un segundo de los ojos: constantemente sentimos con la piel tanto la temperatura ambiente como el viento. Si tocamos algo muy caliente, sentimos además dolor. Ruidos demasiado fuertes también nos causan dolor, o cosas como aturdirnos; el olfato o el gusto nos pueden dar fácilmente náuseas. Es decir, *hay intensidades en los sentidos que superan umbrales de lo tolerable. Y esto es perfectamente aplicable al sentido agregado que estoy explicando.*

No conforme con eso, me permito además otra operación sobre este hipotético sentido. Cuando procesamos luz, o sonido, o temperatura, como datos, tenemos prototípicamente un rango finito de información obtenible, por los límites físicos de nuestro cuerpo (por ejemplo, las frecuencias del oído o de la vista, que son diferentes en otros

animales, o que dispositivos electrónicos pueden captar cuando nosotros no). Por el contrario, cuando procesamos *información como dato*, el límite es la imaginación. Entonces, la cantidad de cosas que podemos llegar a sentir a partir de este mecanismo francamente nubla la mente. Y como si fuera poco, absolutamente todas estas cosas suceden mucho antes de que intervenga el lenguaje: mucho antes de que las podamos explicar, y por lo tanto intentar transmitir.

A su vez, cuando interviene el lenguaje genera nuevos datos, que generan nuevos procesamientos, que generan nuevas sensaciones. Con lo cuál el lenguaje no es sino incluso un agravante para ya nuestra exasperante sensibilidad. Y esto, como vemos, no es por ningún hipotético “rol” del lenguaje, sino porque eso hacemos nosotros con los datos y con la información, del lenguaje o de cualquier otro tipo.

Así, podemos ir caminando tranquilos por nuestra casa, pensando en absolutamente cualquier cosa, y de repente ver una araña y quedarnos paralizados de terror durante segundos sin explicación alguna; podemos sentir angustias espantosas sin encontrar jamás las palabras para siquiera intentar contarle a nuestros seres queridos lo desesperados que nos podemos sentir en nuestro dolor; podemos sentir furia y volvernos violentos, aunque dudemos de lo que estemos haciendo o de por qué nos sentimos de esa manera;

podemos indignarnos fácilmente con lo que hacen o dicen los demás, del mismo modo que podemos estar tan pendientes de algo que nos quite el sueño, del mismo modo que podemos sentir que tocamos el cielo con las manos cuando gritamos al unísono con nuestros compañeros en un estadio, o que podemos sentir satisfacción en la crueldad cuando troleamos.

En este texto yo afirmo que “procesamos datos”, pero no doy detalles de exactamente cómo. Hablo de mecanismos instintivos, a diferencia de intuitivos, para distinguir cosas que funcionan más bien autónomas con cosas que nosotros vamos formando como resultado de nuestra historia. Pero a decir verdad no los explico: uso apenas algunas vagas comparaciones. Estoy de una manera u otra conforme con llegar tan sólo hasta ese lugar: porque lo que me pretendo es apenas marcar una línea de lectura frente a un fenómeno contemporáneo. Y ni siquiera eso: mis intereses originales están en llegar a un modelo esquemático y muy básico, *pero general*, de algo que permita emular el cómo funciona la gente. Mi fantasía última es que esta línea de investigación nos permita integrar los sentimientos al campo de la inteligencia artificial: una sentimentalidad artificial. Pero aquí y ahora, ciertamente, como están las cosas en la actualidad política, tenemos otras urgencias.

Entonces, es infinitamente complejo cómo podemos configurar la relación entre información y sensaciones. Pero atención, que *no cualquier cosa constituye información, sino sólo aquello que nosotros así lo determinemos*. No estoy seguro de cuál es el límite para lo que podemos controlar y lo que no en todo esto: lo que sé es que un límite concreto está en la voluntad. Cosa que tampoco sé qué será<sup>70</sup>, dicho sea de paso, pero que también puedo ver funcionando, al igual que aquel “procesamiento de datos” que hacemos instintivamente.

Por ejemplo, volvamos una vez más sobre aquella escena de la luz muy fuerte. Dijimos que, frente a dicha luz, instintivamente cerramos los ojos. Pero también dijimos que podemos mantenerlos abiertos, y pusimos como diferencia los latidos del corazón. Yo puedo mirar fijo a esa luz brillante, tolerando lo que tenga que tolerar, y contrario a lo que me determine esa reacción instintiva. Y eso ciertamente es un límite para el automatismo, para el mero conductismo. A eso me refiero con “la voluntad”.

Ese límite, no tengo la menor idea de hasta dónde se extiende. Pero es algo ciertamente involucrado en toda la mecánica sentimental, una variable importante. Uno puede,

---

70 Esto indudablemente ha de ser un problema para estudiar en algún futuro, ya que parece ser el único límite que propongo en todo este trabajo para diferenciamos de seres directamente incapaces de tomar decisiones, cual programas de computadora. No creo que sea así, sino todo lo contrario, estoy convencido que es más complicado que eso; pero es un comienzo.

por ejemplo, por querer ser mejor persona, dejar de hacer algunas cosas, empezar a hacer otras, o incluso intentar pensar de tal o cuál manera al respecto de ciertas cuestiones particulares. Esto lo sé porque en numerosas oportunidades lo he vivido en carne propia. Pero del mismo modo, también estoy al tanto de que cambiar los propios sentimientos o ideas pueden ser procesos sumamente dolorosos, mayormente intransmisibles, y encima durar años.

De modo que, volviendo un poco sobre mis propios pasos, a la pregunta que hiciera al comienzo de este capítulo, “¿se puede inyectar un ‘tal vez’ directo a la intuición?”, la respuesta es ciertamente sí. Pero tampoco es tan sencillo.

Jugar con la intuición es jugar con los prejuicios, que es lo que hacen Durán Barba y compañía. Por otro lado, otras técnicas juegan, ya no con la intuición, sino con el instinto. El ejemplo más evidente que encuentro es la publicidad visual. Si un lector observa algún canal de televisión al azar, en algún momento donde no haya un drama en la pantalla, especialmente durante las publicidades, podrá ver que la cámara nunca se queda quieta, o que la pantalla está llena de otro tipo de movimientos (como animaciones), independientemente de que no parezca tener ningún fin el hecho de estar moviéndose. Esto también se puede ver en las pantallas gigantes con video propagandas, que suelen utilizarse en las metrópolis en general. Lo que sucede allí es

que el constante movimiento genera que nuestro sensor no se termine de adaptar: genera un efecto similar al de identidad negativa al no mostrar siempre lo mismo, razón por la cuál volvemos a focalizarlo para procesar esos nuevos datos, que se traducen en la misma información que antes ya se había traducido en ruido, y así constantemente. En definitiva, hackean nuestra atención, de maneras que imágenes estáticas no serían capaces. Del mismo modo, si uno observa un diálogo en televisión, típico de entrevista a algún político o de debate, pero lo hace sin sonido, verá que los interlocutores están constantemente gesticulando. Las gesticulaciones no significan absolutamente nada, pero como para nosotros son datos los procesamos, y como se sigue moviendo no terminamos de catalogar el conjunto general de datos como ruido: como si eventualmente toda esa gesticulación fuera a significar algo. Al final de la escena, directa o indirectamente, le terminamos prestando algún grado de atención.

Entonces, evidentemente existen maneras de que terceros puedan manipular en alguna medida nuestros sentimientos. Y si bien estas operaciones claramente van a ser imprecisas en sus resultados y complicadas de llevar a cabo para ellos, también son un problema porque somos mayormente vulnerables: si el único paliativo fuera la fuerza de voluntad, entonces alcanza con tener un mal día para que nos afecten.



Pero todo esto habla de nuestros sentimientos, y no necesariamente de la posverdad. Si bien se dice que la posverdad opera desde la preeminencia de los sentimientos por sobre la verdad objetiva, no se explica realmente cómo, y de hecho se le echa la culpa a las mentiras. Entonces, para cerrar mi tesis, quiero introducir un último concepto, con el que sí el fenómeno de la posverdad podrá ser contrastado en su relación con la verdad.

Algunos párrafos atrás dije que, cuando procesamos información como dato, no hay límites para las relaciones que de allí se pueden obtener. En rigor, soy yo que no llego a ver cual pueda ser ese límite. Pero sí puedo ver algunas recurrencias, de las cuales me interesa destacar una en particular, y que pretendo que sea trasversal a todo el actual libro.

Procesando información como datos, sentimos muchas cosas. Pero contingentemente, contextualmente, las operaciones de procesamiento de datos nos devuelven *diferentes tipos de información, que se sienten distinto*. Por ejemplo, viendo un video de un animal podemos sentir ternura, mientras que viendo un video de otro animal podemos sentir repulsión. Muy probablemente el primer video sea alguna escena de algún animalito bonito, seguramente jugando, o haciendo alguna tontería, mientras

que el segundo muy probablemente será algún gran depredador haciéndole algo a su presa, como matándola o devorándola, o bien algún parásito sometiendo a un huésped, como pueden ser algunos insectos, etc. Allí, diferentes datos que se obtienen se transforman en diferente información que al volverse a procesar como dato genera sensaciones.

Pero las sensaciones no son del todo arbitrarias. Es decir: las combinaciones de *dato-información-sensación* lo son, en tanto que ciertamente diferentes personas sienten diferentes cosas cuando expuestas a lo mismo, pero eso no quita que no se puedan identificar sensaciones. Por ejemplo, si yo dijera “indignación”, o “alegría”, o “inquietud”, son todas cosas que más o menos cualquier lector sabrá identificar como generalizables. A esas distinciones me refiero cuando digo “no son arbitrarias”. No tengo idea cuantas habrá, seguramente la estética lo tenga estudiado, pero aquí pretendo introducir algo que entiendo como novedoso, y es vincularlos a esta dinámica de procesamiento de datos. Voy a definir esas sensaciones generalizables como “sentidos”, que tal y como los demás operan en simultáneo. De esta manera, no sólo tendríamos un “sexto sentido”, sino en realidad muchos más.

Esa no es la única novedad que pretendo introducir, sino llegar a un detalle específico más en esa línea de razonamiento. Afirmando que uno de los procesos a los que

sometemos los datos, uno de las informaciones posibles, es aquella que nos indica cuando algo es verdadero o es falso. Y esto no tiene por qué ser necesariamente binario, sino que puede bien tener un espectro gradual, como tantas otras sensaciones.

Lo novedoso acá sería lo siguiente: *la verdad se siente*. Y, además, se siente antes de que intervenga el lenguaje (por ejemplo, explicando el por qué). De esta manera, introduzco la noción de *sentido de la verdad*.

No me crean: vayan y hagan el experimento. Agarren cualquier diario, lean cualquier noticia, cualquier opinión, y traten de identificar cuando perciben algo verdadero o algo falso. Lo que sucederá será que, *antes de que tengan una explicación más o menos precisa de por qué ese texto estaría afirmando una verdad o una falsedad, ustedes ya tienen ese juicio realizado*: van a tener que hacer un esfuerzo, por pequeño que sea, para buscar las palabras para explicar ese juicio incluso a ustedes mismos. Y no se sorprendan si en esa aventura, incluso, después de un rato, no se encuentran hablando solos: retroalimentando su propia sensibilidad.

Con lo cuál ya pueden imaginar que, si lo que digo es cierto (y estoy convencido de que ese es el caso), las polarizaciones sociales que vivimos a menudo son básicamente algo dado. Una persona ya está convencida de

que su interlocutor dice algo equivocado, cuando no directamente falso adrede, y si hace algún trabajo no es en cuestionar la propia sensación sino en justificarla; porque ya siente lo que siente, no necesita sentir ninguna otra cosa. Así, la dinámica escala hasta tener todo lleno de gente por todos lados comportándose como brutos incurables que no supieran leerse entre sí, volviéndose impermeables o violentamente reaccionarios al discurso antagónico. También vuelve absolutamente predecible que haya gente cuyas justificaciones puedan ser completamente metafísicas y circulares, cuando no directamente tautológicas, sin importar lo avanzada que pueda estar la modernidad: la verdad no tiene nada qué ver con las explicaciones sino con el sentimiento. Y desde ya no sorprendería a nadie que la verdad tenga poco qué ver con objetividad o con realidad. Pero también nos sirve para entender cómo puede ser que aparezcan trolls de la nada, y diciendo incluso hasta tonterías nos puedan llegar a hacer sentir como después nos sentimos, y cómo es que cuesta tanto trabajo esquivarlos.

Como no encontré el concepto de *sensibilidad por la verdad* ni *sentido de la verdad* formalmente planteado en ningún lado, decidí nombrarlo: *aleteistesia*.

Originalmente lo pensé como “veristesia”, pero me presentó dos problemas. El primero y más inmediato, “veritas” es latín y “estesia” es griego; está simplemente mal

usada la terminología culta. Pero el segundo problema es mucho más interesante. Resulta que la palabra en griego para verdad es Aleteia, pero no significa lo mismo que el latín Veritas. Aparentemente Martin Heidegger trabajó esta cuestión y fue central para él: veritas da cuenta de verdades en términos de lo verificable, mientras que aleteia da cuenta de otra cosa. El “a” de aleteia significa “sin”, en el sentido de “desprovisto de”, y “leteia” significa “ocultamiento”. Aleteia es entonces una forma de verdad en tanto que *desocultamiento, mostrar algo que antes no se veía, develar, hacer visible lo que está oculto; incluso, lo evidente*. Y me parece un concepto mucho más adecuado para leer los fenómenos que planteo en las escenas de este libro. Sucede que la sensibilidad, la susceptibilidad exacerbada que se puede percibir siguiendo la línea de aquellas escenas anteriormente mencionadas, está muchísimo más vinculada a una relación con la idea de una verdad evidente, o con una verdad que debe permanecer oculta, antes que con cualquier material empírico o dato contrastable.

Con la presentación de este concepto, cierro el presente trabajo. Ojalá sirva para abrir nuevos caminos de investigación en muchos fenómenos vinculados a cómo funcionamos las personas, o bien quede rápidamente en el olvido frente a cosas mejores. A esta línea de estudios decidí llamarla *Feels Theory*, o *Teoría de los feels* en español, en señal de aprecio a la cultura popular de Internet, de la que

formo parte como generación inaugural. Mi intento fue discutir un poco con el rol de la sentimentalidad en la sociedad moderna (no sólo contemporánea), con herramientas y nociones actuales, pero sin por eso tener que resignar estas discusiones a algún ámbito sobreprofesionalizado y de difícil acceso, que hubiera dificultado tanto la lectura como la escritura misma: intenté hacer que los requisitos para poder leer o escribir este texto no sean demasiado elevados. De modo que pido disculpas por algunas vaguedades que, estoy al tanto, me he permitido, con la tímida esperanza de poder trabajarlas en otros momentos de mi vida, o de que otras personas puedan trabajarlas por su cuenta, y agradezco sinceramente entonces la tolerante lectura.